

Nuestra Bandera

Revista de debate político y teórico editada por el Partido Comunista

**El XX Congreso
del PCUS, 30
años después**
Divisoria en el fluir
del comunismo



Izquierda Unida, proyecto y realidad. JULIO ANGUITA Y JULIO SETIEN

Mr. Reagan, ¡fuera de mi cama! NICOLA VENDOLA

Las minorías gitanas. ROSA MOLINA

Literatura, ideología y realismo. ADOLFO SANCHEZ VAZQUEZ

REVISTA DE DEBATE
POLITICO Y TEORICO
EDITADA POR EL PARTIDO
COMUNISTA DE ESPAÑA

CONSEJO DE REDACCION

Eulalia VINTRO - Directora
Luis ARROYO
Esther BENITEZ
José Luis BUHIGAS
Antonio GUTIERREZ
Francisco HERRERA
Salvador JOVE PERES
Antonio KINDELAN
Daniel LACALLE
Jordi LOPEZ
Damián PRETEL
José SANDOVAL MORIS

2 CONSEJO ASESOR

Emerit BONO
María Antonia CALVO
Andreu CLARET
Ramón ESPASA
Agustín MORENO
Fernando PEREZ ROYO
Nicolás SARTORIUS

Edición y cierre:

Equipo NUESTRA BANDERA

Maqueta y confección:

Javier Urbez

Administración, Distribución y Secretaría de Redacción:

María GARCIA OSET

Redacción y Administración:

Santísima Trinidad, 5. 28010 Madrid
Teléfono 446 11 00. Ext. 173

Imprime:

EDISSA. Santiago Estévez, 26

28019 Madrid

Depósito legal: M.20.166-1977

SUMARIO

N.º 137

EN PORTADA

- **Concretar la utopía. Julio Anguita** 4
- **Izquierda Unida: proyecto y realidad. Julio Setién** 7

ESPAÑA

- **Las minorías gitanas. Rosa Molina** 12

EUROPA

- **Situación italiana: Apuestas, perspectivas y cuestiones. Pierre Laroche** 14
- **Todos tenemos que buscar nuevos caminos. Gerardo Chiaramonte** 22

DOSSIER

- **La coexistencia pacífica en el XX Congreso. Adriano Guerra** 28
- **Jruschovismo y orientación democrática. El caso del comunismo español. Antonio Elorza** 34
- **Jruschov y los partidos comunistas. Heinz Timmermann.** 43
- **La política organizativa en el aparato del PCUS. Silvio Pons** 51

CULTURA

- **Literatura, ideología y realismo. Adolfo Sánchez Vázquez** 59
- **Los movimientos sociales a finales de siglo. Pedro Rivas** 67
- **Alemania: Sindicatos a comienzo de siglo. Pedro Rivas** 69

PROBLEMAS DE HOY

- **Mr. Reagan ¡fuera de mi cama! Nicola Vendola** 70
- **La elección entre gasto civil y gasto militar. Jesús Guzmán** 74
- **Estado social y redistribución de la renta. Massimo Paci.** 77

LA FRONTERA

- **¿Qué teoría, qué política? (y III). Aldo Shiavone** 80

Carta de la redacción

Querido lector:

El último número de 1986 de nuestra revista recoge colaboraciones sobre problemas fundamentales del pasado, presente y futuro. Del pasado recordamos el treinta aniversario del XX Congreso del PCUS y presentamos algunas reflexiones sobre él a partir de preocupaciones del presente (pág. 28). Entre esas preocupaciones no es una de las menos importantes la que se refiere al futuro de la izquierda europea, un futuro que debaten abiertamente en nuestras páginas desde posiciones diferentes comunistas franceses e italianos (pág. 14); en España ese debate más modesto se concreta en la realidad actual y el proyecto de futuro de Izquierda Unida (pág. 4).

Massimo Paci pasa revista en un sugerente artículo a las ventajas e inconvenientes de los distintos tipos de estructura de los servicios sociales; estamos seguros de que su revisión facilitará la comprensión de que se juega en los debates sobre el futuro del Estado social.

Las secciones habituales completan este número de NUESTRA BANDERA, un número con el que despedimos un año cargado de nuevas posibilidades.

Mi segundo adiós a NUESTRA BANDERA

Dimití por vez primera de mi calidad de miembro del Consejo de Redacción de NUESTRA BANDERA en el otoño de 1981, en los inicios de la crisis que siguió al Congreso del Cine Quevedo. Fue entonces un acto individual, pero que cobraba sentido en el marco de la citada crisis, tras la sustitución de Manuel Azcárate al frente de la revista. Entendí que muchas cosas habían quebrado en la convivencia dentro del partido.

En 1984 fui invitado a regresar al mismo Consejo, ya en circunstancias políticas muy diferentes. Desde entonces, participé en los trabajos del órgano de gestión y colaboré en las páginas de la revista. Ahora, el sentido de esta segunda dimisión puede encontrarse en un párrafo de una de estas colaboraciones, en la página 49 del número 131, aparecido hace ahora un año: «De cara al Partido Comunista, me parece evidente la necesidad de rechazar el sectarismo, renunciar a la instrumentalización del intelectual, evitar encerrarse en un mundo exclusivamente orgánico». De ahí que, aun compartiendo los planteamientos generales de la política del PCE, crea que —a la vista de mi propia experiencia— una participación libre y en condiciones de igualdad no resulta posible y que su sucedáneo a veces aún puede resultar vejatorio. Ello fundamenta esta decisión. Cordialmente, adiós.

Antonio Elorza

Concretar la utopía

Julio Anguita (presidente y portavoz de IU-CA)

D

ESCRIBIR en breves líneas la especificidad de Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía es una tarea harto difícil no sólo por la ingente cantidad de material que se ha producido sino también por el espacio, tan dilatado en el tiempo, transcurrido entre el mes de septiembre de 1984 y el día de hoy.

En principio, el PCA puso en marcha lo que desde entonces se llamó Convocatoria por Andalucía: un método de elaboración colectiva que pretendía articular a la izquierda andaluza en torno a la concreción de alternativas, aquí y ahora, para el presente y para el futuro de nuestra tierra.

La aproximación a tal método de trabajo se realizaba desde una actitud que significaba todo un cambio revolucionario en la mentalidad y en los hábitos del partido: ¿qué haríamos si estuviésemos gobernando en Andalucía? Tal actitud, que contenía toda una transformación metodológica, obligaba a centrarse en la concreción y a poner en marcha, por vía de la práctica, lo que tantas veces habíamos formulado con música y cantinela de consignas monocordes y monótonas: el PCE es partido de gobierno.

Sin embargo, esa actitud tenía un riesgo que cierta práctica municipal había explicitado en los cinco años de gobierno municipal de la izquierda: la gestión de lo existente o, en los peores casos, la gestión de la crisis. Era revivir en nuestra carne los errores primitivos de la socialdemocracia europea.

Las líneas maestras

No hay práctica revolucionaria sin teoría revolucionaria, esto es ya un axioma, pero se hace necesario decir también que no hay teoría revolucionaria sin visión revolucionaria del mundo y sin apuesta concreta, viva y actuante, sobre ese mundo; una especie de nostalgia de futuro. Quiero decir que faltaba el objetivo final claramente explicitado que enraizándose en lo concreto mantuviese la tensión utópica necesaria para no incurrir en lo anteriormente criticado de la socialdemocracia ni en el aforismo de Maquiavelo *el fin justifica los medios*, olvidando que elementos del fin tienen que estar constantemente en los medios.

Consecuentemente, y tras largas discusiones, establecimos el objetivo final de nuestro programa de gobierno: Hacia la sociedad de pleno empleo como objetivo estratégico. Quiero hacer notar al lector que hablamos de una sociedad distinta en la que el pleno empleo o la plena ocupación constituyen la señal necesaria de que se está dando el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad. Pero eso significa, en la práctica, toda una articulación de prioridades políticas, de programaciones económicas, de plazos, de inversiones, de acuerdos en-





tre la clase trabajadora y sus aliados reales o potenciales; significa, en suma, toda una política de alianzas.

Caracterizamos las líneas globales del programa que queríamos elaborar de esta manera con una serie de líneas maestras que llevaban en sí las ideas centrales de lo que ha sido y debe seguir siendo una política comunista en sentido clásico del término (no creo que deba explicar a los lectores la diferencia entre lo clásico y lo tradicional).

Hablamos de autonomía plena para nuestra comunidad autónoma, pero desde el convencimiento de que una Andalucía con una autonomía plena realmente asumida y

ejercida desencadena, necesariamente, una nueva visión del Estado español.

Hablamos de austeridad en el ejercicio de la práctica política, pero de austeridad en el sentido que explicaba el fallecido Berlinguer.

Hicimos hincapié en la elaboración colectiva e interdisciplinaria en cada área de trabajo así como la heterogeneidad de los integrantes de cada área con el fin revolucionario de devolver la unidad de conocimiento que la práctica y la ideología de la práctica capitalista había fraccionado con su filosofía de la especialización, de la tecnificación y del corporativismo.

Las dificultades que encontramos para comenzar el trabajo fueron ingentes pero, poco a poco, fuimos logrando que el propio PCA comenzase a asumir una manera de trabajar que, paradójicamente, era auténticamente marxista. A tal extremo de postración habíamos llegado.

En marzo de 1986 se produce el acercamiento del Partido Comunista del Pueblo Andaluz, del PASOC y de la Federación Progresista (la cual, a través de su secretario general en Andalucía, ya había trabajado en Convocatoria desde el inicio de la misma).

Formalizamos, ante notario, la Coalición Electoral de Izquierda Unida, pero en base a tres principios esenciales y condicionantes que los cuatro secretarios generales ratificaron ante la asamblea de las II Jornadas de Convocatoria. Estos tres principios constituyen la especificidad de IU-CA; su marchamo original y la fuerza de su actual despliegue:

- Los partidos integrantes de la coalición se comprometen a mantenerla en todos los procesos electorales del futuro, ya que les une una visión estratégica de la unidad de la izquierda y del avance de la misma.

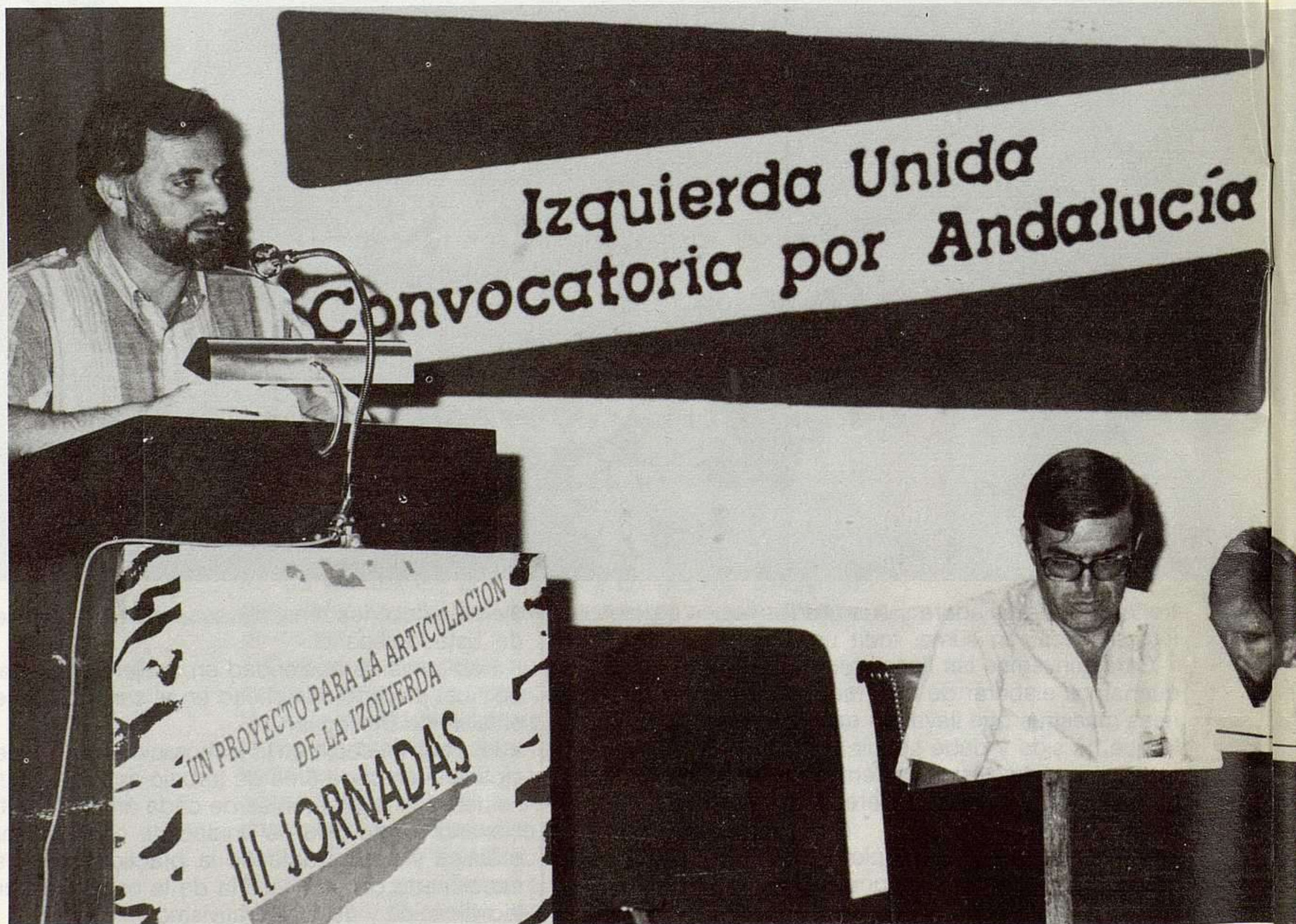
- La coalición electoral se realiza ante la realidad concreta de un programa de Gobierno para la Comunidad Autónoma Andaluza en constante fase de elaboración y actualización. Igualmente, en programas municipales y provinciales. Nos une lo concreto, el proyecto, el qué hacer.

- Los programas deben ser elaborados con el método y el marco de Convocatoria por Andalucía. En el área de Presidencia tiene lugar la elaboración final y globali-

zadora del programa. Dicha área de Presidencia está compuesta por: la Comisión Política (el presidente y los cuatro secretarios generales), el secretario parlamentario, el coordinador general de las áreas y los coordinadores de áreas. El encuentro entre *lo político* y la calle se realiza aquí en su fase final.

Nuestros parlamentarios tienen la obligación de defender nuestro programa de gobierno explicitándolo con proyectos de ley (como si estuviésemos gobernando), y además, deben integrarse en cada una de las áreas de Convocatoria para hacer constantemente la síntesis en la elaboración.

Hasta aquí, lector, un relato muy sucinto de lo que es IU-CA. Sólo me resta decir que un proyecto así, con sus luces y sombras (todavía tiene muchas), merece ser estudiado y seguido con atención. No ha sido hijo de la improvisación ni de la casualidad ni tampoco ha tenido su origen en la arrebatada visión de ningún personaje. Creo que este proyecto bien merece un viaje a Andalucía.



Izquierda Unida: proyecto y realidad

Julio Setién

L

A política de convergencia nació como reacción a la derrota del 82. De ahí que presentara a la vez, tanto elementos de supervivencia como iniciativas de futuro. La validez del proceso iniciado en 1983 viene de que la caída en cualquiera de ambos planteamientos por separado —el resistencialismo, o bien la negación del partido existente— nos habrían conducido a la profundización del desastre. La idea de la convergencia tampoco es una mezcla dosificada de dichos elementos; partía de la necesidad de: impulsar la movilización y organización populares; contribuir a la creación de mecanismos de expresión política de tales movilizaciones, y volcar al PCE en el trabajo en la sociedad, abriendo una profunda renovación de los objetivos y métodos de acción del partido y su democratización. Por tanto, ponía en cuestión los modos de hacer política y la comprensión misma de su función social, que habían informado la actividad del partido a lo largo del anterior lustro.

La experiencia adquirida nos permite señalar la corrección general de este camino, pero nos obliga también a reflexionar sobre la lentitud con que lo estamos recorriendo. Es evidente que ha existido un importante desfase entre el nivel alcanzado por las movilizaciones sociales en este período —señaladamente, la huelga general de junio del 84 y el rosario de acciones por la salida de España de la OTAN— y la expresión política de las mismas en las elecciones generales de este año.

¿Por dónde avanzar?

Ambas movilizaciones pusieron dramáticamente sobre el tapete la falta de correspondencia entre la izquierda social y la izquierda política, la existencia de un techo objetivo sobre las luchas sociales si éstas no tienen cauces políticos adecuados a la fuerza de las mismas. Así, la mayor huelga producida en medio siglo no consiguió resultados apreciables, de la misma manera que el referéndum se perdió la noche en que Felipe González preguntó: *¿Quién va a gestionar el NO?*

La creación de Izquierda Unida se realizó bajo formas muy forzadas por la urgencia preelectoral y de ello se sigue resistiendo aún hoy. La fórmula de la coalición estatal, tal como se conformó, es inestable porque Izquierda Unida incluye en su seno tres estructuras de naturaleza diversa; una coalición estatal, formada por el PCE y otros tres grupos políticos de escasa relevancia; diversas coaliciones de ámbito nacional, en Cataluña (donde no hubo finalmente acuerdo entre PSUC-PCC, partidos homólogos de los de la coalición estatal presentes en dicha nacionalidad, y sí con la Entesa, una pequeña formación nacionalista), en Galicia (donde también integró la coalición un partido nacionalista, el PG) y en Canarias (donde se





integraron componentes de izquierda de ámbito exclusivamente canario); un amplio movimiento convergente, político y social, Convocatoria por Andalucía, que gozaba de un fuerte liderazgo y que venía progresando durante casi dos años con métodos muy abiertos y capilares.

El resultado electoral —decepcionante por la cuantía de los votos y positivo por el número de diputados obtenidos en las generales y de auténtico éxito en las autonómicas andaluzas— suscita algunas preguntas: ¿por qué no extendimos a todo el Estado la experiencia que venía desarrollando el PCA? ¿Qué explicación puede tener la tremenda desproporción entre el voto NO y el voto a IU? ¿Cuáles pueden ser las causas que conducen a la progresiva desertización del voto IU (PCE) en buena parte de las circunscripciones? Para todas ellas hay respuestas basadas en factores objetivos de gran peso que dificultan tanto la acción del PCE y la movilización social como la existencia de una potente izquierda. Pero es obligado reflexionar sobre las posibles causas subjetivas, derivadas de nuestros errores, porque éstas sí podemos y debemos afrontarlas. En el primer caso, deberíamos reflexionar sobre el grado de desarticulación del partido y la dificultad, dados los métodos de trabajo utilizados, de abordar desde los organismos de dirección el análisis de

la práctica social de las organizaciones del partido. En el segundo, parece evidente que la diversidad de plataformas (¿y de política?) que trabajaban por el NO y el vacío que se produjo entre la batalla del referéndum y la campaña electoral, el corte entre tales plataformas y la forma en que se gestó IU, fueron causas influyentes. En cuanto al tercero, todo parece indicar que el alejamiento del partido como colectivo respecto de la sociedad se vuelve difícilmente superable por debajo de una cierta *masa crítica* de militantes, situación que se produjo en varias circunscripciones por efecto de las sucesivas crisis y escisiones; al menos, esto es así mientras la mayor parte de las energías de los militantes y sobre todo de los cuadros del partido se invierten en el puro mantenimiento de las estructuras del mismo.

Y bien, ¿por dónde avanzar? Para responder a esta pregunta hay que revisar antes la concepción —muy extendida— de que los *espacios* políticos tienen un comportamiento basado, no en las leyes de la política, sino de la mecánica: el PSOE gira a la derecha y, sin embargo, no ocupamos el espacio que «abandona». Lo cierto es que los espacios no existen, se crean y el nuestro sólo es posible a partir de un alto grado de movilización social persistente y sobre la base de la existencia de una plataforma que exprese políticamente sus objetivos. Este



es el sentido de la política de convergencia. Contribuir a ese proyecto nos obliga a definir:

- **Objetivos:** En parte desarrollados en el programa electoral de IU, los objetivos de la izquierda transformadora hoy en nuestro país se deben inscribir en una vía antimonopolista y antiimperialista, neutralista y solidaria con los pueblos oprimidos, federal, no depredadora de los recursos naturales y profundamente liberadora en los planos social y cultural y democratizadora de *todas* las estructuras del Estado.

- **Métodos de trabajo y estructuras:** No puede existir una izquierda operativa en un sentido transformador que disocie la vida institucional —de oposición o de gobierno— y la movilización social, que trabaje con métodos burocráticos y que no transforme la función misma de las instituciones en la medida en que gobierne desde algunas de ellas. La coalición debe ser la fórmula jurídico-electoral de un movimiento de gran calado que integre el momento de la lucha social y el de su expresión política, cuya estructura debe ser tendencialmente federal y capilar, tanto en el sentido territorial hasta el plano local, como en el sectorial, capaz de vertebrar la colaboración, observación o interlocución de los movimientos sociales en la medida en que coincidan con objetivos, generales o parciales, puntuales o persistentes, de IU, sin menos-

cabo, en cualquiera de los casos, de su necesaria independencia.

- **Fuerzas y escenarios, como aspectos íntimamente ligados:** En el plano social, la desvertebración de la sociedad obliga a una actividad desarrollada en su mayor parte sobre objetivos muy concretos, desarrollados, a su vez, por plataformas específicas, que podrán así integrar tanto a movimientos locales o sectoriales como a colectivos de organizaciones más amplias, sensibilizados en tales objetivos, lo que ocurre a veces, por ejemplo, en el caso UGT. Sólo CC. OO. puede hoy, y posiblemente por bastante tiempo, lanzar acciones estatales en solitario y aun en este caso, sería hacer de la necesidad virtud no ver mermada la eficacia de las mismas precisamente por esa dificultad de incardinar sus objetivos con los de otros colectivos y movimientos sociales.

En el plano político, en dos sentidos: en primer lugar, porque es difícil imaginarse una izquierda que no incluya las diversas opciones nacionalistas de este signo; en segundo término, porque parece claro que las transformaciones de fondo que necesita este país no se darán sin la participación de la corriente política socialista, corriente de la izquierda moderada hoy representada fundamentalmente por el PSOE.

En ambos casos, la actividad de IU debe quebrar dos



proyectos políticos nefastos —aunque en distinto grado y significación—, el de la coordinación de las izquierdas *periféricas* frente a las formaciones políticas estatales y el centralista, atlantista y liberal defendido por el PSOE y aplicado en su gestión de gobierno en el ámbito estatal.

Todo ello nos conduce al desarrollo de una tensión dialéctica entre el proyecto IU y el proyecto de Bloque de Progreso —por plantearlo en los términos utilizados por nuestro partido—, que de un lado se soluciona en una perspectiva de confrontación-integración que tiene como motor la movilización popular (que no es por tanto una suma mecánica de los «espacios» hoy existentes), que se propicia a través de la creación de instrumentos unitarios capaces de expresarla políticamente y de la acción transformadora en los ámbitos en que sea posible acceder a la gestión de gobierno. De otro se desarrolla en el tiempo a través de la integración de diversas fuerzas, lo que puede pasar por la confrontación previa con ellas y su debilitamiento —desde luego, con las señaladas anteriormente—. Por último, tiene lugar la diferente manera en los diversos ámbitos —local, autonómico y estatal— donde circunstancialmente puede adoptar formas de relación contrapuestas, de manera que se pueda dar el caso de luchar contra un Gobierno de un partido, con el que se gestiona unitariamente en tal o cual municipio o

Comunidad Autónoma. En todo el proceso, los objetivos programáticos y las formas de ejercer la política son los que estructuran el cuadro de alianzas, que obligadamente asume la forma de un sistema múltiple de relaciones, determinadas por la confrontación con las clases dominantes a partir de la lucha y la transformación operada desde los instrumentos de gestión a los que se acceda.

Es difícil determinar hoy qué partido podrá encabezar ese proceso que debe conducir a la formación del bloque necesario para iniciar el tránsito al socialismo; pero lo cierto es que el impulsor principal del único proyecto hoy existente de articulación de la izquierda, Izquierda Unida, es el PCE.

Nos cabe, pues, a nosotros la responsabilidad principal respecto de su futuro y nuestros éxitos e insuficiencias o errores estarán íntimamente ligados al mismo, por lo que parece pertinente finalizar con una ojeada a la situación del PCE y a su previsible evolución.

Después de lo pasado y a la vista de cómo van las cosas por el mundo habría que contestar a una pregunta previa: ¿Seremos italianos de mayores? ¿Llegará este partido a gozar de la representación mayoritaria de la clase obrera, a tener un millón de afiliados? Una buena dosis de escepticismo parece obligada: la época que vamos a vivir no será parecida a la de los 60, el punto de par-



tida no es el mismo, en nuestro país siguen pendientes problemas tan difíciles de resolver como la democratización del Estado y sus aparatos, la cuestión militar, las reivindicaciones nacionales, etcétera, y, por otra parte, nunca ha ocurrido que una experiencia histórica se produzca más de una vez.

¿Seremos italianos de mayores?

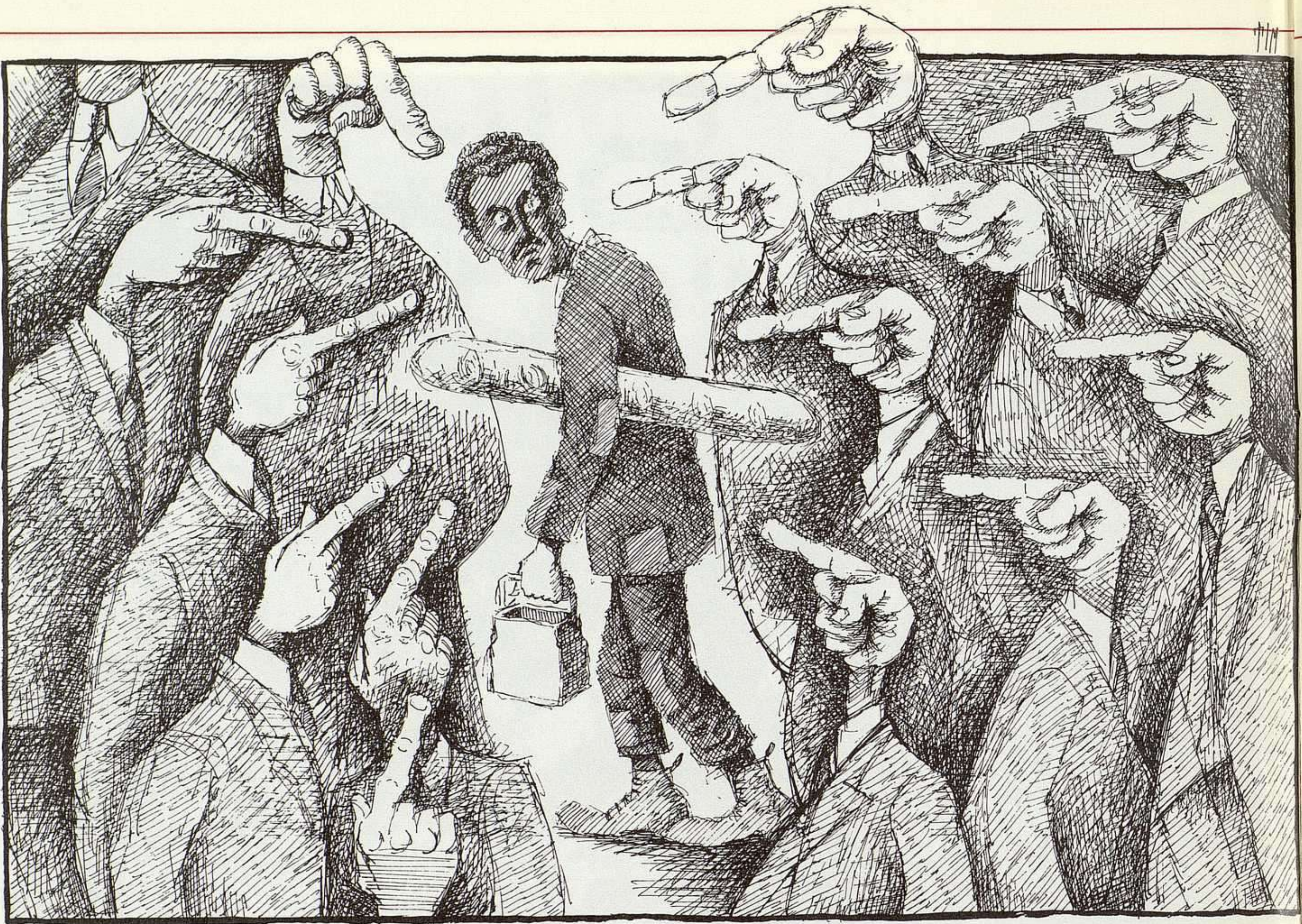
En todo caso, supuesta la inexistencia de modelos, incluso de los más cercanos y admirados, parece evidente que la progresión en fuerza política —medida en votos y en influencia social— y en número de afiliados pasa, aunque no sólo, por encarar nuestro trabajo con la actitud que se abrió paso desde 1983. En esa dirección podríamos decir que estamos aún en mitad del proceso de cambios con que abrimos esta nueva etapa del partido. No cabe duda de que se ha generalizado un clima de tolerancia interna como no había existido nunca en nuestras filas. Pero no es menos cierto que persisten la desvertebración del partido, una fuerte desconexión entre lo que debaten los organismos del partido, y los problemas de la sociedad —y por tanto la práctica de muchos de los militantes cuya práctica social deberían dirigir— y, des-

de luego, un vacío muy serio de análisis político y de capacidad teórica para enfocar las nuevas situaciones económicas, políticas, sociales y culturales.

Y, sin embargo, es en la dirección en la que venimos trabajando en términos generales como podremos avanzar en un proceso de articulación de la izquierda, que puede permitir además —que está permitiendo— sentar las bases para realizar la unidad de acción duradera, primero, de la inmensa mayoría de los comunistas de este país y la recuperación progresiva por el PCE de un gran espacio político y electoral, el correspondiente al comunismo democrático.

El proceso de preparación de los programas y candidaturas municipales y autonómicas puede permitir introducir otra dinámica y otros métodos y asimilar la saludable experiencia de Convocatoria por Andalucía extendiéndola, sin mimetismos, pero con voluntad de extender, profundizar y priorizar el momento *convergencia* sobre el momento *coalición*. Se puede y se debe ser optimistas; los resultados de las municipales anteriores y de las autonómicas andaluzas lo permiten. Pero hay que ser también muy realistas; esta es la gran prueba de fuego para el proyecto de Izquierda Unida.

Con esta perspectiva se pueden defender mejor los intereses de la fuerza económica y social de la izquierda.



Las minorías gitanas

Rosa Molina

La minoría gitana, como el resto de la sociedad española, forma parte del sistema de producción y en consecuencia su situación, su problemática, sus conflictos vienen determinados por la evolución del sistema socio-político-económico español.

Los cambios fundamentales de la comunidad gitana (favorables o desfavorables) en su situación laboral, educativa, vivienda y muchas de sus pautas culturales están condicionados por la sociedad dominante española; la población gitana es el 0,56 por 100 de la población total española.

Este condicionante hace que no pocas de las señales distintivas de identidad o peculiaridades, atribuidas a la cultura gitana, sean más bien mecanismos de adaptación y estrategias de supervivencia en una situación estructural de pobreza económica.

Con esta perspectiva se pueden entender mejor los

cambios sufridos por la comunidad gitana en las últimas décadas. Un grupo significativo y numeroso de gitanos dejaron la trata del ganado al mecanizarse el campo y acudieron a asentarse en las periferias de las grandes ciudades, donde se reclamaba mano de obra barata.

Este proceso ha determinado los cambios de vida más importantes en la comunidad gitana desde hace quinientos años. La carreta y la tienda han pasado a ser símbolos mitológicos de los gitanos del futuro.

Nuevos hábitos de vida

Después de este asentamiento, producido en la década de los cincuenta, hoy, tras treinta años, el 65 por 100 de la población gitana (datos de población de Madrid, pero extrapolables a otras ciudades) sigue viviendo en barrios de chabolas del más bajo nivel, alejadas de núcleos poblados, sin comunicación, sin servicios, ni equipamientos.

El núcleo urbano y el tipo de vivienda han condicionado el *desarrollo* de la población gitana (entendiendo por

desarrollo un proceso de incorporación social, que sitúe a la población marginada en igualdad de condiciones que el resto de la población; es decir, al disfrute de todos los bienes sociales y la obligatoriedad de asumir los deberes que la sociedad exige a los miembros que la componen), así podemos analizar esta evolución según sea el barrio de chabolas, casas bajas (entendiendo por casas bajas las UVAS o barrios similares) y los barrios de viviendas normalizadas.

Sobrepasaría la posibilidad de este artículo el análisis de la evolución de la cultura gitana; por tanto, sólo esbozaré los temas más influenciados por la sociedad mayoritaria: trabajo, educación y sanidad.

La actividad laboral de la población residente en chabolas abarca un amplio abanico: mendicidad (casi ejercida exclusivamente por las mujeres), busqueros, recogida de cartón y chatarra, venta ambulante de ajos y limones con pequeños arrastres, de frutas y verduras, con coche o furgoneta, y trabajos agrícolas de temporada.

En la casa baja desaparece la busca y recogida de cartones, la mendicidad; la recogida de chatarra y el trabajo agrícola de temporada descienden notablemente y dejan de existir prácticamente en los barrios normalizados.

Surgen otras actividades. En la casa baja se generaliza la venta de verduras y frutas y aparece la venta de flores, género y relojes, así como un pequeño número de trabajadores por cuenta ajena, localizado en el peonaje de la construcción.

En los pisos la venta de frutas y verduras abre paso a la generalización de la venta de flores, género y relojes y puestos fijos en los rastrillos, a medio camino entre la venta ambulante y el pequeño comercio.

Estos cambios son una transformación en los hábitos de vida: el abandono de la chatarra se produce por la dificultad para almacenar. Pero el utilizar coche o furgoneta exige una mayor capacidad de inversión y la necesidad de obtener el carné de conducir, lo que lleva aparejado un cierto nivel de alfabetización.

En el terreno de la sanidad debemos analizar, por una parte, el estado sanitario de la población y, por otra, su capacidad de cara a la previsión asistencial.

En cuanto a la primera es similar a la de la población no gitana, que ha vivido en idéntica situación: abundan los procesos reumáticos y artríticos. Se observa en las viviendas normalizadas un descenso notable de enfermedades de la piel y en general de epidemias que afectan, sobre todo, a la población infantil.

De todas formas, mientras la esperanza de vida en la población gitana es hoy de sesenta y dos años, la de la población no gitana es de setenta y cinco años.

En cuanto a la previsión asistencial, es decir, seguros con que cuentan para hacer frente a situaciones de enfermedad, jubilación o incapacidad, está claramente relacionado con el tipo de trabajo que desarrollan. Es prácticamente inexistente la afiliación a la Seguridad Social en los barrios de chabolas, excepto algunos casos de afiliación a la Seguridad Social agraria. Tienen cubierta la asistencia médica por la cartilla de asistencia médico-farmacéutica del Ayuntamiento, con el grave problema de que no cubre desplazamientos ni las pensiones del Fondo de Asistencia Social (FAS).

La aparición del peonaje hace que se incremente la afi-

liación a la Seguridad Social, pero es un tanto por ciento muy bajo el que llega a cobrar una pensión de jubilación.

El último punto que analizaré será el de la educación, aunque es el más difícil de comprobar, en cuanto a la evolución de la población con relación al medio en que se asienta.

Todos, a la escuela

El grado de escolarización en el barrio de chabolas está en función de la existencia de escuela en el barrio; si hay que desplazarse fuera, la desescolarización será masiva. Si hay escuela, será elevada la escolarización en los niños menores de doce años, a partir de esta edad se incorporan al mundo laboral para ayudar a los padres. El absentismo es muy alto y se justifica por varias razones: desplazamiento a trabajos de temporada, desajuste entre horario familiar y escolar, existencia o no de comedor en la escuela.

De todas formas, el nivel alcanzado, tras varios años de permanencia en la escuela, no supera la simple alfabetización, muy pocos llegan a la segunda etapa de EGB.

Entre la población adulta, el 70 por 100 de las mujeres no sabe leer, ni escribir, mientras que en los hombres es el 45 por 100.

Es fundamental para favorecer el proceso educativo la existencia de la escuela infantil, sobre todo, en los barrios de chabolas, donde cumple un papel de suplencia de las insuficiencias familiares, desde la nutrición del niño hasta el desarrollo psicomotor. Estas escuelas se mantienen en los barrios con gran dificultad, sobre todo, económica y muchas han tenido que cerrar por falta de subvenciones de la Administración.

En los barrios de casas bajas la escolarización se mantiene a un nivel similar al del barrio de chabolas.

El cambio cualitativo que suponen la incorporación al piso, influye decisivamente en el proceso educativo. El nivel de escolarización es mayor y se mantiene el niño escolarizado después de los doce años.

El factor más significativo para este cambio es que el nivel de aspiraciones de los padres para sus hijos se eleva, quieren que sus hijos *sean más que él*, sin saber exactamente lo que quieren. Lo cierto es que empiezan a asumir la escuela como necesidad y en consecuencia se asume la obligatoriedad de la asistencia.

Con estas líneas ha quedado apenas esbozada la problemática actual del mundo gitano, pero no puedo terminar sin hacer una seria crítica a la Administración Central, Autonómica y Local, en lo que a cada una compete.

No hay decisión política para abordar el problema gitano. Las pocas soluciones que se han conseguido han sido por la lucha de algunas Asociaciones de Vecinos o Asociaciones Gitanas, aisladas y sin apoyo económico para poder plantear un programa serio de desarrollo.

Es hora de terminar con quinientos años de marginación.

Comunistas franceses e italianos debaten el futuro inmediato

● Puntos de vista diferentes después del Congreso de Florencia

A partir de las conclusiones del reciente Congreso del PCI (ver NUESTRA BANDERA n.º 135), Pierre Laroche, del PCF, y Gerardo Chiaramonte, del PCI, exponen sin ningún formalismo diplomático los divergentes puntos de vista de sus respectivos partidos. Al hablar de Italia, ambos dirigentes políticos nos ofrecen pistas para entender mejor los problemas de España.

La situación italiana

Apuestas, perspectivas y cuestiones

Pierre Laroche

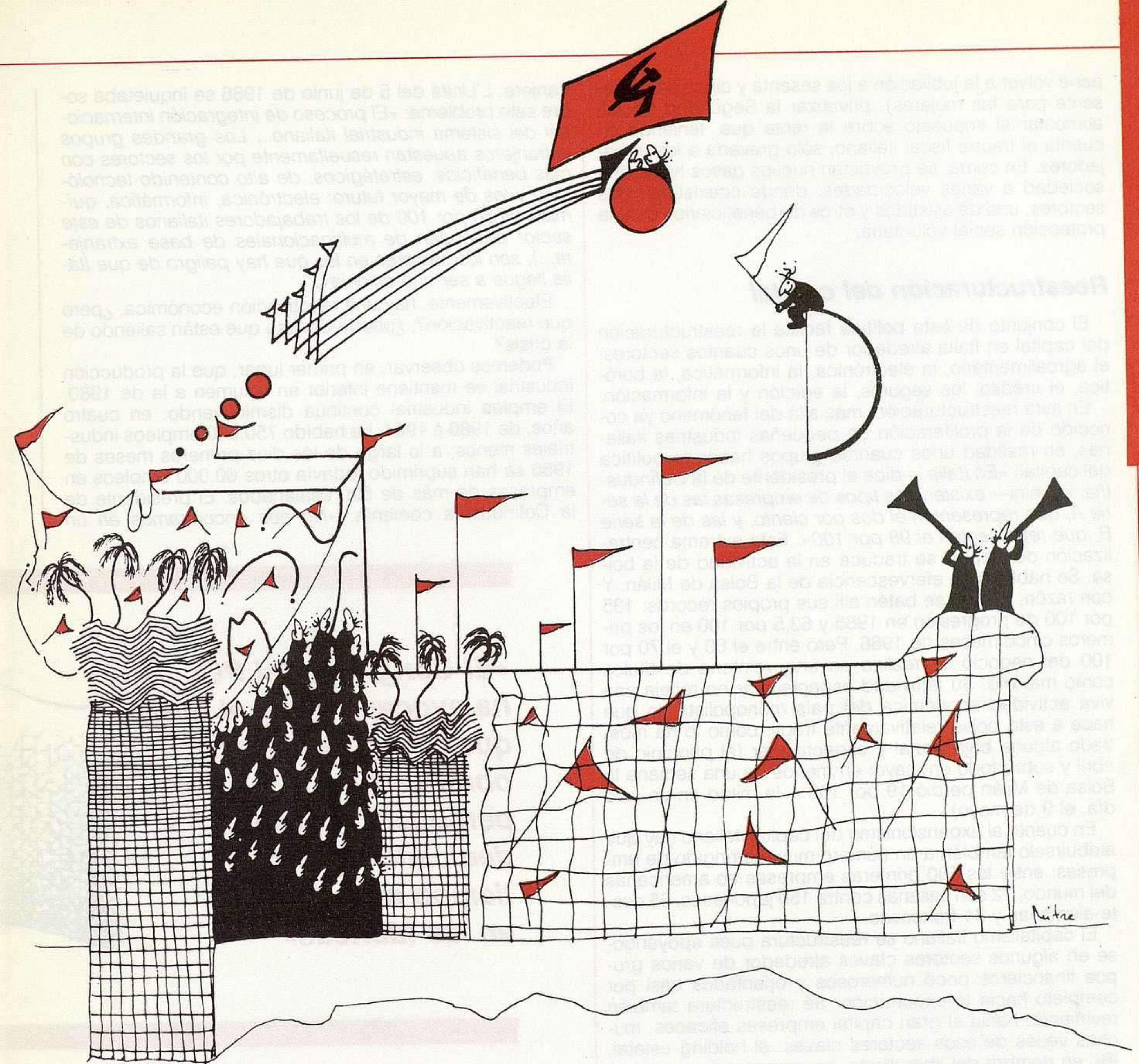
En el otoño de 1985, en Turín, en los locales de *Lingotto* sede histórica de la Fiat, la *Confindustria* (organización patronal similar a la CEOE española) organizó un simposio con el lema: *Un salto en el desarrollo*. Su vicepresidente, Walter Mandelli, aclaró después de qué trataron: «*la época de la reestructuración pura y simple de las fábricas, basada sobre la reducción de los costes, se ha terminado... Hemos entrado desde hace unos cuantos meses en la época del gran desarrollo... Las ganancias sólo pueden hacerse hoy en día ampliando la producción, aumentando el volumen de las mercancías producidas por las empresas italianas y reduciendo todavía más los costes*».

Es incontestable que las ganancias de algunas grandes empresas han crecido de modo espectacular. Alfredo Reichlin, responsable del sector económico del PCI, indicaba el 31 de mayo de 1985, en *L'Unitá*, diario del PCI, que desde 1980 los beneficios han aumentado ocho veces. La progresión es particularmente clara en los dos últimos años. Entre 1983 y 1985 los beneficios del grupo Fiat han pasado de 253 mil millones de liras a mil millones de liras. En diferentes proporciones, los principales grupos italianos han mejorado también los resultados, aunque menos que la Fiat. Estos grupos (Fiat, Montedison, Fininvest, De Benedetti y Ferruzzi) aplican una política ofensiva de conquista de los mercados exteriores: compran empresas y se alían con otros grupos, principalmente americanos y japoneses.

La patronal estima que la base de este relanzamiento es la caída de precios de las materias primas, de la energía, la baja del dólar y también los bajos salarios. Lo que quiere decir que la política que ha llevado a cabo el *pentapartido* (demócratas-cristianos, socialistas, social-demócratas, republicanos y liberales) comienza a dar sus frutos en lo que concierne al aumento de las ganancias.

La estrategia de los patrones

La patronal, después de una larga batalla ideológica y política sobre *la responsabilidad de los salarios* en la falta de competitividad de la economía italiana —y gracias al Gobierno Craxi, a los partidos que le sostienen y a los sindicatos, incluidos también los socialistas que siguen en la CGIL—, ha conseguido dismantelar *la escala móvil*. El acuerdo del 8 de mayo último fija cada seis meses la revisión de los salarios al costo de la vida, en vez de cada tres meses como se venía haciendo; además, tal revisión no funcionará al completo; nada más que para los salarios inferiores a 580.000 liras; por encima de estas cifras sólo repercutirá un aumento de la cuarta parte del au-



mento de los precios. Pero tal desreglamentación de los salarios puede no pararse ahí; en la FIAR, empresa que se unió al grupo sueco Ericsson hace aproximadamente un año, la dirección, con el acuerdo de los sindicatos UIL y CISL, ha decidido que las subidas de los salarios se hagan en función de los resultados de la empresa. Es la escala móvil según la versión patronal.

La patronal utiliza cada día más la *Cassa integrazione* (expedientes de regulación de empleo) como instrumento de flexibilidad del empleo, preferentemente en la llamada forma extraordinaria que permite prolongar sus efectos indefinidamente. La *Cassa integrazione* permite utilizar la mano de obra a tiempo parcial o a tiempo completo, ponerla toda o parte fuera del proceso de producción o volverla a emplear, todo a iniciativa del empresario, mientras el estado toma a su cargo por medio de esta «caja de complementos» la indemnización del desempleo total o parcial. Fiat ha servido de modelo a partir del momento en que rompió el movimiento de protesta utili-

zando las contradicciones entre distintas categorías de trabajadores: pues en la *Cassa integrazione* a 23.000 trabajadores del automóvil hace poco más de cinco años. Ha vuelto a emplear ahora a 5.000 de estos trabajadores, pero mientras tanto ha reestructurado el grupo, centrandose sus actividades automovilísticas en Europa, donde ha conquistado una importante parte del mercado y ha «adelgazado» sus efectivos obreros en aproximadamente un tercio (120.000 supresiones de empleo entre 1979 y 1984), aumentando a la vez la producción en un 25 por 100 por trabajador.

Entre 1984 y 1985, el número de trabajadores en la *Cassa integrazione* ha aumentado más del 10 por 100, ya se aproxima al medio millón, una cifra que no se contabiliza en las estadísticas de desempleo.

Varias veces, y de nuevo en su asamblea anual de mayo último, la *Cofindustria* ha reiterado sus exigencias de mayor libertad y de mayor moderación sindical. El ministro de Hacienda, Gorla, en sintonía con la patronal pro-

pone volver a la jubilación a los sesenta y cinco años (sesenta para las mujeres), privatizar la Seguridad Social, aumentar el impuesto sobre la renta que, teniendo en cuenta el fraude fiscal italiano, sólo gravaría a los trabajadores. En suma, se proyectan nuevos pasos hacia una sociedad a varias velocidades, donde coexistirían dos sectores, uno de asistidos y otros de beneficiarios de una protección social voluntaria.

Reestructuración del capital

El conjunto de esta política facilita la reestructuración del capital en Italia alrededor de unos cuantos sectores: el agroalimentario, la electrónica, la informática, la burótica, el crédito, los seguros, la edición y la información.

En esta reestructuración, más allá del fenómeno ya conocido de la proliferación de pequeñas industrias italianas, en realidad unos cuantos grupos hacen la política del capital: «En Italia —dice el presidente de la Cofindustria, Luchini— existen dos tipos de empresas las de la serie A, que representan el dos por ciento, y las de la serie B, que representan el 98 por 100». Esta extrema centralización del capital se traduce en la actividad de la bolsa. Se habla de la efervescencia de la Bolsa de Milán. Y con razón, ya que se batían allí sus propios récords: 135 por 100 de progresión en 1985 y 63,5 por 100 en los primeros cinco meses de 1986. Pero entre el 60 y el 70 por 100 del negocio se realiza en una veintena de títulos como máximo. Su actividad espectacular no refleja una viva actividad económica del país monopolista, lo que hace a esta bolsa relativamente frágil, como lo ha mostrado alguna baja brutal y espectacular (al principio de abril y sobre todo en mayo: en menos de una semana la Bolsa de Milán perdió 19 por 100 —la mitad en un solo día, el 9 de mayo).

En cuanto al expansionismo del capital italiano hay que atribuirse también a un número muy restringido de empresas: entre las 500 primeras empresas no americanas del mundo, 12 son italianas contra 150 japonesas, 55 oeste-alemanas y 34 francesas.

El capitalismo italiano se reestructura pues apoyándose en algunos sectores claves alrededor de varios grupos financieros poco numerosos y orientados casi por completo hacia la exportación. Se reestructura también revirtiendo hacia el gran capital empresas eficaces, muchas veces de esos sectores claves: el holding estatal, IRI, en nombre del liberalismo, ha comenzado a reprivatizar resueltamente en el sector bancario, agro-alimentario y del crédito.

Tal reestructuración se efectúa simultáneamente con una fuerte participación de capitales extranjeros. Por ejemplo, ATT posee actualmente el 25 por 100 de las acciones de Olivetti, CIT-ALCATEL posee otro cinco por ciento y Volkswagen acaba de adquirir otro cinco por ciento por una ampliación de capital en la misma operación en que Olivetti ha comprado Triumph-Adler; la compañía financiera De Benedetti no posee más del 15 por 100 de Olivetti, lo cual no deja de tener ya consecuencias a la hora de definir las opciones de la empresa: Olivetti ha cerrado su sector investigación y utiliza y difunde la investigación americana de ATT. Las inversiones extranjeras en Italia experimentan un auge creciente desde hace dos años, principalmente en los servicios y campos más especulativos, como el crédito y los seguros. El capital extranjero controla actualmente más del 10 por 100 del capital social del conjunto de las sociedades italianas; el 20 por 100 del empleo global de las empresas de más de 500 obreros dependen de una multinacional ex-

tranjera. *L'Unità* del 5 de junio de 1986 se inquietaba sobre este problema: «El proceso de integración internacional del sistema industrial italiano... Los grandes grupos extranjeros apuestan resueltamente por los sectores con más beneficios, estratégicos, de alto contenido tecnológico y los de mayor futuro: electrónica, informática, química (el 50 por 100 de los trabajadores italianos de este sector dependen de multinacionales de base extranjera...), son los sectores en los que hay peligro de que Italia llegue a ser una colonia».

Efectivamente, hay una reactivación económica, ¿pero que reactivación?; ¿puede decirse que están saliendo de la crisis?

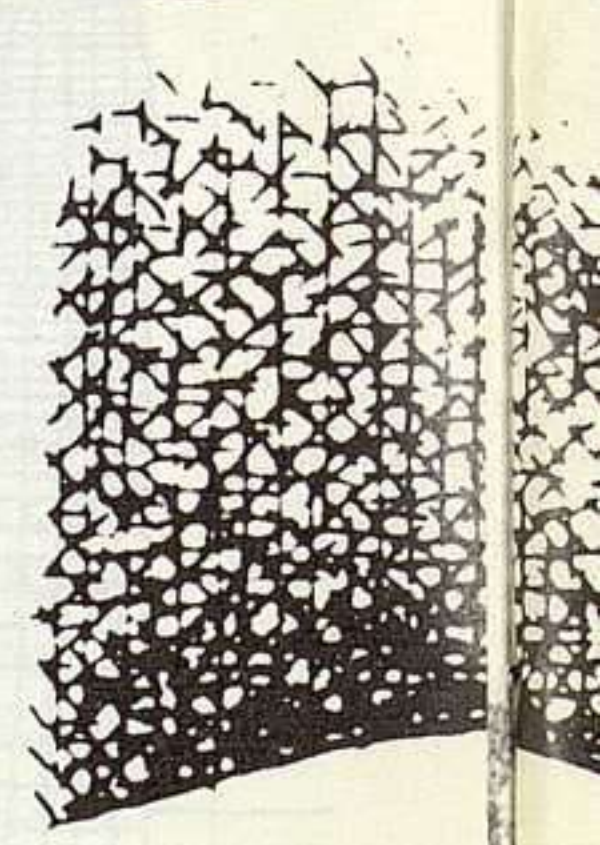
Podemos observar, en primer lugar, que la producción industrial se mantiene inferior en volumen a la de 1980. El empleo industrial continúa disminuyendo: en cuatro años, de 1980 a 1984, ha habido 750.000 empleos industriales menos; a lo largo de los diez primeros meses de 1985 se han suprimido todavía otros 60.000 empleos en empresas de más de 500 asalariados. El presidente de la Cofindustria comenta: «No nos encontramos en un

**«El Congreso del PCI
ha evocado poco el lugar
que ocupa la clase
obrera en su
perspectiva; no ha
dedicado mucho
tiempo a las luchas
en las fábricas»**

“boom” generalizado... La construcción está todavía en crisis... La siderurgia de Brescia cierra hornos y trenes de laminación».

El desempleo fuera de la «Casa integrazione» se encuentra en progresión constante: 2,4 millones en diciembre de 1984, 2,6 millones en octubre de 1985, 2,7 millones en marzo de 1986 (11,5 por 100). En una mesa redonda de sindicalistas, dirigentes comunistas y representantes de la patronal, Alfredo Reichlin exponía «el peligro inédito de que una generación completa sea excluida para toda la vida de un trabajo digno de este nombre».

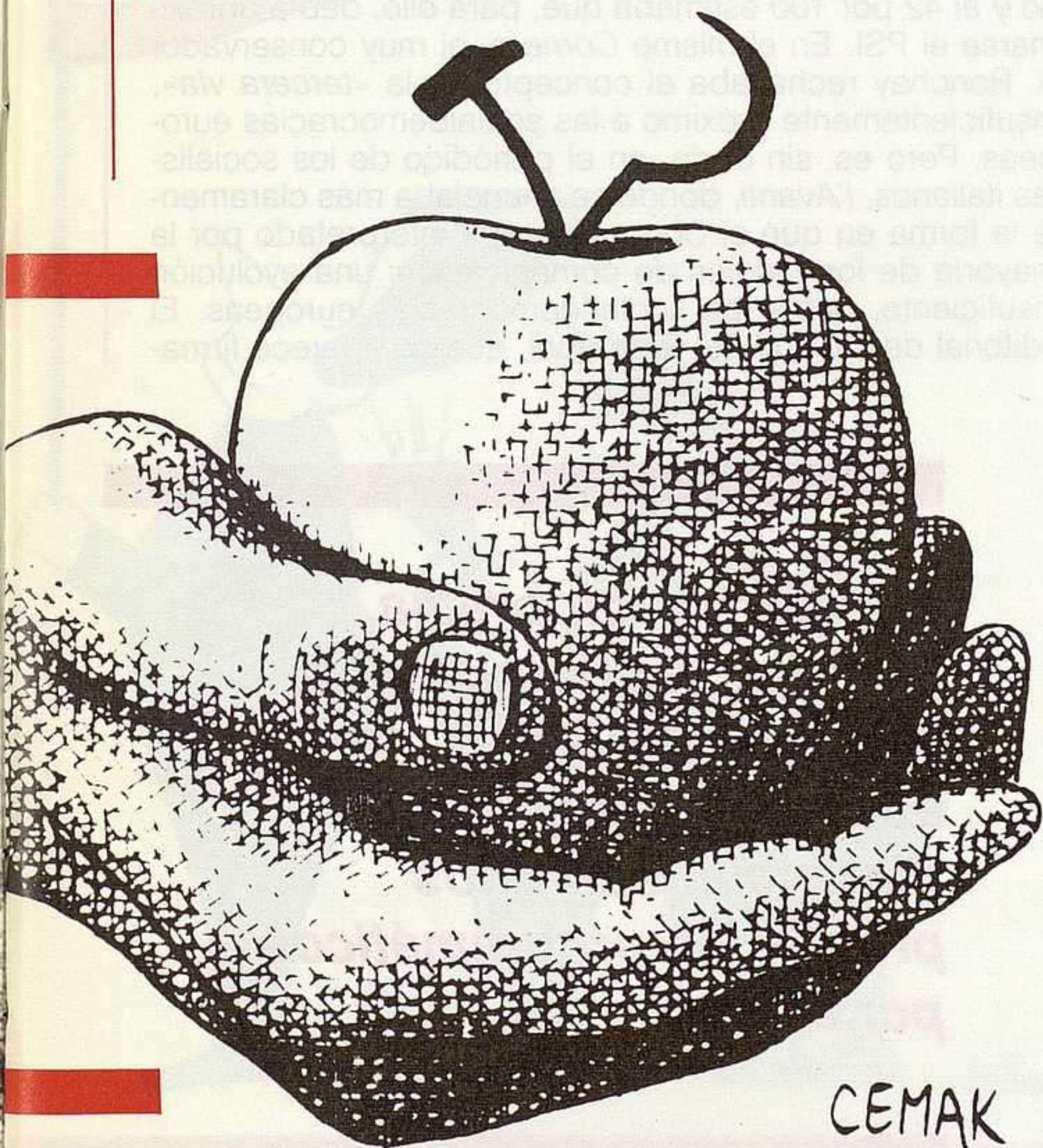
Hay, a pesar de las apariencias de recuperación económica, una degradación del aparato productivo. A. Reichlin, expresándose en el mismo debate, observa que mientras los accionistas de Montedison se enriquecen, el déficit de la química italiana asciende a 2.000 millones de liras en los tres primeros meses del año y que los beneficios de Fiat se elevan a 1.500 millones de liras, pero produciendo menos coches y con 70.000 obreros despedidos. Las tesis del Congreso del PCI muestran que Italia ve bajar la producción de sus exportaciones con fuer-



te contenido tecnológico, mientras que crecen las de débil contenido tecnológico.

El coste social y económico de este debilitamiento del aparato industrial, el coste del desempleo son elementos que minan las finanzas públicas: la deuda pública italiana alcanza por el momento el nivel del PIB; el servicio de la deuda sobrepasa el 10 por 100 de este PIB.

Nos bastarían estos aspectos económicos para responder cuando Craxi alardea de sus éxitos en este campo como prueba de la eficacia de su política. Pero además, ¿no cuenta para nada la ineficacia de la formación y de la investigación cuando Italia ha registrado 771 patentes en 1982 contra 1.326 de Suiza, 2.120 de Francia, 3.495 de Japón, 6.195 de los EE.UU., 6.247 de la RFA? ¿Dónde está la eficacia cuando camiones cisterna de



agua tienen que habituallar a 200.000 personas no en el sur quemado por la sequía, sino en la Lombardía, simplemente porque los pozos de agua subterráneos fueron contaminados? Y tendríamos que hacer todavía balance de la agravación de las disparidades regionales, del abandono del patrimonio cultural (40 obras de arte robadas diariamente —como media— en los museos, palacios e iglesias), de la destrucción del medio ambiente natural por la especulación inmobiliaria y de la ausencia de control sobre las construcciones industriales, de la delincuencia, pequeña y grande, organizada y artesanal, de la difusión cada día mayor de la droga, de la insuficiencia de los servicios públicos, del descontento de la juventud que alimenta los batallones de parados; algunos delegados al Congreso han constatado también el debilitamiento de los valores solidarios e igualitarios.

La recuperación de los beneficios, la euforia de la Bolsa no borra el hecho de que la sociedad italiana esté en

crisis, una crisis que se agrava y desarticula a esta sociedad.

Pero para gestionar esta crisis, desestructurar la sociedad para reestructurar el capital, con el objetivo de hacer crecer el beneficio, la patronal se bate desde hace varios años, en los planos políticos e ideológicos, para alejar cualquier resistencia, ahogar las aspiraciones a cambios decisivos, debilitar todo lo que puedan organizar esas resistencias y proponer otras perspectivas o la acción a favor de otros proyectos de sociedad.

Debilitar cualquier resistencia

El principio de los años setenta estuvo marcado por el fuerte empuje de esas aspiraciones, mezcladas sin duda alguna de ilusiones e incoherencias, pero que se traducían en luchas y encontraban a veces un principio de concreción, principalmente en lo que se refiere a los derechos de los trabajadores en las empresas (papel de los sindicatos, formación continua, homogeneización de la escala móvil) y a los cambios en las costumbres. El primer signo fue la victoria de las fuerzas laicas y democráticas en el referéndum de 1974 sobre el divorcio, confirmado unos cuantos años más tarde en el referéndum sobre el aborto. Esta evolución reflejaba en particular la marcha atrás de la dominación ideológica de la Democracia cristiana sobre la sociedad italiana.

Estas aspiraciones progresistas y democráticas encontraban su expresión política en el crecimiento del apoyo del PCI, que alcanzó su punto culminante en las legislativas de 1976, con un 34,4 por 100, en un giro a la izquierda que por ejemplo permitió que se constituyeran ayuntamientos con participación o dirección comunista en la casi totalidad de las principales ciudades italianas.

En consecuencia, la clase dirigente italiana ha luchado a la vez para ahogar esas aspiraciones a transformar la sociedad y para debilitar al PCI, no sólo electoralmente, sino también política e ideológicamente, teniendo como objetivo, como decía Enrico Berlinguer en la fiesta de *L'Unità* en 1978, hacerle perder su identidad «*de partido de clase, internacionalista, revolucionario*».

Al mismo tiempo, la clase dirigente busca implantar un sistema político que no permita la expresión de las aspiraciones populares.

Ahora bien, sobre este terreno, choca con unas cuantas dificultades específicas. De orden institucional en primer lugar: la Constitución italiana sigue siendo la que aprobó la Constituyente de 1947, que surgió de las luchas antifascistas, impregnada profundamente de valores progresistas y democráticos: derecho al trabajo, derechos de los trabajadores, pluralismo, respeto de las minorías, papel importante del Parlamento. El sistema electoral, fundado sobre la proporcional integral en todas las elecciones (salvo las municipales de los pueblos de menos de 5.000 habitantes), permite la expresión de todas las corrientes del pensamiento en vez de constreñirlas a la bipolarización.

Otra dificultad proviene de la historia de las fuerzas políticas italianas.

La burguesía italiana no ha podido nunca formar un partido conservador de masas porque ese espacio está ocupado por la Democracia cristiana, que actúa a favor del mantenimiento del sistema capitalista —es verdad—, pero en el marco de sus propios fines de partido confesional, que niega la lucha de clases, pero que no puede, por naturaleza, asfixiar en un callejón sin salida las aspiraciones de justicia social aunque sea para desviarlas. Este partido, que tiene una base popular real, no tiene ca-

18

pacidad para realizar el consenso sobre los objetivos del capital, y mucho menos teniendo en cuenta que su dominación ideológica y política sobre la sociedad italiana se ha debilitado considerablemente en los años sesenta-setenta: la Democracia cristiana pierde influencia en el mundo del trabajo; las asociaciones católicas de trabajadores, de campesinos, han roto desde 1974, año del referéndum sobre el divorcio —en el encuentro eclesial sobre «*evangelización y promoción humana*»—, con la tradición llamada del «colateralismo» es decir, del alineamiento sistemático con las posiciones demócratas-cristianas. La Democracia cristiana no gana adeptos en las capas nuevas, como los cuadros técnicos, ni entre los intelectuales. Pero tampoco gana los favores de la patronal ni de los que están buscando un partido apto para organizar la sociedad en el marco de la crisis del capitalismo. Cuando en las elecciones de 1983, De Mita ha querido renovar la Democracia italiana, hacer de ella un partido moderno que expresara la estrategia del gran capital, la DC ha alcanzado su nivel electoral más bajo. De repente en el Congreso de la DC, que ha tenido lugar en mayo de este año, De Mita toma distancia de las teorías ultra-liberales de la patronal: «*el Estado no puede jubilarse*», dice. Podríamos añadir que para la DC el Estado es un instrumento precioso para una política clientelista. La contradicción fundamental de la DC es la de pretender unificar antagonistas intereses de clase; la profundización de la crisis, por el contrario, es causa de que resulte imposible esta conciliación «interclasista», como la llaman los italianos.

En cuanto al PSI, no tiene la talla electoral para proponerse como alternativa a un partido conservador. El se propone como una perspectiva de recambio. No es probablemente por casualidad por lo que Bettino Craxi asumió la dirección en 1976, el año en que el Congreso de la Internacional Socialista en Ginebra decidió el relanzamiento de las perspectivas social-demócratas; fue también el año en que, en Italia, la clase dirigente temió el auge de las aspiraciones populares que acababan de expresarse en los resultados de las elecciones legislativas. Un cierto número de hechos van a concurrir para debilitar estas aspiraciones: el terrorismo, la decepción suscitada por la política de «solidaridad democrática» mediante la cual los demócrata-cristianos han querido que el PCI avalara una política antisocial. Craxi ha querido, a partir de ese momento, hacer del PSI un polo de atracción de las llamadas fuerzas «laicas»: liberales, republicanos, social-demócratas, para constituir una fuerza creíble alternativa con la DC. Ha conseguido cambiar la identidad del PSI, convertirlo en un partido social-demócrata europeo, rompiendo con una herencia que, en líneas generales, afirmaba la unidad con los comunistas y negaba la colaboración de clase. Ha conseguido hacerle ganar de nuevo influencia entre los cuadros y en la burguesía meridional; pero muy poco entre los obreros. No ha conseguido alzarse a un nivel tal que pueda constituir una fuerza con credibilidad de alternativa.

La clase dirigente italiana no parece disponer de los medios para instaurar un sistema de alternancia entre la social-democracia y el partido conservador. Las fuerzas que desean el mantenimiento de la dominación capitalista, de momento, no pueden más que cooperar, agruparse en una alianza de competidores. Ciertamente, esto es lo que une en una amalgama eficaz, por encima de las ambiciones personales y de las rivalidades entre partidos, al actual Gobierno pentapartito.

Los objetivos del capital en Italia no pueden alcanzarse más que si se hace dar marcha atrás a los trabajado-

res en una cuestión de fondo: ¿es posible hacer una política fundamentalmente diferente? Los resultados del referéndum sobre la escala móvil muestran que el 46 por 100 de los italianos, influenciados por el PCI, piensa que pueden hacerse cosas distintas a gestionar la crisis mediante la austeridad y la desreglamentación. En consecuencia, se ha desencadenado una viva campaña ideológica para hacer dar marcha atrás a cualquier idea de transformaciones profundas de la sociedad italiana.

El XVII Congreso del PCI

El día de la apertura del Congreso, el *Corriere della sera* publicaba una encuesta según la cual el 50 por 100 de los italianos deseaba que el PCI entrara en el Gobierno y el 42 por 100 estimaba que, para ello, debía aproximarse el PSI. En el mismo *Corriere*, el muy conservador A. Ronchey rechazaba el concepto de la «*tercera vía*», insuficientemente próximo a las socialdemocracias europeas. Pero es, sin duda, en el periódico de los socialistas italianos, *l'Avanti*, donde se anunciaba más claramente la forma en que el Congreso sería interpretado por la mayoría de los medios de comunicación: una evolución insuficiente, hacia las social-democracias europeas. El editorial de *l'Avanti* del 9 de abril, que no aparece firma-

«Gobierno, programa, alianzas, modernización, son los problemas que abordó el Congreso de Florencia; son unos problemas programáticos por arriba»

do, pero que se atribuye unánimemente a Craxi, dice principalmente: «*La izquierda italiana no tendrá nuevos horizontes, ni podrá ofrecérselos al país, hasta que el sol se ponga sobre esa línea trazada después de la primera guerra mundial entre comunistas y socialistas... No es deseable ni posible que un encuentro tenga lugar a medio camino. Sabemos ya que el Congreso de Florencia no marcará un giro histórico en la vida del PCI, al menos en el sentido que nosotros deseamos.*» Y, efectivamente, muchos periódicos al día siguiente del informe de Natta fingirán creer que no hay nada nuevo: «*El nuevo PCI nace viejo*», titulaba el *Corriere della sera*; «*el PCI de siempre*» dice *La Nazione*; «*Nada nuevo en el PCI*» insiste *Il tempo*.

Pero al finalizar el Congreso, el *Corriere della sera* del 14 de abril decía que el PCI «*arrojaba por la ventana la diferencia, ... la tercera vía..., el papel central de la clase obrera*».

En cualquier caso, el PCI se ha pronunciado de forma nueva sobre un cierto número de grandes cuestiones. En

primer lugar, quizás, sobre la cuestión de la amplitud de las transformaciones necesarias: Natta se niega a distinguir entre los que quieren sólo mejorar lo que existe y los que quisieran cambiarlo: «*hemos dejado atrás la vieja querrela entre reformas y revolución, entre maximalismo y reformismo*».

Dibuja un cuadro acusador de la sociedad italiana: «*las empresas han sido empujadas a sanearse y a reconquistar la productividad esencialmente mediante cortes drásticos en el empleo y mediante la racionalización de las producciones tradicionales*». Y dibujando «*el rostro de Italia*» recuerda los escándalos Calvi y Sindona, la mafia, el vino con methanol, la degradación del patrimonio natural y cul-

La tarea de este Gobierno sería la de modernizar la sociedad italiana en tres direcciones principales.

En el campo institucional, las propuestas del PCI optan esencialmente por una redefinición de los poderes regionales en el sentido de una autonomía más eficaz, por la existencia de una sola cámara legislativa, por garantías para el papel del Parlamento, en particular limitando el procedimiento de simples decretos ministeriales. Pero, a decir verdad, estas cuestiones no han levantado vivos debates en el Congreso. En lo que se refiere a la formación y a la información de las que Natta en su informe ha podido decir que se trataba de un «*problema enorme*», el programa adoptado por el Congreso fija grandes líneas que tampoco han dado lugar a discusiones apasionadas: elevación del número y de la cualificación de los estudiantes, valorización competitiva de la autonomía de las universidades, introducción de títulos de grado medio entre el bachillerato y la licenciatura, reforma de la segunda enseñanza «*basada en la elevación de la obligatoriedad escolar*».

Pero es el tercer aspecto el que, adelantado con fuerza por las instancias dirigentes del Partido desde meses antes, ha parecido centrar la reflexión sobre esta modernización de la sociedad italiana: innovación tecnológica y modernización económica. Esta innovación no se ha apreciado como un dato nuevo del desarrollo de las fuerzas productivas, sino que se ha considerado como un hecho que existe fuera de la voluntad de los hombres. «*No puede negarse*», dice Natta. No parece contemplarse en función de las potencialidades que pueden deducirse para el empleo, para el desarrollo, para la democracia, para mejorar las condiciones de vida y de trabajo, sino como una necesidad, casi una imposición, para la competitividad internacional en Italia.

¿A qué fuerzas se dirige el PCI con esta perspectiva de Gobierno de programa? A todas las que quieran «*conjugar justicia y desarrollo*»: se trata, dice Natta en su informe al Congreso, de un amplio abanico de fuerzas sociales y políticas que pueden unir «*en una alianza reformadora... a la izquierda que hoy en día está en la oposición y a las fuerzas progresistas que participan en el Gobierno*». Natta ha expresado así la voluntad del PCI de dirigirse a las fuerzas que en el PSI marchan en la actualidad —según él— en el sentido de mejorar las relaciones en la izquierda italiana. Se ha dirigido también hacia «*esa parte de la democracia cristiana que se considera heredada de Aldo Moro*», afirmando que no existe en el PCI «*el objetivo preconcebido de arrojar a la DC a la oposición, aunque esto pueda ser considerado como un aspecto posible de la normalidad democrática*».

Se ha evocado poco, tanto en su preparación como en sus discusiones, al lugar que ocupa la clase obrera en una perspectiva así definida. El Congreso no ha dedicado mucho tiempo a las luchas en las fábricas; sólo la intervención de dos obreros de la Standa (una cadena de almacenes que lucha por impedir el despido de 2.000 trabajadores y que ha conseguido algunos éxitos) ha planteado este tipo de cuestiones. Gobierno, programa, alianzas, modernización, son los problemas que se abordan en unos planteamientos programáticos por arriba, a pesar de que el programa se encuentre en estos momentos en una etapa de esbozo inicial. En la tribuna del Congreso, un delegado se inquietaba: «*No se puede hablar de programa sin decir el enunciado, aunque sea a grandes líneas, de los contenidos esenciales, de los plazos, de las prioridades, de las compatibilidades.*»

¿La propuesta de un programa no funciona, por el momento, como un sustituto de una perspectiva transforma-



tural. Pero éste no es el cuadro de una sociedad en crisis. Los conceptos claves de este análisis no parece que sean los de la crisis, el movimiento del capital, la dimensión de clase de la crisis y de las respuestas opuestas que pueden aportarse; los conceptos claves son más bien las mutaciones sociológicas, la innovación tecnológica, la crisis del Estado social. El análisis que subyace en esta descripción es que la situación de Italia se explica por la práctica gubernamental de cuarenta años de poder demócrata-cristiano y por la incapacidad del Gobierno del pentapartido para dar un cuadro programático a la gran reestructuración del aparato productivo. La apreciación del PCI es que el Gobierno no gobierna y deja que la modernización de la economía se efectúe en función de las leyes del mercado, de las políticas monetarias.

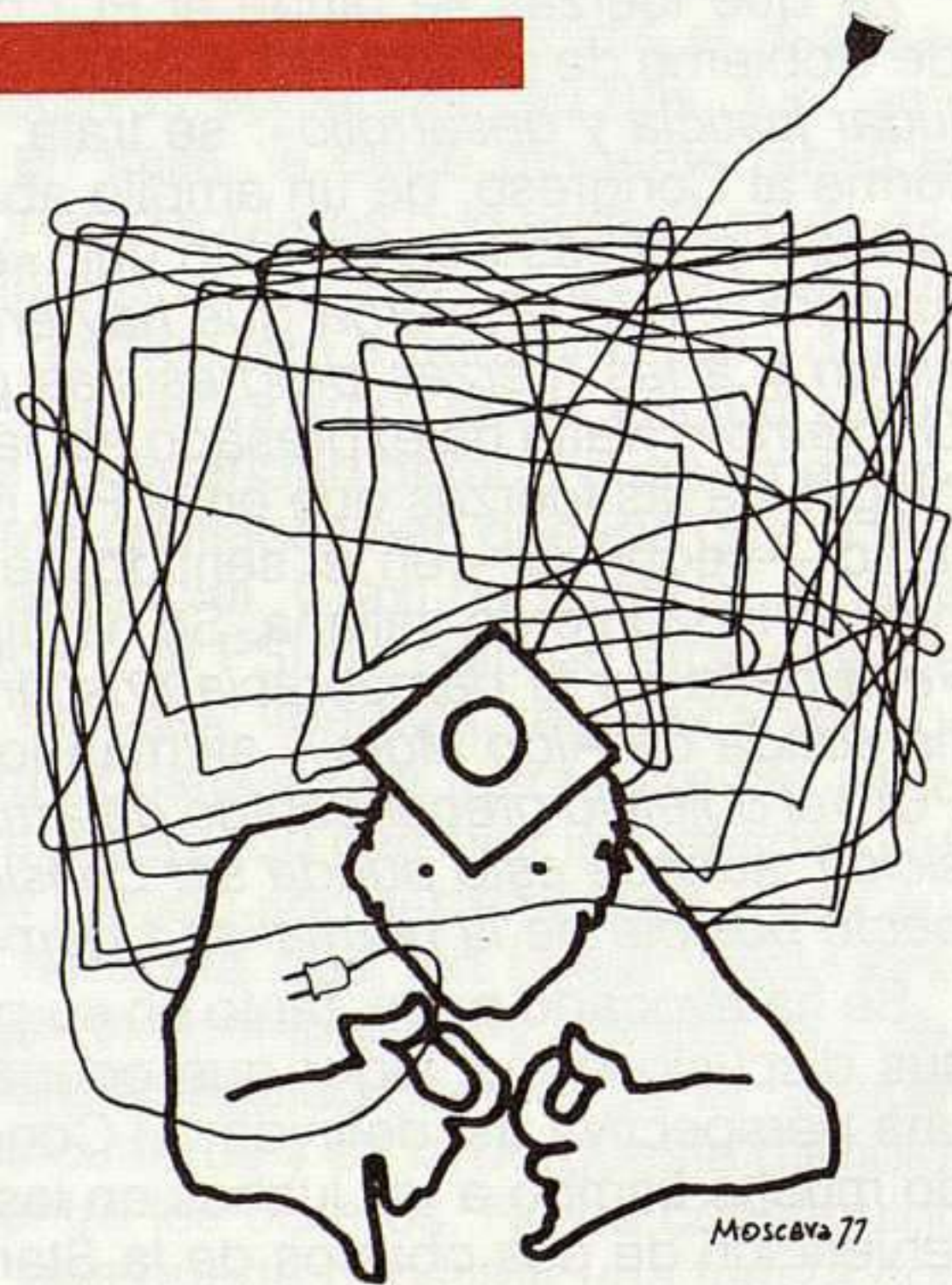
Entonces, la respuesta propuesta por el Congreso del PCI a la situación italiana es «*un Gobierno de programa, como alternativa a este vacío de programa*».

dora? Natta dice en su informe: «De aquí a la alternativa democrática no hay la tierra de nadie, sino la lucha política real». Pero si precisamente son las modalidades de esta lucha las que se han parado, ya lo hemos visto. Y sus objetivos no aparecen; todo lo que se refería en los precedentes congresos a una perspectiva de cambio de sociedad ha desaparecido —vía italiana al socialismo o tercera vía—. Esto ha conducido a Pietro Ingrao a gritar: «¡Esto no es la desberlinguerización, la tercera vía no es una palabra muerta!»

¿Entonces, deberemos sacar la conclusión de que el PCI, al no plantearse las cuestiones en términos de crisis y de salida de la crisis, como lo han dejado pensar ciertas intervenciones, cree que el capitalismo es capaz de resolver los problemas de la hora actual siendo lo importante para los trabajadores no quedarse fuera del debate sobre esas respuestas? En una palabra, ¿cuando el PCI rechaza las enmiendas que proponen como perspectiva «superar» o «salir» del capitalismo no significa que piensa que el socialismo no está al orden del día?

Estas preguntas recuerdan la afirmación del PCI de que se proclama «parte integrante de la izquierda europea» y la respuesta de Natta a la pregunta del *Spiegel* (26-5-86): «¿Tiene usted la intención de adherirse próximamente a la Internacional Socialista?... No parece de actualidad pensar en una adhesión a la Internacional Socialista —sería prematuro para nosotros y para nuestros compañeros de Europa—... No hay que anticiparse sobre las evoluciones históricas... Nosotros no queremos en estos momentos pertenecer a ningún campo ideológico o a un movimiento organizado; esta reserva quizá tenga su origen en el hecho de que nosotros tenemos en nuestro pasado experiencias más bien problemáticas.»

«Ser parte integrante de la izquierda europea» equiva-



«¿El PCI, al no plantearse las cuestiones en términos de crisis y de salida de la crisis, cree que el capitalismo es capaz de resolver los problemas de la hora actual?»

le, en la fase actual, a desarrollar relaciones privilegiadas con ciertos socialistas y socialdemócratas europeos. Ya en el *II Manifiesto* del 22-5-85, Natta, al confirmar una precedente declaración de Lama, declaraba que si él viviese en la RFA estaría en el SPD. Se conoce también al leer *L'Unità* del 19-5-86, que durante un encuentro en París «ha habido una amplia convergencia entre las posiciones del PCI y las del PSF».

La perspectiva europea aparece así no tanto como una respuesta a la crisis, sino como lugar de unión a las fuerzas de izquierda que temen ser dejadas de lado de la modernización de la sociedad europea.

Esta opción tiene también una función que se precisa quizá en el campo de la política internacional, en tanto pretenden que Europa puede representar un papel tal que impida la bipolarización mundial entre EE.UU. y la URSS.

¿Salida de la crisis?

El PCI aprecia positivamente las evoluciones actuales en los países socialistas. Pero si Natta no ha retomado en su informe el análisis precedente del PCI sobre «el agotamiento del empuje propulsivo de la revolución de octubre», las tesis adoptadas confirman «el juicio expresado en el XVI Congreso sobre los límites de fondo que caracterizan en general a las sociedades..., nacidas de esta experiencia». El PCI estima que las transformaciones en curso no prueban que este «empuje propulsivo» no se había «agotado» en las sociedades socialistas, sino que, por el contrario, justifican *a posteriori* sus críticas.

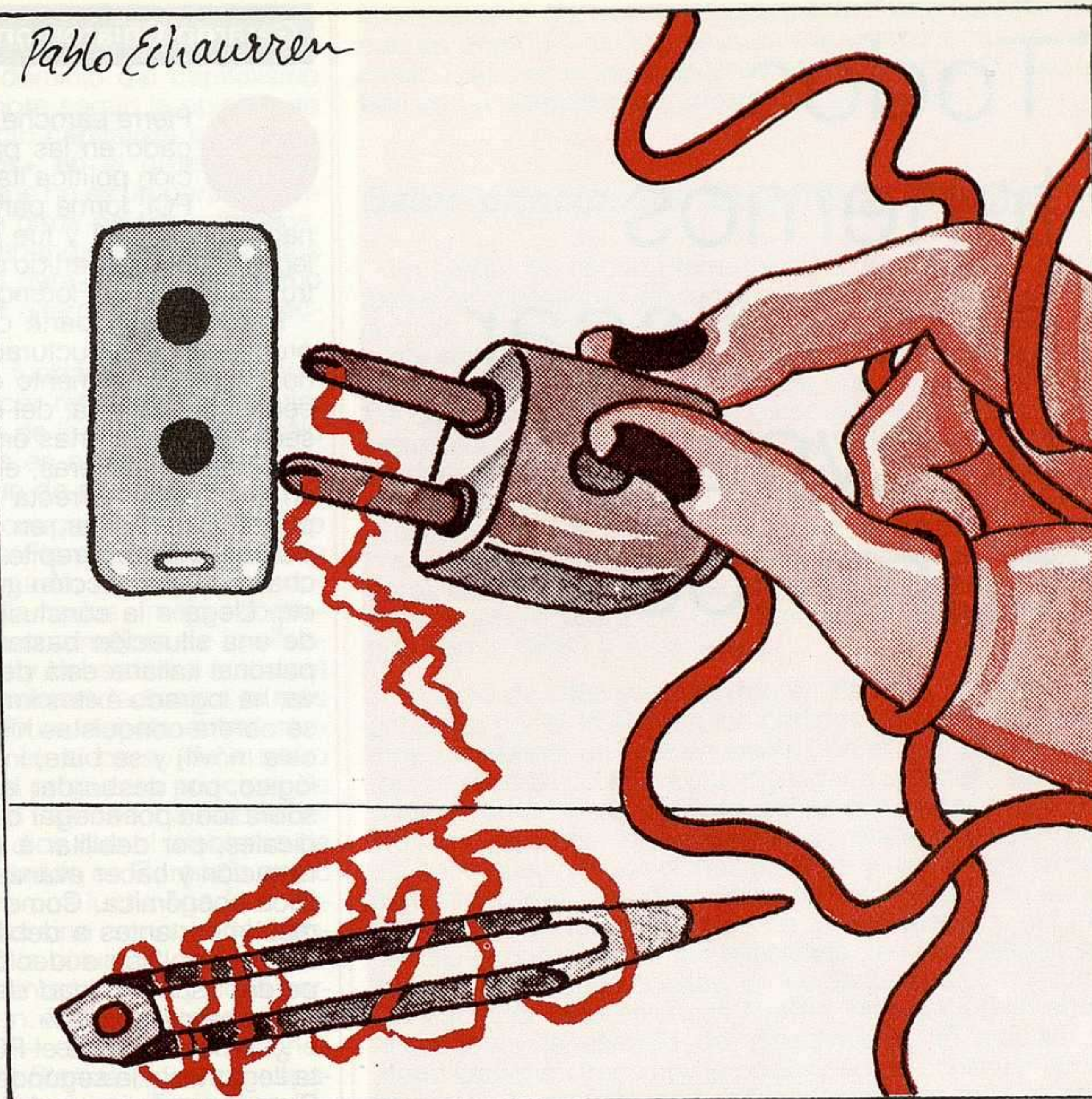
El análisis sobre los EE.UU. ha sido objeto de un debate bastante duro en toda la fase preparatoria del Congreso. En efecto, el PCI, aunque hace una crítica algunas veces muy viva de la política de Reagan (sobre la IDS, sobre la agresión contra Libia), no valora esta política como la respuesta del imperialismo norteamericano a la crisis de su dominación. Muchas federaciones han adoptado una enmienda presentada por Luciana Castellini y rechazada por el Comité Central cuando aprobó el proyecto de Tesis en diciembre, y que decía que «el reaganismo expresa una respuesta de larga duración a la crisis del orden capitalista de los años setenta». Luciana Castellini al final del Congreso retiraba esta enmienda, que había sido vivamente combatida, con el fin de no crear rupturas en el Partido, pero confirmando que sobre esta cuestión no estaba totalmente de acuerdo sobre el texto que se había adoptado.

El transfondo de la apreciación sobre los EE.UU. era, evidentemente, la cuestión de las relaciones entre EE.UU. y la Unión Soviética. Por otra parte, algunas intervenciones han manifestado en el Congreso que aunque la crítica había sido en otro tiempo muy viva hacia la Unión Soviética, era, sin embargo, muy indulgente hacia los EE.UU. Podemos constatar efectivamente una preocupación constante en el PCI por mantener la balanza aparentemente equilibrada entre las dos «superpotencias», legitimando la crítica de la política reaganiana en Nicaragua, con la crítica de la política soviética en Afganistán.

Pero había sin duda otras cuestiones subyacentes en este debate, que concierne a la imagen del PCI. El PCI quiere ser «occidental» y los EE.UU. forman parte de «la realidad occidental» (tesis 15). «El movimiento obrero de inspiración marxiana» —dice L. Lama— «es hijo de la cultura y de la civilización occidentales», y Carlos Galluci declaraba a la *Nazione* el 9 de abril: «El PCI es parte inte-

«La perspectiva europea aparece no tanto como una respuesta a la crisis, sino como el lugar de unión de las fuerzas de izquierda que temen ser dejadas de lado en la modernización de la sociedad europea»

Pablo Echevarren



grante de la izquierda europea. Esta afirmación tiene, ante todo, el sentido de elegir un campo, una elección clara y consciente. Esa elección quiere decir: nosotros estamos en Occidente. Giorgio Napolitano, nuevo responsable del área de «política extranjera» del PCI, confirma en una entrevista en el semanario *Panorama* (8-5-86): «La URSS está en la cabeza de uno de los dos bloques político-militares..., y nosotros estamos en el otro», mientras que el secretario de la Federación de la juventud comunista al expresarse en el Congreso expresó «la exigencia de tender a la superación de los bloques político-militares».

Así, más que sobre la definición de una estrategia quizá es sobre la definición o redefinición de una identidad del PCI sobre lo que ha tratado el Congreso. El PCI no se presenta ya tanto como un partido revolucionario portador de objetivos transformadores, sino como partido reformador moderno. Su forma de funcionamiento puede resentirse de ello: los nuevos estatutos dan lugar oficial a la expresión de los desacuerdos y se ha planteado la cuestión de la definición de derechos colectivos en el marco del desarrollo de la democracia en el seno del PCI, en particular en lo que se refiere a su expresión en su prensa.

No todo el Partido ha tomado parte en los debates del Congreso. Natta, al confirmar las apreciaciones de la comisión que ha seguido la organización y la preparación del Congreso, ha lamentado que «en las conferencias (de las secciones y federaciones) hayan tomado parte sobre

todo los cuadros más activos, la parte militante del Partido».

La composición del Congreso marca, por otra parte, esta fuerte presencia de cuadros del partido en los debates: sobre 1.091 delegados había 187 miembros del Comité Central y de la Comisión Central de Control, 103 responsables regionales, 523 responsables federales, 650 parlamentarios y elegidos, 413 permanentes. Cuatro de cada cinco delegados tenían un nivel igual o superior al bachillerato.

No queda más que decir que sale de este Congreso un partido sensiblemente cambiado y que debe hacer frente a grandes problemas que están planteados a la sociedad italiana.

Lo importante, lo esencial, sin duda, en el período que se abre, va a ser ciertamente la manera en que este fuerte partido (1.600.000 adherentes) va a influenciar en las respuestas a estas preguntas, como la línea que ha definido va a articularse con el movimiento social, con las luchas, algunas de las cuales ya han empezado en el cuadro de la renegociación de los contratos de trabajo; como va a articularse con el retroceso de la sociedad italiana programado por las fuerzas del capital.

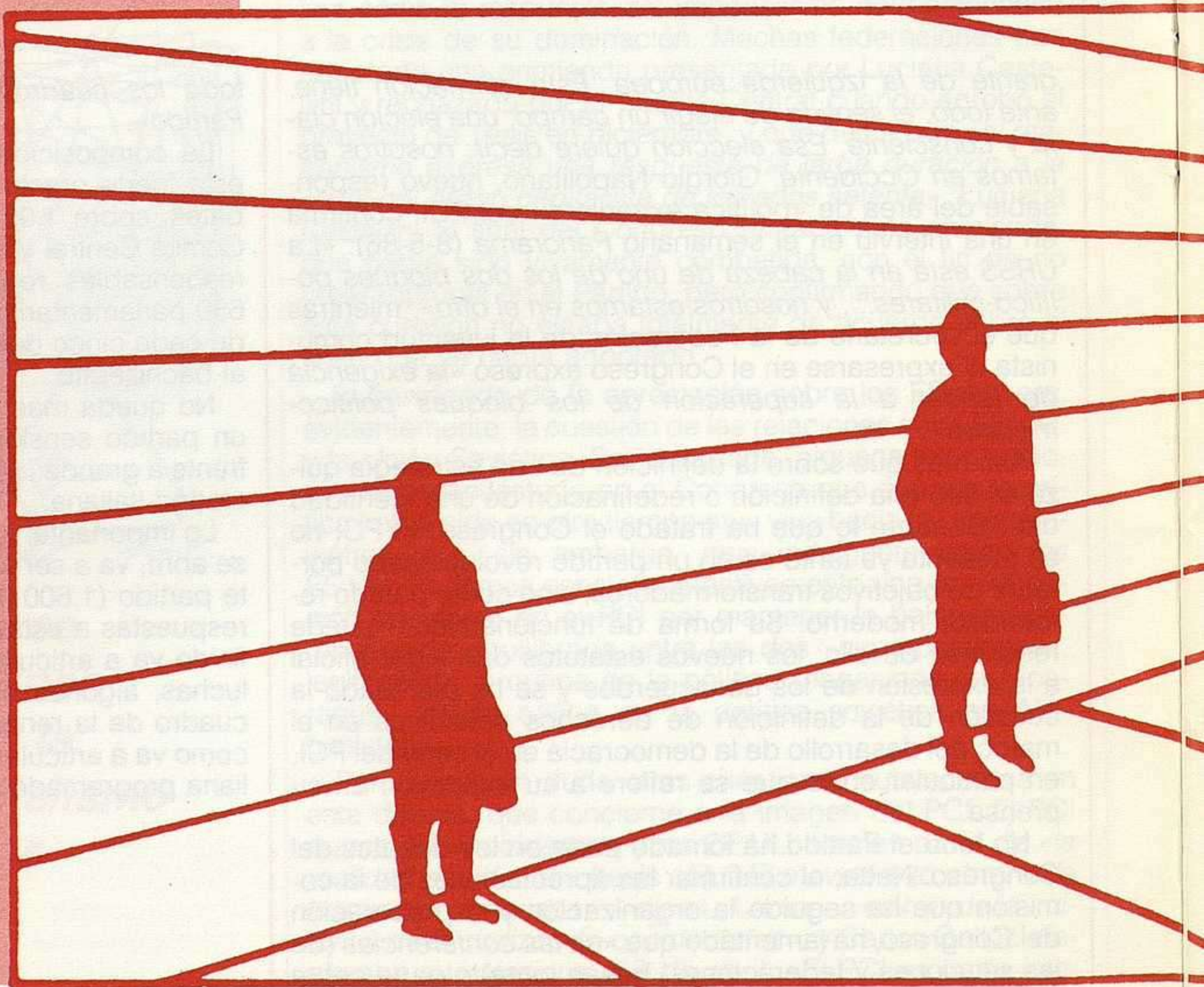
Todos tenemos que buscar nuevos caminos

Gerardo Chiaromonte

● Pierre Laroche, autor del extenso artículo publicado en las páginas anteriores sobre la situación política italiana y sobre el 17 Congreso del PCI, forma parte de la sección de política internacional del PCF y fue uno de los integrantes de la delegación de ese partido que asistió a los trabajos de nuestro Congreso en Florencia.

En la primera parte de su artículo describe el actual proceso de reestructuración del aparato productivo italiano: habla del aumento de los beneficios, de la efervescencia de la Bolsa, del crecimiento del peso de algunos sectores y de ciertas empresas, de la marcha de las inversiones extranjeras, etc. En una forma que me parece en lo esencial correcta responde a la pregunta de si se puede o no hablar, en el caso italiano, de una superación de la crisis; y repite datos ya conocidos sobre la marcha de la producción industrial, sobre la desocupación, etc. Llega a la conclusión de que, aunque en el marco de una situación bastante contradictoria y compleja, la patronal italiana está desde hace unos años a la ofensiva, ha logrado éxitos importantes, ha arrebatado a la clase obrera conquistas históricas (como por ejemplo la escala móvil) y se bate, incluso en el plano cultural e ideológico, por desbordar las resistencias a sus proyectos y sobre todo por anegar cualquier aspiración a cambios radicales, por debilitar a quien pueda organizar una contestación y hacer avanzar propuestas alternativas de política económica. Como es natural, dirige sus esfuerzos más importantes a debilitar, no sólo electoralmente sino también política e ideológicamente, al PCI, para hacerle perder «su identidad de partido de clase, internacionalista y revolucionario».

¿Cómo responde el PCI a todo esto? Con esta pregunta llegamos a la segunda parte del artículo. La opinión de Pierre Laroche está clara: el PCI, con el conjunto de sus



opciones y orientaciones, no marca sus diferencias, desde una posición de verdadera alternativa, respecto al proyecto de reestructuración y de dominio del capitalismo italiano. Esto es más grave, siempre según la opinión de Pierre Laroche, porque el proyecto capitalista encuentra en Italia «obstáculos específicos» en el ordenamiento constitucional, en la misma DC, que no es un partido conservador de masas como los de otros países europeos, y en el hecho de que el PSI, independientemente de sus intenciones, es demasiado débil para proponerse como «una fuerza con credibilidad de alternativa» a la dirección del país.

En esas condiciones la carta fundamental de la burguesía capitalista italiana es hacer retroceder cualquier idea de transformación profunda de la sociedad (no sólo en el plano político sino también en el de la orientación cultural y en el del sentido común de masas).

Pierre Laroche señala con preocupación que el PCI no ha aprobado en el Congreso de Florencia una línea de transformación radical, se ha negado, en esencia, a optar sin ambigüedades entre los llamados «mejoradores» (aquellos que sólo creen posible una mejora de la situación, en el marco de la sociedad y del sistema actuales) y los que propondrían transformaciones radicales, ni más ni menos. ¿De verdad ha existido un debate entre «mejoradores» y «transformadores» en el curso de nuestro XVII Congreso? Yo no lo creo. La propuesta principal de nuestro Congreso, siempre según Laroche, ha sido la del *gobierno de programa*. También dice que el problema de la innovación no habría sido planteado en Florencia como un dato nuevo del que partir para una lucha ligada al desarrollo de las fuerzas productivas sino como un dato objetivo, ineluctable, casi fuera de la voluntad de los hombres. No se afrontó el tema de la intervención y de la participación de los trabajadores en el proceso productivo (salvo —señala siempre Laroche— en las intervenciones de dos delegados «*obreros de la Standa*»). Han desaparecido en el debate las expresiones *vía italiana al socia-*

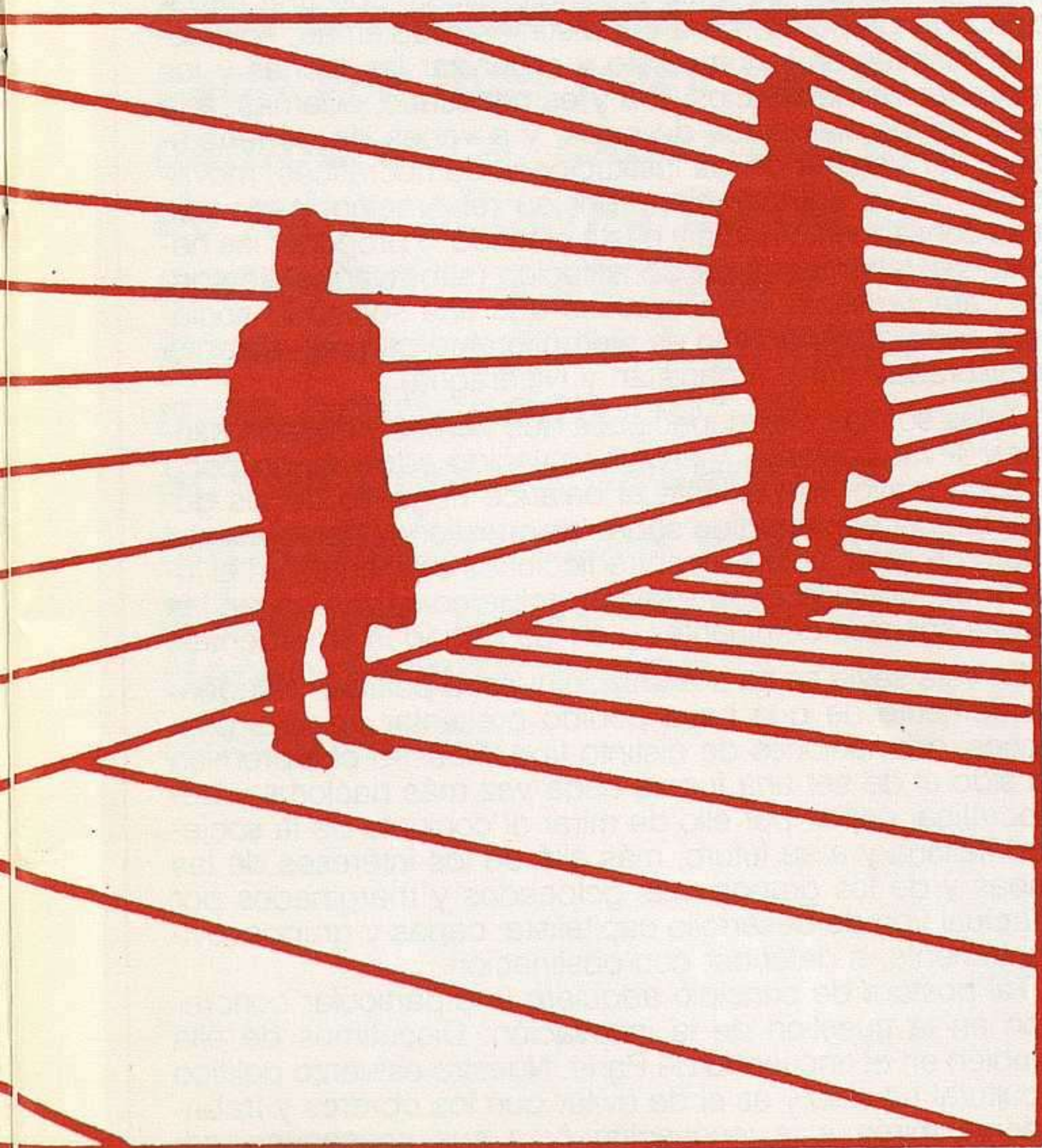
lismo, tercera vía, etc.; y en este punto Pierre Laroche recuerda cómo Pietro Ingrao había advertido que era necesario distanciarse de quienes (¿pero quiénes?) pensaban en un congreso de «*desberlinguerización*».

Datos principales de política italiana

En sustancia, según Pierre Laroche, el PCI «*al no plantearse las cuestiones en términos de crisis y de salida de la crisis..., cree que el capitalismo es capaz de resolver los problemas de la hora actual*». Para demostrarlo, Laroche cita la votación sobre la enmienda que proponía salirnos del capitalismo, cita la opción europea y la voluntad de incrementar las relaciones con los partidos socialistas y socialdemocráticos, la discusión sobre la enmienda que se refería a las relaciones con los Estados Unidos e, incluso, la confirmación de nuestras posiciones sobre la URSS y sobre los países del «*socialismo real*» asumidas en el precedente congreso (para poder atacar a los Estados Unidos a causa de Nicaragua —dice Laroche— necesitan equilibrar con la URSS y Afganistán).

En junio de 1985 se desarrolló en París un encuentro organizado por el PCF entre los partidos comunistas de Europa capitalista. En este encuentro, en el cual participé en representación del PCI y que dio lugar a una discusión verdaderamente franca y abierta, sin ningún formalismo burocrático o diplomático, fue posible constatar una divergencia entre nuestras posiciones políticas y las de los compañeros franceses. Las diferencias se manifestaron en aquella ocasión en los problemas de la innovación y del desarrollo económico, de las relaciones con los partidos socialistas y socialdemócratas, en los de Europa comunitaria.

Hicimos pública entonces nuestra intervención en aquel encuentro y la esencia del disenso. El artículo de Pierre Laroche ofrece hoy la posibilidad de continuar aquella discusión con los compañeros franceses que yo creo



«La denuncia de la ofensiva capitalista y la perspectiva de una transformación radical en sentido socialista deben ligarse siempre —ésta es nuestra obsesión— a la efectiva realidad del país y de las masas, con una capacidad de proponer, para los distintos problemas, soluciones posibles en lo inmediato y organizar los movimientos y las luchas necesarias»

debemos llevar adelante con espíritu amistoso pero con la máxima claridad.

La primera observación que quisiera hacer al artículo de Laroche se refiere a los límites, que me parecen evidentes, del análisis que él realiza de la situación política italiana. No logra coger los datos fundamentales de la crisis política del país tal y como se vino desarrollando desde 1979 a hoy, a pesar de que hace una referencia frecuente a la interrelación entre economía, política, batalla cultural y de ideas. En 1979 estalló la crisis de la política de solidaridad democrática (1976-79); las elecciones políticas anticipadas señalaron una neta derrota del PCI (cuatro puntos en porcentaje y un millón y medio de votos menos que en las elecciones de 1976). No es el momento de reproducir el juicio completo que entonces hicimos de aquella fase política ni nuestros errores de los que ya hemos hablado largamente en tantas instancias.

Intento de poner «fuera de juego» al PCI

Sólo quiero recordar que contra la entrada del PCI en la mayoría parlamentaria y en el área de gobierno se desencadenaron fuerzas completamente diferentes, a escala interna e internacional: el terrorismo alcanzó su ápice; fueron movilizadas contra el inicio de una nueva fase política fuerzas poderosas: se puede decir que verdaderamente se desencadenaron mares y cielos. Con la crisis de aquella fase política (fase a la que las clases dirigentes y la DC habían sido arrastradas por las grandes luchas sociales y políticas de finales de los años 60 y mitad de los años 70 y por el avance electoral del PCI) se abre paso, poco a poco, la convicción de que era posible, por fin, arrinconarnos, resolver así *la cuestión comunista* y trabajar por una *estabilidad política* en clave moderada y conservadora. La grave derrota sindical y de los trabajadores en la Fiat en 1980 dio la señal a la patronal italiana para una toma del control y el dominio de nuevo en las fábricas con la finalidad de tener las manos libres en los procesos de reestructuración.

El llamado pentapartido representó la expresión, en el plano parlamentario y político, de esta tentativa de estabilización de la situación política, en clave moderada y conservadora —y anticomunista—. Esa poderosa tentativa derivaba de la confluencia de hechos diferentes: la derrota, en la DC, de los hombres y de los grupos que se reclamaban de la herencia política de Aldo Moro; la afirmación, en el PSI, de una nueva dirección, de la línea de Craxi, que, bajo la bandera del «reformismo», perseguía el objetivo de conquistar, por todos los medios, un nuevo espacio político y electoral, presentándose a la parte central del electorado como una fuerza anticomunista y al mismo tiempo buscando arrancar consensos a izquierda con declaraciones de voluntad y propósitos reformistas (las reformas posibles); y también un estado de ánimo de desilusión y frustración que se difundió en las filas comunistas después de la quiebra de la política de solidaridad democrática, estado de ánimo que dio lugar a fenómenos de encerrarse y amurallarse en el partido y a consiguientes dificultades e impases en la iniciativa política y de masas.

Este intento de renovada y actualizada discriminación anticomunista adquirió un más marcado peligro cuando, en 1983, el secretario del PSI, Bettino Craxi, asumió la presidencia del Consejo de Ministros. El estímulo a la división de la izquierda y también del sindicato tomaron cuerpo tanto en la política del Gobierno (decreto sobre la escala móvil) como en la profundidad y aspereza de los recíprocos resentimientos y ataques entre comunistas y socialistas.

En estas condiciones políticas, la ofensiva de la patronal tenía el camino no sólo entreabierto sino abierto de par en

par: y la patronal italiana intentó recorrerlo, no logrando efectivamente resolver los problemas de fondo de la crisis, pero sí infligir golpes serios a los trabajadores, a los sindicatos, al PCI. Tanto más cuanto que el cuadro general dentro del cual esta tentativa insidiosa se desarrollaba era el establecido por la fuerte ofensiva neoliberal que partía de los Estados Unidos y de la política de Reagan.

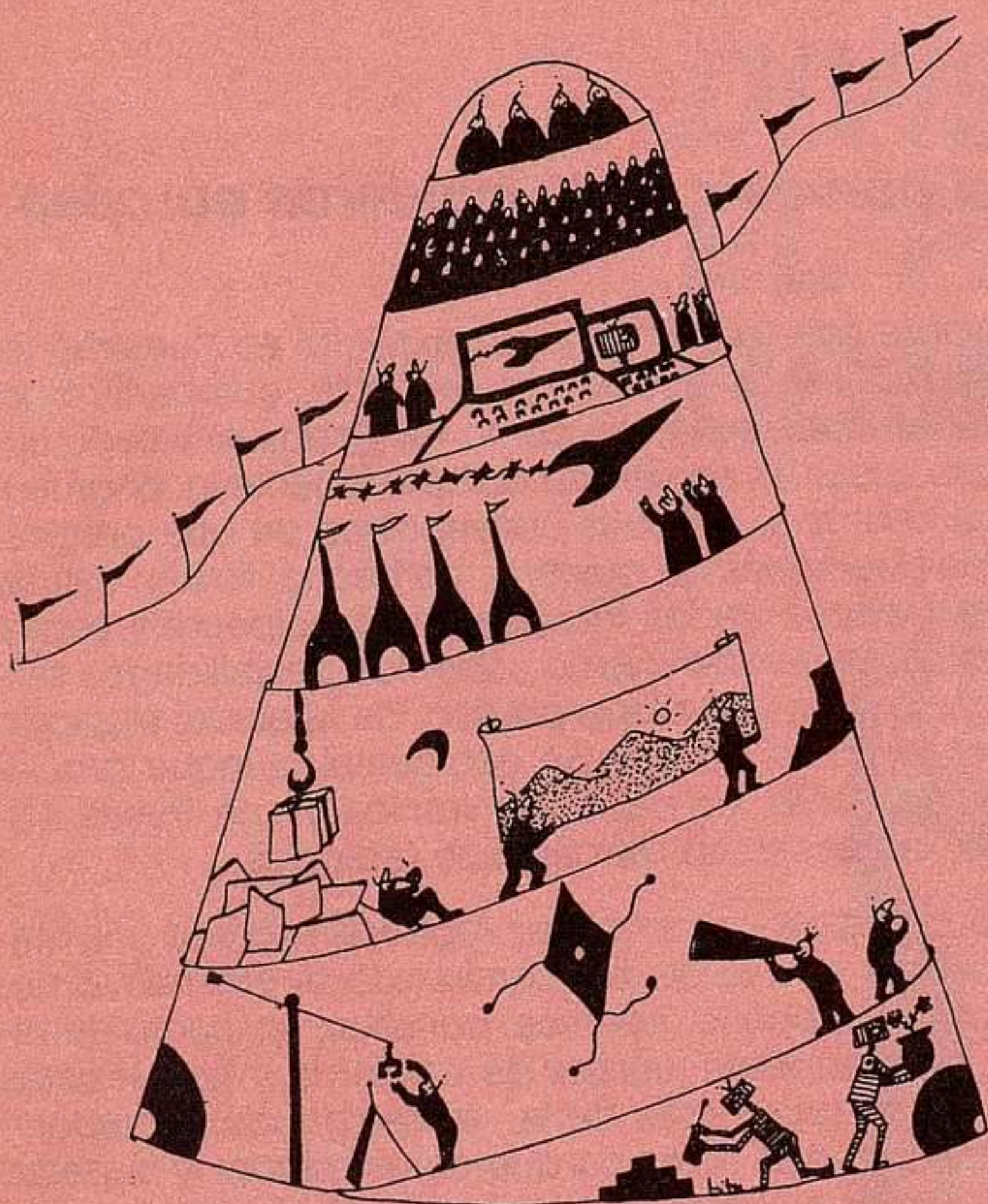
Esta ofensiva ganaba puntos en todos los países de Europa occidental, sobre todo en el plano cultural e ideológico, porque lograba difundir, incluso en la izquierda, incluso entre las masas de trabajadores, incluso entre los intelectuales democráticos, los valores y los parámetros del individualismo más radical, de la competencia desenfrenada entre los hombres como único medio para «sobresalir», de la superioridad a priori de lo «privado» sobre lo «público»: los valores y los parámetros del capitalismo más agresivo, completamente contrarios a los de solidaridad y progreso social y democrático, propios de la izquierda europea. En este marco podían tomar cuerpo las esperanzas de las capas más conservadoras de Italia de colocar «fuera de juego» al PCI y de dar al pentapartido un carácter estratégico y proyectarlo, como fórmula de gobierno, hacia un largo porvenir. Y ésta era, en lo concreto de la política italiana, la vía a través de la cual podía realizarse aquel diseño de los grupos dominantes del capitalismo italiano, de los que habla Laroche, de hacer retroceder cualquier voluntad y propósito de transformación.

No estaba escrito en ningún lugar que esta insidiosa política no pudiese triunfar en sus intentos. Para hacerla fracasar —o hacer crecer sus contradicciones y límites— no podía bastar por sí sola la lucha sindical. Era necesario mucho más. Nuestra política ha tenido y tiene, como objetivo fundamental, el de romper un cerco sofocante y conseguir volver a abrir así una perspectiva de desarrollo y renovación democrática. La siempre necesaria denuncia de la ofensiva capitalista y la perspectiva de una transformación radical en sentido socialista de la sociedad italiana deben ligarse siempre —ésta ha sido nuestra obsesión— a la efectiva realidad del país y de las masas, con una capacidad de proponer, para los distintos problemas, soluciones posibles en lo inmediato y organizar las luchas y los movimientos necesarios. Era y es necesario, además, a la vista de los elementos de crisis, y a veces de degeneración, del sistema de las instituciones democráticas, movilizarse por la democracia y por su renovación, cada vez más consecuentemente y hasta el fondo, y proponer las necesarias reformas de la Constitución (subrayando siempre las características democráticas que una sociedad socialista debe de tener: eso es bien diferente de una «balanza equilibrada» entre Afganistán y Nicaragua).

Tales son las preocupaciones que hemos intentado asumir y llevar adelante: y ellas han venido adquiriendo poco a poco mayor fuerza ante el balance negativo de los gobiernos del pentapartido sobre las cuestiones decisivas del futuro de Italia, ante las contradicciones crecientes en el interior del abanico de fuerzas de gobierno e, incluso, en las capas sociales dominantes y en las llamadas emergentes.

En esta savia se ha alimentado nuestra política, independientemente de que haya podido presentar errores, omisiones, desviaciones de distinto tipo. Nuestro compromiso ha sido el de ser una fuerza cada vez más nacional y democrática, capaz por ello de mirar al conjunto de la sociedad italiana y a su futuro, más allá de los intereses de las capas y de los grupos más golpeados y marginados por el actual tipo de desarrollo capitalista, capas y grupos, evidentemente, a defender con obstinación.

Tal postura de principio adquiere una particular concreción en la cuestión de la innovación. Discutimos de ella también en el encuentro de París. Nuestro esfuerzo político y cultural ha sido y es el de evitar que los obreros y trabajadores miren a la innovación (y a sus consecuencias)



«Nuestro compromiso ha sido el de ser una fuerza cada vez más nacional y democrática, capaz por ello de mirar al conjunto de la sociedad y a su futuro y no sólo a las capas y grupos más golpeados por el actual tipo de desarrollo capitalista, capas y grupos a los que por otra parte defenderemos con obstinación»

como a un mero instrumento de la política patronal a combatir en cuanto a tal. Nosotros pensamos que la innovación es una necesidad por la cual batirse. Una fuerza transformadora moderna no puede asumir ante los procesos de innovación una actitud de desconfianza y de hostilidad. Italia tiene necesidad de innovación en todos los campos: y pertenece a la lucha sindical y política la tarea de dirigirla en sentido positivo y evitar que ella acreciente la explotación y la alienación del trabajo humano.

Pero este razonamiento tiene un alcance más general: quedarse retrasado sólo en la defensa de las conquistas realizadas por los trabajadores en las décadas pasadas (conquistas que bastante a menudo van perdiendo importancia y peso y que son sorteadas por las transformaciones de la organización del proceso productivo), defender la situación actual de la ocupación (defender por esto todos los puestos actuales de trabajo sin tener en cuenta los necesarios procesos de reconversión), rechazar entrar en la valoración de las nuevas formas de organización del trabajo y si no se valoran no se puede buscar así nuevas garantías para los trabajadores y para el régimen democrático, todo eso condenaría, en esta fase, a nuestra lucha al aislamiento y a la derrota.

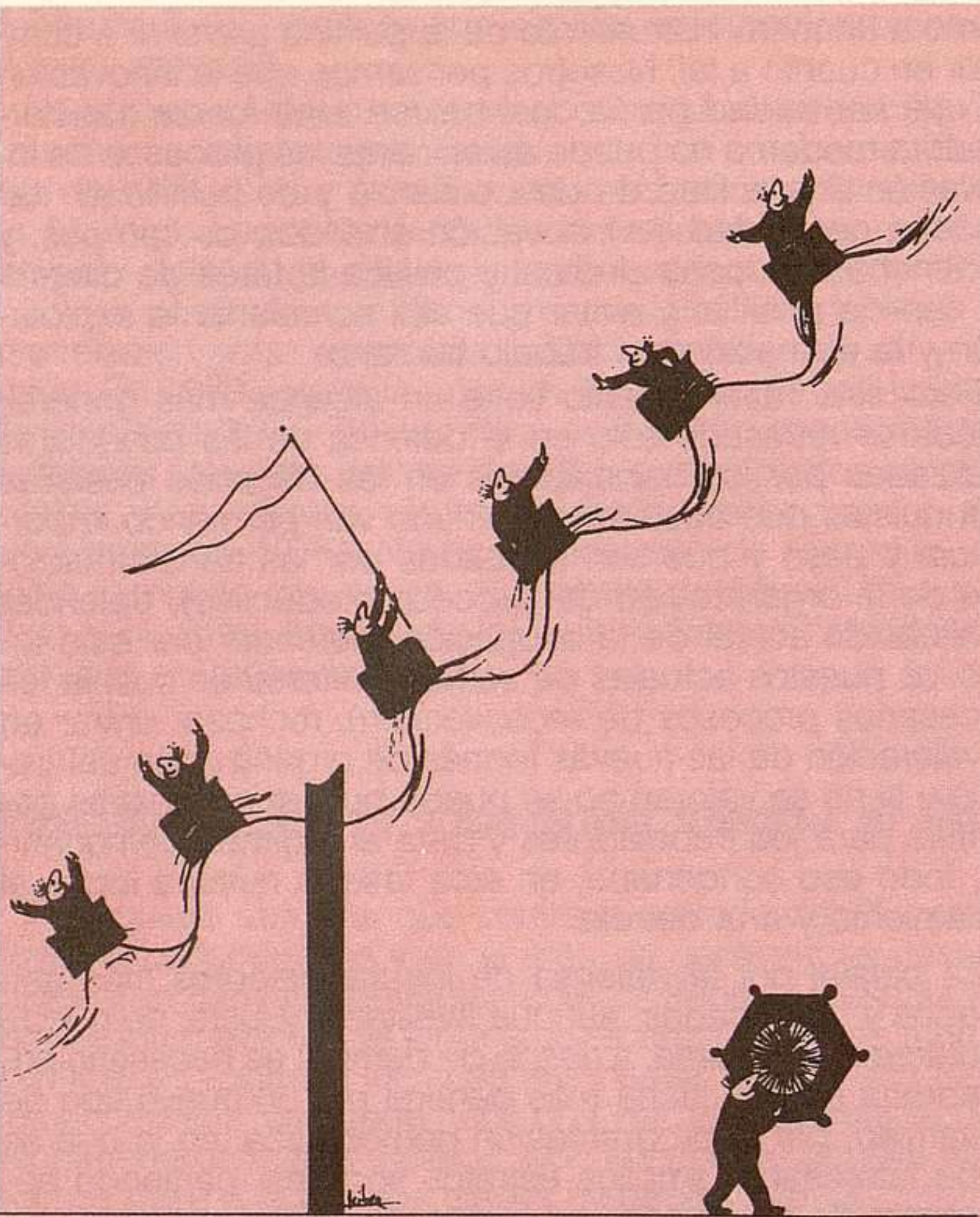
La batalla por la defensa de los trabajadores más golpeados y marginados, aunque inevitable y justa, no puede agotarse en sí misma, a riesgo de derrota: es necesario encuadrarla en una lucha más general por un nuevo tipo de desarrollo, por la programación democrática, en la que se debe interesar a amplios estratos sociales, partiendo obviamente de los jóvenes en busca de trabajo y de las mujeres, pero incluyendo también a amplios estratos de técnicos y de intelectuales, de las capas medias productivas e incluso de empresarios.

Esta diferencia de valoraciones sobre las tareas que nos conciernen en relación a las luchas por defender los estratos más golpeados por el actual desarrollo capitalista se expresó con gran evidencia en el encuentro de París. Y se liga a la valoración que damos a la crisis o mejor a las contradicciones de la economía capitalista.

Estas contradicciones no las consideramos superadas, como afirma Pierre Larroche. Damos, sin embargo, un juicio no catastrófico, y más objetivo, de la realidad en la que operamos. No vemos por todas partes maniobras y desig-nios de la patronal. En otras palabras, reconocemos que algunas exigencias que la crisis plantea (la innovación, la movilidad, la internacionalización, la profesionalidad, etc.) son objetivas y necesarias también y sobre todo para avanzar a un nuevo tipo de desarrollo, hacia la ampliación de la base productiva. No debemos olvidar nunca que, en el ámbito del actual tipo de desarrollo, son sacrificados los intereses de fondo y el porvenir de la nación: pero esto no quiere decir que no existan estratos bastante amplios de ciudadanos, e incluso de trabajadores, que consiguen beneficiarse de ello y creen encontrar una perspectiva, aunque ilusoria.

¿Qué tiene que ver todo este razonamiento con la referencia de Laroche al hecho de que hemos rechazado la enmienda sobre la salida del capitalismo? Absolutamente nada. Hemos querido reafirmar, con aquel voto, una posición, que en verdad creíamos admitida también por los compañeros franceses, según la cual la superación del sistema capitalista sólo puede ser fruto de un complejo proceso histórico y no la explosión de un gran día.

La principal propuesta de nuestro XVII Congreso ha sido la de la *alternativa democrática*, y no la del *gobierno de programa* como parece creer el compañero Pierre Laroche. No me detendré aquí a ilustrar todos los términos de la alternativa que proponemos: una profunda transformación no sólo en el plano económico y social, sino en el institucional y político, y en el cultural y moral. Proponemos esta perspectiva de cambio a todas las fuerzas de izquier-



«Una fuerza transformadora moderna no puede asumir ante los procesos de innovación una actitud de desconfianza y hostilidad. Pertenece a la lucha sindical y política la tarea de dirigir la innovación en sentido positivo y evitar que se acreciente la explotación y la alienación del trabajo humano»

da y progresistas porque pensamos (a diferencia de cuanto nos atribuye Pierre Laroche) que la fase alta de la ofensiva capitalista de tipo reaganiano ha pasado ya y que se abren, en toda Europa occidental, perspectivas nuevas para las fuerzas de transformación social, política y cultural.

Por el porvenir de la izquierda europea

Hay sobre este punto un juicio explícito en nuestras tesis congresuales. Se puede, naturalmente, compartir o no: pero criticar nuestra política como resignada al estado actual de las cosas es en verdad completamente incongruente; por el contrario, estamos convencidos de que precisamente las posiciones de quienes, de hecho, limitan sus tareas a la defensa de los intereses más golpeados expresan su profundo excepticismo sobre las posibilidades reales de cambio, en un tiempo político, de la actual situación y del actual orden de Europa occidental, aunque proclamen, naturalmente, en cada admiración y con frases altisonantes, la necesidad de cambios radicales.

La propuesta de *gobierno de programa* expresa una etapa intermedia a lo largo del camino de la alternativa democrática. Se propone, además, constituir un punto de referencia para aquellas fuerzas de izquierda y progresistas que hoy están prisioneras de la «*estrategia de pentapartido*», estrategia que nosotros queremos romper y superar. Pero aquí llego a otro punto donde se manifiesta una diferencia de posiciones ante nosotros y los compañeros franceses.

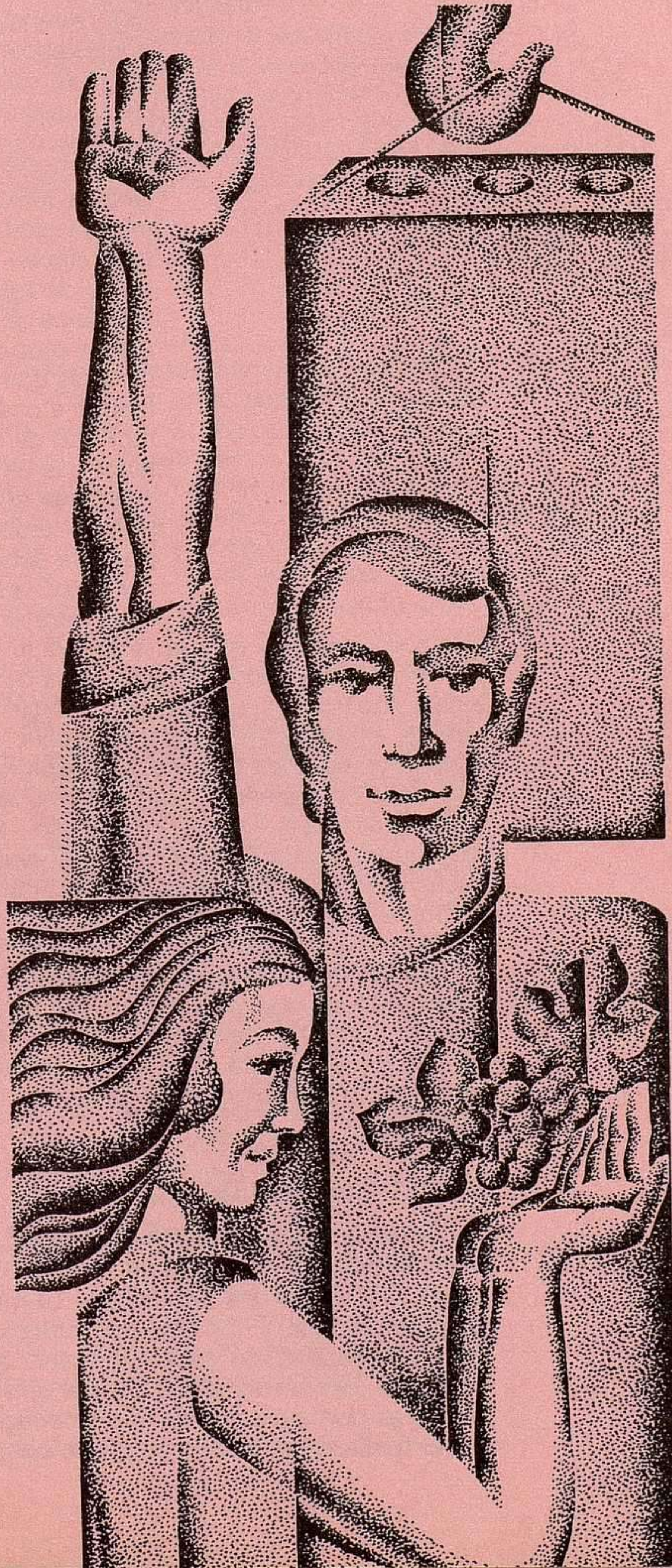
Para poder actuar en el sentido de la alternativa y del cambio, para poder controlar las nuevas potencialidades que para la izquierda italiana y europea pueden abrirse en relación a las dificultades y contradicciones de la ofensiva neoliberal, es preciso actuar, en el plano político, por un amplio, aunque articulado, despliegue de fuerzas de izquierda y progresistas. Esta perspectiva queda completamente cerrada si se considera a las fuerzas socialistas y socialdemocráticas europeo-occidentales como (más o menos) agentes y portadores de políticas de derecha o, todo lo más, como el ala izquierda de un amplísimo despliegue conservador y moderado. Por ejemplo, la perspectiva de la alternativa democrática por la que nos batimos en Italia sería completamente irreal si diésemos un juicio similar de todas las fuerzas del pentapartido y si no apostáramos por una renovación de las relaciones entre comunistas y socialistas y por una convergencia programática y política entre ellos (y más en general entre todas las fuerzas progresistas).

La izquierda europea se encuentra ante problemas nuevos, completamente inéditos. Tenemos todos necesidad de buscar vías nuevas. Y por esto no creemos que sean reclamaciones vacías o episodios sospechosos de transformismo, las dificultades y debates que hoy se desarrollan en el ámbito de casi todos los partidos socialistas y socialdemocráticos europeos. En esos debates queremos ser partícipes, con nuestras posiciones y reflexiones y con nuestro patrimonio político y cultural: pero sin la presunción de tener la receta perfecta y rápida y de poder imponerla a los demás. La izquierda europea ha atravesado en los últimos años una fase difícilísima. Los problemas del PCI son, en sustancia, los de una izquierda europea que no quiere renunciar a la transformación de la sociedad. Por el futuro de esta izquierda europea queremos trabajar.

El XX Congreso del PCUS,
30 años después

***DIVISORIA EN
EL FLUIR DEL
COMUNISMO***

Doce



La coexistencia pacífica en el XX Congreso

Adriano Guerra.

Trad.: Saro de la Iglesia

a

una distancia de treinta años, las tesis sobre la coexistencia pacífica leídas por Jruschov en la apertura del XX Congreso, y muy pronto calificadas con cierta premura de «históricas» (adjetivo que es oportuno seguir atribuyendo al «informe secreto» leído, como se supo más adelante, al término de ese mismo Congreso), no tienen ya ciertamente el esplendor de entonces, pero siguen siendo todavía, en su conjunto, un punto de referencia importante para interpretar la política de período poststalinista. Y es así porque se proponían, por una parte, realizar ciertas rupturas con Stalin (no siempre nítidas, pero referidas a una cuestión central: la de la no inevitabilidad de la guerra) y con toda su política exterior que había llevado al principio de los años cincuenta al inmovilismo y a la crisis; y, por otra parte —también a partir de la rica iniciativa desplegada sobre todo entre 1954-55 y de los importantes resultados conseguidos—, definir la base para una nueva línea general.

La novedad no residía tanto o sólo en el reconocimiento, con formulaciones en cierto modo nuevas, de la posibilidad de una política de coexistencia pacífica entre Estados con régimen político, social y económico diferente, sino y sobre todo en el hecho de que la coexistencia pacífica se asumía como línea general. La «ruptura» con Stalin, es decir, con una visión de la coexistencia pacífica como algo necesariamente limitado y transitorio (y también —aunque no se dijo— en ciertos aspectos incluso con Lenin), ha de buscarse aquí: no será casual, por otra parte, el que en años sucesivos los chinos llevaran a cabo una polémica extraordinariamente dura contra la elevación a categoría estratégica general de la vieja tesis que sólo consideraba posibles fases limitadas de coexistencia pacífica.

Las restantes tesis del XX Congreso —en primer lugar la referida a la posibilidad de vías pacíficas y democráticas (*parlamentarias*) al socialismo —aunque importantes y relativamente originales sólo son en realidad corolarios de la primera. Son ellas, sin embargo, las que indican el carácter innovador de la nueva línea y las cuestiones, muchas veces arduas, que planteaba.

Misión histórica de la URSS

La primera y más importante cuestión afecta a la «misión histórica» de la Unión Soviética o, lo que es lo mismo, del Estado que precisamente por haber surgido de una ruptura con su pasado (vivida como hito de una revolución mundial) y con las estructuras políticas y sociales de su época entraba en escena no para defender, sino para modificar el *statu quo*.

Como demuestra la historia del país, en la que sólo del exterior y con las armas podía plantearse una amenaza real al Estado soviético, nunca la URSS había considerado la guerra como el instrumento más idóneo para

conseguir sus propios fines. Resulta también evidente que en el momento en que la guerra (entre dos sectores «*irresolublemente contrarios*», por utilizar una fórmula de Molotov, o entre países capitalistas, como sostuvo Stalin en una famosa entrevista) se consideraba inevitable, igualmente inevitable resultaba enmarcar también en la hipótesis de la guerra el discurso sobre la revolución mundial. (Sobre todo si tenemos en cuenta que era considerada como una ampliación del campo socialista a expensas del campo capitalista.) De todo ello, sin embargo, no se desprendía una política expansionista, sino más bien una llamada al enclaustramiento y al inmovilismo dentro de las trincheras de la guerra fría y, por consiguiente, una llamada también al mantenimiento del *statu quo*. Por otra parte, se incitaba a todo el movimiento de dirección soviética —precisamente cuando se estaba desarrollando el proceso de destrucción de los imperios coloniales y, por consiguiente, una auténtica revolución nacional y social— a considerar prioritario, como en los años del «*aislamiento de la URSS*», el objetivo de defender y salvaguardar a la URSS, «*patria del socialismo*».

Si éste era el cuadro de la situación heredada por los sucesores de Stalin, ¿qué iba a cambiar en la propia definición de la misión histórica de la URSS la introducción de la tesis de la no inevitabilidad de la guerra y la política de la coexistencia pacífica? ¿Cómo impedir que la nueva fase se tradujera en una política de defensa del *statu quo*, contradictoria, como ya se ha dicho, con la realidad de los procesos en curso, y por lo tanto no favorable a la URSS?

Se restablecen los principios

Para comprender en toda su complejidad el problema ha de tenerse en cuenta que la URSS aparecía por primera vez en la escena internacional como una gran potencia, la segunda potencia mundial, con todas las consecuencias que ello entrañaba, incluso en lo referente a la situación internacional y a la misma misión histórica del país. La defensa de las posiciones conquistadas y la necesidad de una política respecto a la otra gran potencia, los Estados Unidos, capaz de garantizar la seguridad del país, habida cuenta de la relativa superioridad de los EE.UU. en el plano político, económico y (tras Hiroshima) también militar, se había convertido en el principal problema de la política exterior soviética. En un mundo esencialmente bipolar (éste es el cambio más importante del marco internacional con respecto a los años treinta y cuarenta), la URSS tenía especial interés en la defensa del equilibrio, o, mejor dicho, del orden surgido de la segunda guerra mundial. Las raíces objetivas de esa «*política de potencia*» de «*gran potencia*», que saldrá plenamente a la luz años más tarde, están ya aquí. Ignorarlas, como hacen a menudo los defensores de la teoría de la «*continuidad*» del XX Congreso (para quienes Jruschov no habría modificado significativamente el plan estratégico de Stalin) y como hacen también, cuando enfatizan las «*novedades*» de ese XX Congreso, los defensores de la *ruptura*, puede producir una sobrevaloración de las razones que llevaron a los dirigentes soviéticos a exponer en 1956 nuevas formulaciones y nuevas políticas.

Sin embargo, precisamente porque la Europa de 1955-56 no era la de 1945 (por todo lo que había puesto en marcha la guerra fría, tras la crisis de la coalición antifascista), los nuevos dirigentes soviéticos, en el momento en que se replanteaban, al menos sobre el papel, la herencia de Stalin, podían elegir entre la defensa pura y simple de las posiciones de 1947-48 respecto a las características del bloque, por supuesto en el contexto de la nueva situación de coexistencia pacífica, o el restablecimiento, aunque parcial y limitado, de la situación mucho más abierta de 1945.

En el primer caso la línea de la coexistencia pacífica hubiera debido, en esencia, salvaguardar no sólo las fronteras establecidas tras la segunda guerra mundial sino también, de la forma más estricta, la concepción y la realidad del «*campo socialista*» tal y como se había planteado por Stalin a partir de 1948 y, por consiguiente, en este contexto, el sistema de relaciones entre la URSS y los países aliados.

Antes del XX Congreso no se llevó a cabo una clara elección entre am-

bos caminos, aunque sí se eligió en algunos países (el reconocimiento de la neutralidad de Austria, por ejemplo, o la puesta en práctica de modificaciones importantes dentro del sistema de alianzas que supuso el nacimiento del Pacto de Varsovia en sustitución del sistema anterior de tratados bilaterales entre la URSS y los diferentes países, o el reconocimiento de la plena soberanía e independencia de cada país, etc., o también la puesta en tela de juicio del principio del partido y del país «*guía*» y de la validez universal del «*modelo*»), elección que caminaba en el sentido de un abandono parcial de las posiciones y de los métodos de los años de Stalin.

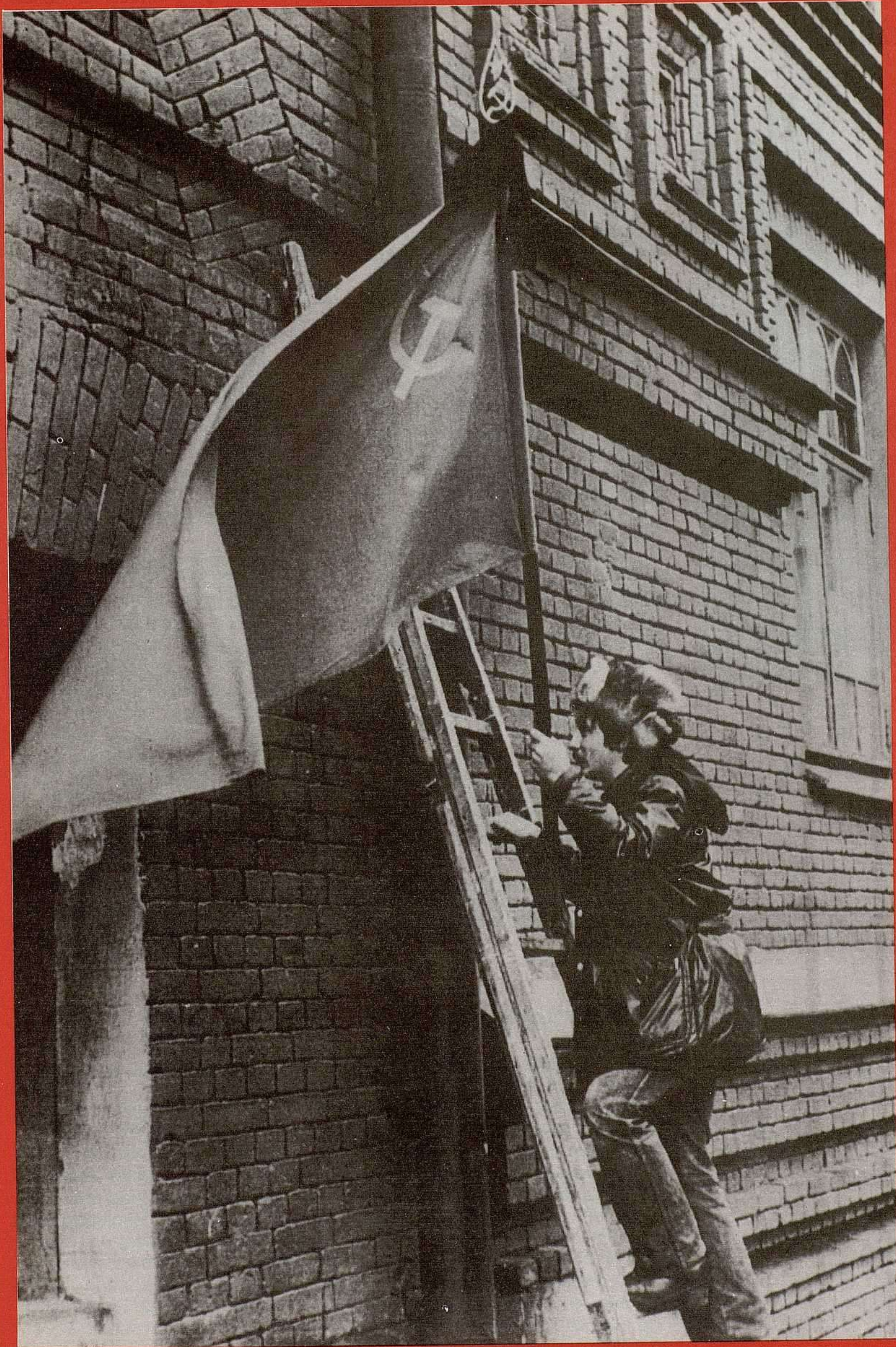
Pocos meses después del XX Congreso —como veremos más adelante— la crisis húngara y la respuesta que a ella dio la URSS con la intervención militar aclarará el interrogante: se restablecen plenamente los principios de unidad y solidez del campo socialista y, además, se restablece el papel de la URSS y el carácter limitado de la independencia y soberanía de los países del Este europeo. La concepción y la política de la coexistencia política sufrían así un importante debilitamiento.

Un proceso muy similar de empobrecimiento siguieron más tarde las tesis sobre la coexistencia pacífica y la guerra, entre otras cosas por su debilidad e inadecuación iniciales. Ya se ha dicho, por otra parte, que no nos hallamos ante formulaciones totalmente nuevas. En varias ocasiones Malenkov se había mostrado mucho más explícito al referirse a la guerra como algo definitivamente eliminable de la sociedad humana. Y ello porque una guerra mundial, en la era atómica en que se había entrado, no podría terminar más que con la «*destrucción recíproca*» de ambos contendientes. Hablando como primer ministro y planteando el problema de invertir la tendencia que asignaba a la industria pesada —y por tanto a la militar— la función de factor fundamental en el desarrollo, Malenkov había planteado una política económica absolutamente coherente con la nueva visión de las relaciones internacionales que se proponía. Precisamente en lucha contra Malenkov, en defensa de la supremacía de la industria pesada, Jruschov se convirtió en el máximo dirigente del país. No puede defenderse —como algunos han hecho y siguen haciendo— que, alejado Malenkov, Jruschov desarrolló el programa reformador del dirigente derrotado, porque, de hecho, Jruschov no abandonará nunca lo fundamental de sus posiciones en el enfrentamiento con su oponente. Según Jruschov, era posible plantearse la coexistencia pacífica como una política no coyuntural no sólo porque la guerra había modificado su carácter, sino también porque las relaciones de fuerza internacionales se habían modificado en detrimento del capitalismo y a favor del «*campo mundial del socialismo*» y, de un modo más general, de un «*área de paz*» formada por Estados, fuerzas políticas y sociales, movimientos populares dotados de «*formidables medios*» de persuasión.

La bomba atómica

Es muy probable, como ya se ha apuntado que al hablar de «*formidables medios*» a disposición de las «*fuerzas de la paz*» Jruschov aludiera, entre otras, a las armas atómicas. En cualquier caso aquí está la única referencia posible al hecho nuclear.

En otras partes del mismo informe, así como en otras ocasiones, Jruschov se extendía en el peligro que la guerra nuclear representaba para toda la humanidad. Con extraordinaria fuerza y vigor llegará a afirmar más tarde que «*los caminos son dos: o la coexistencia pacífica o la guerra más devastadora de la historia*», porque «*no existe una tercera vía*». Pero ambos discursos, el de los «*formidables medios*» de las «*fuerzas de la paz*» y éste, fueron siempre separados. La coexistencia pacífica era una posibilidad y una opción concreta. La guerra, y no una guerra cualquiera, sino una guerra nuclear, «*la más devastadora de la historia*», aunque no era inevitable, seguía siendo no sólo posible sino realizable. Por otra parte, será el mismo Jruschov quien lo confirme, y más de una vez, en los años posteriores no sólo con actos políticos (como puede comprobarse al recordar las dos crisis más serias de aquel período, la de Berlín de 1961 y la cubana de un año más tarde), sino también con formulaciones siempre ambiguas (por



ejemplo, al afirmar en respuesta a las críticas chinas, y también a Togliatti, que en cualquier caso un eventual conflicto terminaría con la «*derrota del capitalismo*»).

Se dirá que una valoración diferente era casi imposible dada la política americana de aquel período: primero Eisenhower, precisamente, a comienzos de 1957, lanzó aquella «*doctrina*» que ataba a los Estados Unidos a defender incluso con las armas a los países y gobiernos amenazados por un ataque comunista; después Kennedy, quien, nada más ser elegido, dio el visto bueno a las operaciones de la Bahía de Cochinos, lo que no contribuía a presentarle con una imagen tranquilizadora.

Alguien ha señalado ya que muy pocos —sólo algunos científicos y hombres de pensamiento— habían comprendido, cuando en 1945 fue lanzada la primera bomba atómica, que precisamente porque por primera vez la humanidad podía —como se ha dicho— contemplar su propio fin, el mundo había entrado en una nueva era. No se alude con ello solamente al retraso con que la gente común tomó conciencia, «*quizá por su tendencia a ignorar o al menos a asimilar con gran lentitud las novedades más importantes*», de lo que con su sola presencia la bomba atómica significaba en la vida de todos los días. Más grave y preocupante fue ciertamente el hecho de que en el mismo momento en que la gran guerra abandonaba de hecho la historia de la política, seguía sin embargo siendo considerada no sólo posible sino realizable por los gobiernos y los Estados más importantes. Y no fue un general enloquecido sino un presidente americano, Eisenhower, quien solicitó reiteradamente —como han revelado los documentos secretos publicados en Washington— el uso de la bomba atómica contra coreanos y chinos durante la guerra de Corea.

Si en el caso de los Estados Unidos el retraso en la toma de conciencia de los cambios que necesariamente habían de realizarse en la política exterior a raíz de la bomba puede imputarse al hecho de que durante años gozaron del privilegio del monopolio nuclear, en lo que se refiera a la URSS ha desempeñado el mismo papel la situación contraria: el retraso con que el país entró en posesión de la nueva arma. Pero no se trata aquí de poner en tela de juicio el hecho de que la Unión Soviética tenía necesariamente que conseguir una igualdad estratégica con su adversario potencial (en primer lugar porque los Estados Unidos consideraban posible combatir una guerra nuclear para la que, por otra parte, se estaban preparando); se trata más bien de subrayar el carácter decididamente arcaico, por prenuclear, de un discurso sobre la paz y sobre la guerra que prescindía del hecho de que la guerra no podía ser ya considerada un instrumento válido para conseguir objetivos políticos, precisamente por el carácter destructor de la nueva arma.

La observación tiene una cierta importancia, porque ayuda a determinar otro elemento de retroceso, de estancamiento en una fase «*prenuclear*», en otros campos no menos importantes: los relativos, en primer lugar, a la concepción y a la política de la seguridad y de la doctrina militar.

Alejar las fronteras

Obsesionada, y no por azar ni por error, por lo que había sucedido en junio de 1941, la URSS había buscado con Stalin una solución a sus problemas de seguridad desplazando lo más posible hacia occidente, con la política de anexiones, sus propias fronteras, y tratando de dar vida inmediatamente, tras las nuevas fronteras, a un sistema de estados amigos y aliados. La presencia de tropas soviéticas en algunos de estos estados y la clara superioridad de estas fuerzas —en efectivos, capacidad armamentista, conexión con las retaguardias, etc.—, respecto a las desplegadas en Europa occidental por los ex aliados hubiera debido garantizar en el futuro —así al menos se pensaba— la defensa del país, actuando como una auténtica disuasión. La aparición más tarde en los países de Europa oriental del «*campo del socialismo*», a través de la transformación de las democracias populares de 1947-48 en países contruidos según el modelo soviético y bajo la dirección soviética, había conferido nueva fuerza a la tesis de que no existía otro camino para la «*defensa del socialismo*» que la de la

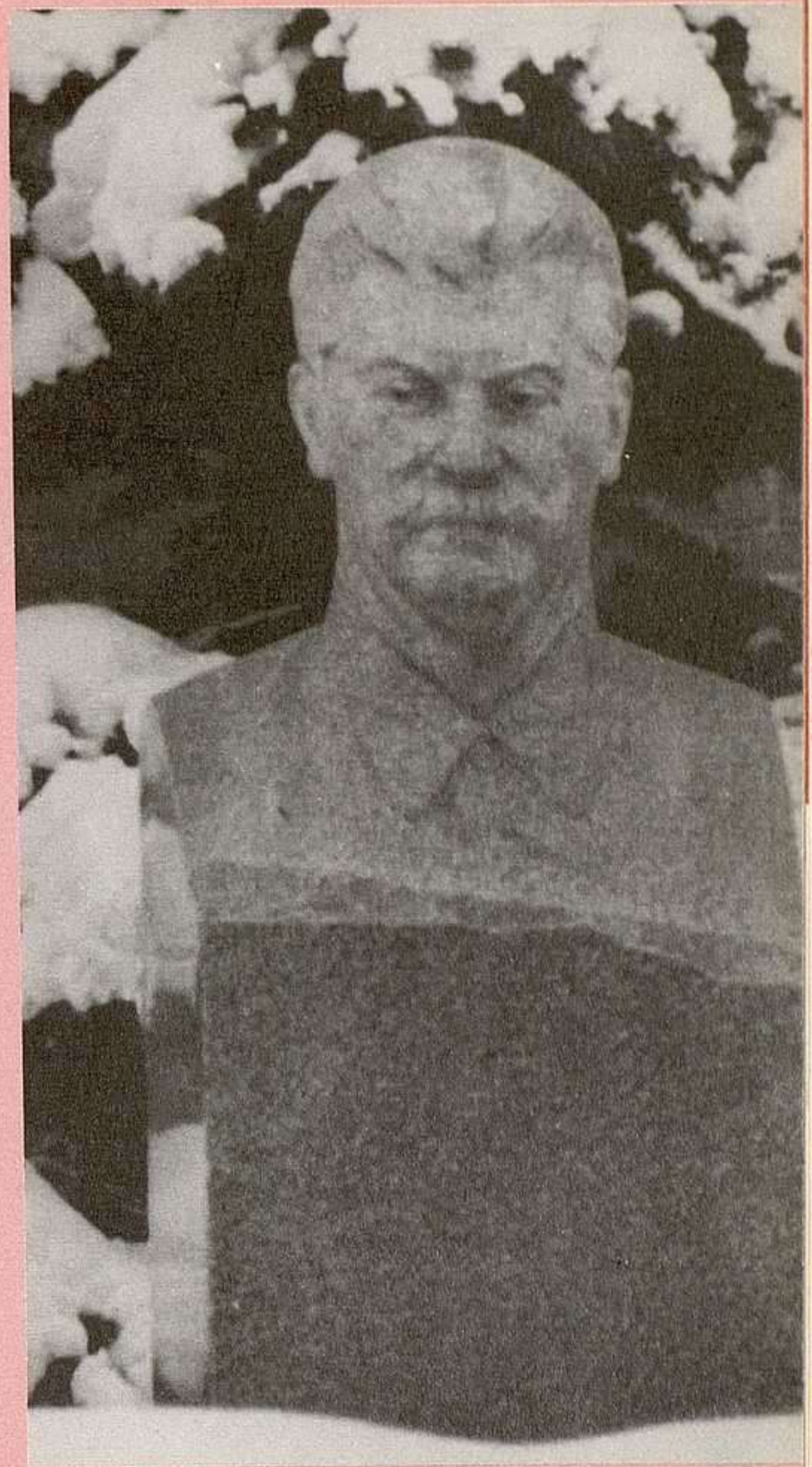
ampliación a todo el «campo del socialismo» de la concepción de la seguridad de los años del «socialismo en un solo país». Esta fue la opción adoptada por Stalin para responder al desafío de los Estados Unidos de Truman (y no es éste el momento de recordar los tremendos costes que entrañó, hasta poner en marcha, junto a otros factores, esa orientación que debía llevar al XX Congreso y por consiguiente al «Informe secreto» y a la línea de la «coexistencia pacífica»).

Como ya se ha puesto de manifiesto, en el XX Congreso fueron escasas las críticas explícitas a la política exterior de Stalin, tanto en las sesiones abiertas como en la secreta. Tampoco el tema ha sido reconsiderado de forma adecuada en años posteriores. Sin embargo, es indudable que muy pronto los herederos de Stalin llegaron a la conclusión de que era necesario modificar plenamente y en aspectos importantes la visión del mundo que había caracterizado a la URSS y a la política hasta entonces seguida —y para testimoniarlo está la cantidad y calidad de las iniciativas político-diplomáticas desplegadas entre 1953 y 1955, contra las posturas de Molotov (que en 1956 fue destituido del cargo de ministro de Asuntos Exteriores), desde el armisticio en Corea hasta la retirada del Ejército Rojo de Viena, la autocrítica de Jruschov en Belgrado, la iniciación del diálogo con Francia, Inglaterra y la RFA, los viajes a Asia, el acuerdo con el Egipto de Nasser, etc. Ya hemos hablado de esto, con especial referencia a las diferencias que habían venido agravándose entre el inmovilismo de la URSS y los cambios que continuamente se realizaban en Asia y en Africa como consecuencia de la corriente anticolonial que sacudía el mundo. Encerrada dentro de la lógica policial-represiva en el interior y defensiva en el exterior, la «fortaleza», la URSS de Stalin había considerado como fuerzas enemigas (*quien no está con nosotros está contra nosotros*) incluso a los movimientos neutrales y de tercera fuerza. De este modo se perdieron grandes ocasiones. Pero sobre todo preocupaba a los herederos de Stalin la evidente inadecuación de una concepción de la seguridad todavía sustancialmente ligada a la línea y a la lógica de las «fronteras seguras» en un momento en que las armas atómicas y no las divisiones acorazadas hacían vulnerable a la URSS.

El informe del XX Congreso ha de verse por consiguiente también como un intento de sistematizar una materia tan compleja, sobre la base de reflexiones nuevas y de las experiencias adquiridas a través de los resultados de las iniciativas de los años y meses precedentes.

En esto estriba el carácter de «línea general» de la estrategia propuesta.

Todo lo que hemos dicho sobre los condicionamientos y limitaciones originarios de esta nueva línea nos ayuda a comprender cómo y por qué prevalecieron concepciones y políticas de la coexistencia pacífica todavía de hecho prenucleares con tanta rapidez, con Jruschov, y a pesar del impulso del XX Congreso, con la vieja tendencia a buscar soluciones a los problemas de la seguridad en el seno de la vieja línea de las «fronteras seguras» de hecho prenucleares.



Jruschovismo y orientación democrática

El caso del comunismo español

Antonio Elorza

(Fac. CC. Políticas y Sociológicas-Universidad de Madrid)

e

L tema de los efectos políticos derivados del XX Congreso del PCUS suele centrarse en los países del campo socialista. Los partidos comunistas apartados del poder quedan en un segundo plano y generalmente no se establece tipo alguno de análisis comparativo entre lo que en ellos ocurre y la trayectoria de los partidos-Estado. Mi intervención, centrada en el comunismo español, tiende a buscar esa integración de los dos planos, habida cuenta de que la evolución reciente del Partido Comunista de España tiene como punto de partida precisamente el viraje de 1956 y que sus coordenadas políticas responden al tipo de reforma controlada desde el partido que Jruschov pone en marcha y cuyos rasgos quedan definidos en el famoso informe. Se trataba, siguiendo la expresión empleada por Fabio Bettanin, de *devolver al partido capacidad de iniciativa y una estructura orgánica adecuada a su papel político*,

todo ello sin salir de los límites del sistema político existente. En el caso español, esa tarea habría de asumir rasgos específicos al desarrollarse por una dirección exiliada, de un partido clandestino y en lucha permanente por la democracia. Pero con una clave siempre presente: preservar la esencia de la función histórica y de los modos de un partido comunista tradicional enfrentado con circunstancias cambiantes.

Esta valoración puede parecer contradictoria si recordamos la imagen *eurocomunista* que de sí misma ofreció la dirección del PCE en los años setenta y, concretamente, los propósitos de revisión profunda que parecían animar a su líder Santiago Carrillo cuando en 1977 redactó *Eurocomunismo y Estado*. Pero las cosas se ven con mayor claridad si tomamos nota de alguna de las declaraciones del propio Carrillo a Lilly Marcou en 1983, ya separado de la secretaría general, en el libro *Le communisme malgré tout*. No sólo son sorprendentes sus elogios de Stalin, «*de gran talento*» y «*muy realista*», culpable sólo de eliminar físicamente a sus adversarios en vez de hacerlo políticamente. Aunque parezca paradójico, Carrillo rechaza que el eurocomunismo tenga sus orígenes en la reflexión gramsciana —Gramsci es etiquetado, al unísono con Marcou, de «*Lenin occidental*»—, sitúa el origen del eurocomunismo en la política de Stalin respecto a España en 1936-37, cuando, en carta al socialista Largo Caballero, recoge la posibilidad de una *vía*

parlamentaria. No es una *boutade*. Frente al replanteamiento en profundidad de la estrategia, de la concepción histórica y de la función del partido, el *eurocomunismo* es visto por el veterano ex dirigente español a modo de proyección democrática de un partido comunista cuyos rasgos han sido fijados por la experiencia bolchevique. Ser eurocomunista, había dicho en el X Congreso del PCE, es ser comunista en la Europa industrializada y democrática de fines del siglo XX: Una cosa es la esencia y otra la circunstancia. No hay que ir muy lejos para enlazar esta disociación con la rápida crisis del *eurocomunismo* español. Y tampoco para ver su punto de partida en la recepción del XX Congreso.

Impacto en el PCE

Giuseppe Boffa ha puesto de relieve el sentido de *sacudida telúrica* que, por encima de las variantes nacionales, caracterizó la recepción del XX Congreso por parte de los diferentes partidos comunistas. Advierte también Boffa acerca de la significación a largo plazo del carácter reductivo de la lectura del Congreso por algunos partidos occidentales, como el francés, lo cual, siguiendo una vía muy diversa, sería también aplicable al caso del Partido Comunista de España (PCE.)

La conmoción existió también para los dirigentes españoles. Nos lo deja ver claramente la evocación que hace del acontecimiento Dolores Ibárruri, entonces secretaria general del partido, que no mucho antes había exaltado el lugar sagrado que Stalin ocupaba en la mente de cada comunista —*a Stalin, se le llevaba en el sagrario del alma, como lo más querido, como lo más valioso*—. Con una de sus clásicas expresiones, cargadas de populismo, Dolores explica el golpe recibido al leer el informe de Jruschov. *Para mí fue, como dicen las mujeres en nuestro país, caérseme los palos del sombrero*, es decir, vio cómo se quebraba la armadura de su paraguas doctrinal, articulado en torno a la fe en Stalin. Algo así como entrar en el vacío.

Pero ni siquiera para *Pasionaria* resultó todo negativo: muchas cosas cobraron sentido después de leer el informe; en especial, la valoración de tantos miembros de las Brigadas Internacionales a quienes había visto caer, uno tras otro, en los procesos stalinianos de las democracias populares, acusados en calidad de agentes del imperialismo. Sobre este punto, la confianza en los comunistas revolucionarios por encima del dictamen de Moscú, fundamentará su *no* a la intervención soviética del 68 en Checoslovaquia.

En una serie de aspectos esenciales las orientaciones del XX Congreso encajaron a la perfección con el proceso de cambio en que se hallaba inmerso el PCE. No es el XX Congreso el que desencadena las mutaciones en la estrategia y en la composición de la dirección política española. Pero sí contribuye a su rápida consolidación.

Recordemos que mientras se desarrolla el XX Congreso está en curso una agria lucha entre dirigentes veteranos (Uribe, Moix) y jóvenes (Carrillo, Claudín) por el control efectivo del PCE. Y la argumentación jruschoviana servirá de instrumento decisivo a la hora de centrar en Uribe todos los defectos del *culto a la personalidad* y de los métodos unipersonales de dirección. *Esas manifestaciones externas del culto a la personalidad han existido y han contribuido a crear en los miembros del Partido una idea exagerada del papel de los dirigentes y a subestimar la importancia de sus propias iniciativas y aportaciones como militantes. Nuestra responsabilidad por ellas es evidente. El XX Congreso nos ayuda a terminar con esas prácticas contraproducentes que no hacen ningún bien ni al Partido ni a sus dirigentes*. Claro que esta censura que hace el dirigente en alza, Santiago Carrillo, de *las deformaciones en los métodos marxistas-leninistas de dirección*, tiene un blanco personal en la figura del veterano líder Vicente Uribe y responde a un planteamiento polémico. No habrá muchos elementos de desestalinización en la forma en que Uribe es condenado, pero por lo menos el talante crítico del XX Congreso frente al pasado staliniano cobra carta de naturaleza en el PCE. Luego veremos por cuánto tiempo y con qué límites.

Otro punto de encuentro entre el PCE y el XX Congreso vino dado por el doble viraje que, en un caso, representa la política de *reconciliación*



nacional y en otro la coexistencia pacífica. Casualmente, la primera confrontación abierta entre jóvenes y veteranos había tenido lugar en torno al ingreso de la España de Franco en la ONU: los primeros reconocían la exigencia de un nuevo tipo de coexistencia internacional, asumiendo las realidades de la posguerra. En este contexto, las directrices del XX Congreso suponían un marco adecuado para los planteamientos comunistas sobre España, postulando la superación definitiva de la guerra civil sobre la base de una salida pacífica de la dictadura. El llamamiento se dirigía a otras fuerzas sociales y políticas para conseguir un compromiso del que resultarían unas libertades democráticas mínimas. Quedaba trazada así la línea política en que se movería el PCE hasta la reciente transición democrática, convirtiéndose en el agente más dinámico de oposición a la dictadura. De paso, lo que no ha de olvidarse, el objetivo democrático quedaba inscrito como meta irrenunciable de la praxis comunista.

Hasta aquí los elementos de cambio. No faltaron, sin embargo, apoyos derivados del jruschovismo para posiciones tradicionales del PCE. En primer plano, la seguridad en la línea del partido y en la validez absoluta del marxismo-leninismo. El valeroso comportamiento del partido soviético, denunciando hasta el fondo sus errores del pasado, parecía el mejor aval de su autenticidad revolucionaria, así como la prueba de fuego para la validez de sus bases teóricas. Lo explica Fernando Claudín en el primer número de la revista cultural del partido, *Nuestras Ideas: La práctica ha demostrado la exactitud científica del marxismo; ha confirmado que el desarrollo social no es un caos de casualidades*

sino que obedece a leyes objetivas, susceptibles de ser conocidas, cada vez mejor, y que, en consecuencia, la vida de la sociedad puede ser objeto de previsión y dirección científica, como los procesos naturales; ha confirmado que, en la etapa actual de la humanidad, el socialismo es el sistema social llamado a hacer el relevo del capitalismo en todo el mundo... Para concluir lapidariamente: el marxismo ha llegado a ser en nuestros días tan indiscutible como puede serlo, por ejemplo, la teoría sobre el átomo.

Este reino de certidumbres desemboca inevitablemente en la fijación de una ortodoxia y, de modo secundario, en la cohabitación en el discurso de la denuncia superficial de los errores de Stalin con el reconocimiento primordial de su labor histórica. El propio Claudín, en el artículo citado, establece la escala de proporciones: los errores stalinianos *no sólo no anulan sino que quedan en un segundo término en comparación con sus importantes méritos en la organización y educación de los partidos comunistas.* Y de éstos se deriva la consecuencia final de que cualquier crisis sólo puede surgir del apartamiento de la ortodoxia. Así la insurrección húngara, debida, a su juicio, a que *en Hungría no había una verdadera dictadura del proletariado* tal y como existía en China o en la Unión Soviética.

Así que, de cara al partido, la lectura del XX Congreso tiene por resultado una consolidación de las formas tradicionales de organización e ideología. Ya el artículo, reiteradamente citado, de Claudín tiene por blanco la desviación de Kardelj. La revista oficial del partido *Nuestra Bandera* desautoriza por los mismos días toda forma de comunismo na-



cional. El revisionismo aparece ya como enemigo principal, para concluir: *No hay más que un socialismo.*

Finalmente, una curiosa convergencia puede detectarse entre el sentido utópico del discurso jruschoviano y ese fideísmo de que da prueba el discurso del PCE. La insistencia sobre esos aspectos de la ideología de Jruschov, destacando los progresos del campo socialista y su pronta superación de los niveles de producción y consumo del capitalismo, encuentran un eco amplificado en las publicaciones del PCE que en los años sesenta acaban haciendo de este punto el central del planteamiento soviético. Es lo que ocurre tras el XXII Congreso del PCUS y, significativamente, el protagonismo que el PCE otorga a *la edificación del comunismo* prevista por Jruschov va unido a la exigencia de evitar todo tipo de *investigación teórica* relativa a la desviación staliniana.

Queda así bloqueado uno de los desarrollos centrales del XXII Congreso en la propia URSS; en palabras de Roy Medredev,, la puesta en marcha de *la compleja y difícil tarea de rectificación y redefinición de muchos valores* cuya exigencia para el movimiento comunista pusiera de relieve el XX Congreso. Por otra parte, la descripción de los éxitos soviéticos en la construcción del comunismo servía de compensación a las dificultades experimentadas por los comunistas españoles en su lucha contra la dictadura de Franco. Para la nueva dirección centrada en torno a Santiago Carrillo, ya secretario general, una vez consolidado su poder no tenía sentido seguir insistiendo en los temas que fueron oportunos para fundamentar la crisis del 56. *La práctica precede a la teoría*, era el nuevo lema para la vida del partido.

Los resquicios interiores

El repliegue no tuvo lugar sin problemas. Según es sabido, la perspectiva de organizar un movimiento general de oposición que diera en tierra con el régimen de Franco —la huelga nacional pacífica— supuso una serie de fracasos y de ahí surgió una nueva crisis en la dirección del partido que opuso el continuismo de Carrillo a las previsiones enunciadas por Claudín de una evolución interna del franquismo propiciada por los cambios económicos en curso. No entraremos en esta polémica en la que el «voluntarismo» de Carrillo conjugaba una visión económica catastrófica con el acierto de insistir en la exigencia de la oposición frontal a la dictadura, mientras el «aggiornamento» del análisis económico de Claudín tenía la rémora de confiar en una apertura política que no habría de materializarse.

Lo que aquí nos interesa es la cara menos conocida de la crisis, donde el oponente principal es Jorge Semprún, intelectual que ha dirigido varios años desde la clandestinidad el partido en Madrid y que en gran medida incorpora esa realidad del movimiento comunista en ascenso en el interior, cuyos rasgos específicos van a ser ignorados por la dirección del exilio. Por los documentos conservados en el archivo del PCE, sabemos que Semprún había esbozado, en plena clandestinidad, un proyecto de partido de masas donde la autonomía para las decisiones de los cuadros jóvenes desplazaba al sistema jerárquico tradicional de «contactos» y consignas. De ahí pasaba a un replanteamiento general del tema del partido y para ello buscaba un doble apoyo, de un lado en la experiencia italiana y de otro en la exigencia de renovación que impuso el XX Congreso. En un artículo que había de suscitar una condena generalizada, publicado en el primer número de *Realidad* (1963), Semprún escribe: *La solución de los problemas que se plantean ante el movimiento comunista no puede, en ningún caso, buscarse en una vuelta atrás, hacia los métodos de dirección y de discusión que caracterizaron la época de Stalin, sino, por el contrario, sólo se hallará en la profundización y desarrollo de las tesis fundamentales que comenzaron a exponerse con motivo del XX Congreso del PCUS.*

La réplica del núcleo dirigente, encabezado por Carrillo, fue inequívoca. El expediente de revisión inaugurado en el XX Congreso estaba cerrado. El obrerismo se convertía más que nunca en seña de identidad del partido, el cual no podía tolerar en su interior *elementos ideológicos de individualismo pequeño burgués*. Si querían permanecer en el partido, los intelectuales debían aceptar la *disciplina proletaria*. En modo alguno podía seguirse la vía trazada por Togliatti en la entrevista

de *Nuovi argomenti*. Por fin, apoyándose en las limitaciones de la clandestinidad, era condenado todo intento de hacer del partido *un club de discusión* o una organización de investigaciones —es decir, se excluía de antemano todo debate teórico— y se confirmaba la visión tradicional del partido, asentada en lo que Semprún llamó *centralismo democrático de arriba abajo*, con el secretario general convertido en fuente infalible de todo poder.

Sin embargo, a corto plazo las consecuencias de la crisis de 1964-65 no fueron muy graves. La normalización no pudo alterar la creciente autonomía del interior, hecha inevitable por el ascenso registrado en la implantación del partido y por la centralidad de la acción sindical con un protagonista por su propia naturaleza autónoma, las Comisiones Obreras. El reforzamiento de la posición de Carrillo en la dirección hasta posiciones cercanas a lo que Breslauer definió aquí como *burocracia patrimonial* no tuvo por el momento demasiados efectos negativos por la distancia entre el vértice dirigente del exilio y el movimiento real. La contradicción entre ambos planos se mantendrá latente hasta que ambos entren en contacto con la restauración de la democracia en España.

Además, ese mismo movimiento real irá imponiendo reajustes a los planteamientos de Carrillo, cumpliéndose así su norma de que la teoría sigue a la práctica. El evidente desarrollo capitalista de la España de los sesenta acabó por ser asumido. La presencia creciente de intelectuales y profesionales llevó a la formulación, impensable teniendo en cuenta los debates del 64, de la *alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura* como sujeto de las transformaciones democráticas y socialistas en España. Y, por encima de todo, el objetivo democrático impuso su ley. Aun cuando en el orden teórico siguiesen las ambigüedades utilizando el juego leninista de *democracia y dictadura*, lo cierto es que el planteamiento estratégico de un *pacto por la libertad* y el compromiso directo de la acción del partido tendente a la consecución de la democracia en España separaban progresivamente la orientación del PCE de la meta clásica de la dictadura del proletariado.

La cuadratura del círculo

Por eso el PCE apoyó en 1968, sin reservas, la política reformadora de los comunistas checos. La cuadratura del círculo parecía conseguida: un partido comunista de corte clásico en vanguardia de un cambio de contenido democrático. Lo proclama Carrillo en *la lucha por el socialismo hoy: La experiencia de Checoslovaquia confirma otra vez que el socialismo es el régimen social donde la democracia, es decir, la amplia participación dirigente de la clase obrera, la intelectualidad y las masas populares, no tropieza en su desarrollo con ningún obstáculo insuperable de orden ideológico o social. El socialismo camina hacia formas cada vez más democráticas...* Era una ayuda a la propia lucha, en la medida en que las reformas de Dubcek echaban por tierra las reservas tradicionales frente a la articulación de comunismo y democracia. De ahí el rechazo que el PCE expresa ante la intervención militar del Pacto de Varsovia y el inicio de una confrontación cada vez más dura con el comunismo soviético, polémica que servirá, de un lado, como aval del carácter democrático del proyecto comunista para España, pero acaba siendo factor de debilidad interna al faltar una justificación teórica asumida por la masa de militantes y mantenerse el componente tradicional en la concepción del partido, su papel de vanguardia y el enfrentamiento abstracto al sistema capitalista.

La utopía de una democracia reformadora bajo hegemonía del partido mantenía unidas las diferentes piezas, pero el espejismo se disipará al comprobarse la estabilidad del poder socioeconómico —y la presencia sólo minoritaria del PCE en cuanto a fuerza política— tras la llegada de la democracia.

En este orden de cosas, y como ilustración de esa heterogeneidad destinada a estallar con el fracaso de las previsiones, vale la pena recordar los tres principales informes presentados en el último Congreso del PCE antes de la muerte de Franco, el octavo, de 1972. El informe general, continuista, de Santiago Carrillo, se ve enmarcado por el más innovador, relativo a la política exterior, de Manuel Azcárate, con una crítica sin reserva de los regímenes del socialismo real, en tanto que el

de organización, de Ignacio Gallego (hoy líder del partido comunista español filosoviético) resalta el valor de la concepción tradicional del centralismo democrático.

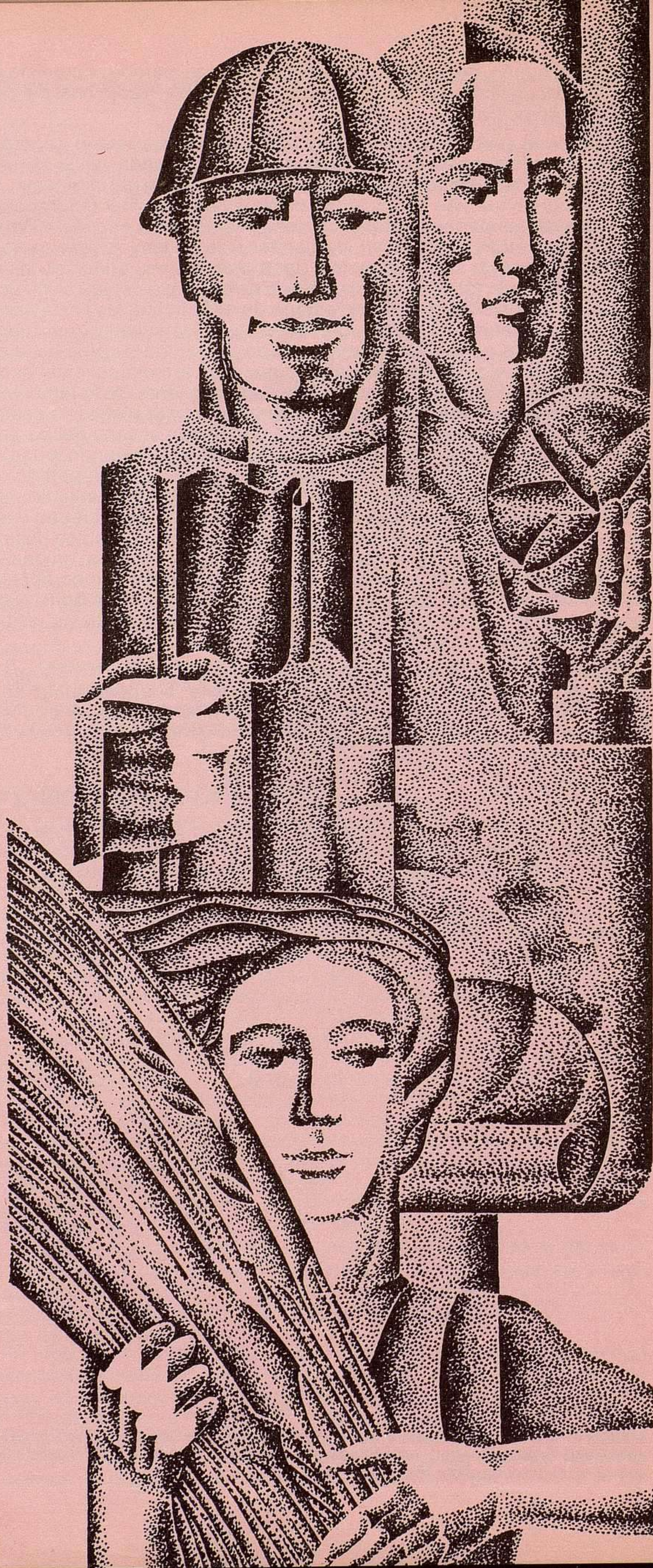
Así, con el partido *de siempre*, dirigido por un secretario general y un núcleo de dirección auxiliar formado durante décadas en la escuela del *centralismo democrático de arriba abajo*, tuvo lugar el ensayo de capitalizar las fuerzas acumuladas durante la etapa final del franquismo, jugando un papel central en la nueva democracia española. No es nuestro cometido hoy reseñar los pormenores de ese fracaso, pero sí conviene subrayar su significación, dada la espectacularidad de los resultados. Puede decirse que en el cuarto de siglo que separa el XX Congreso de la crisis de 1981 la trayectoria del PCE ilustra las limitaciones de una renovación conservadora de corte jruschoviano que intenta asignar nuevos cometidos políticos al tipo de partido surgido de la era de Stalin. En los países del socialismo real, con el monopolio del poder estatal, el resultado fue el prolongado estancamiento, pero también la pervivencia de un sistema de poder asentado en dos piezas: la centralidad del poder personal del secretario general en el seno del partido, y de éste fundiéndose con el aparato de Estado y bloqueando toda participación de la sociedad civil. En el caso español, con un partido comunista privado de acceso al poder, el resultado ha sido inverso: brutal reducción de la presencia política del partido en la sociedad y aislamiento final del dirigente que encabezara toda la operación. No parece muy arriesgado decir que, con otros tiempos y modos, un destino similar puede aguardar al otro intento de reconversión democrática de lo tradicional, el del PCE. Volvemos así a la afirmación de Boffa sobre el papel de la lectura del XX Congreso como divisoria de las aguas históricas de los partidos comunistas occidentales.

Igual que ocurre en el caso de los países socialistas, el XX Congreso destapó una problemática, aún hoy no resuelta, al aportar unas soluciones limitativas. Según advertía hace algo más de veinte años Jorge Semprún, la exigencia de indagar y comprender lo ocurrido es *ese fermento que siempre tendrá el XX Congreso*.

(*) Intervención pronunciada el 4 de octubre de 1986 en el Coloquio «The XX-th Congress and its after matter» organizado por la Fundación Feltrinelli y el Instituto Gramsci en el hotel Baglioni (Florencia, Italia.)

Dossier

42



Jruschov y los partidos comunistas

Heinz Timmermann

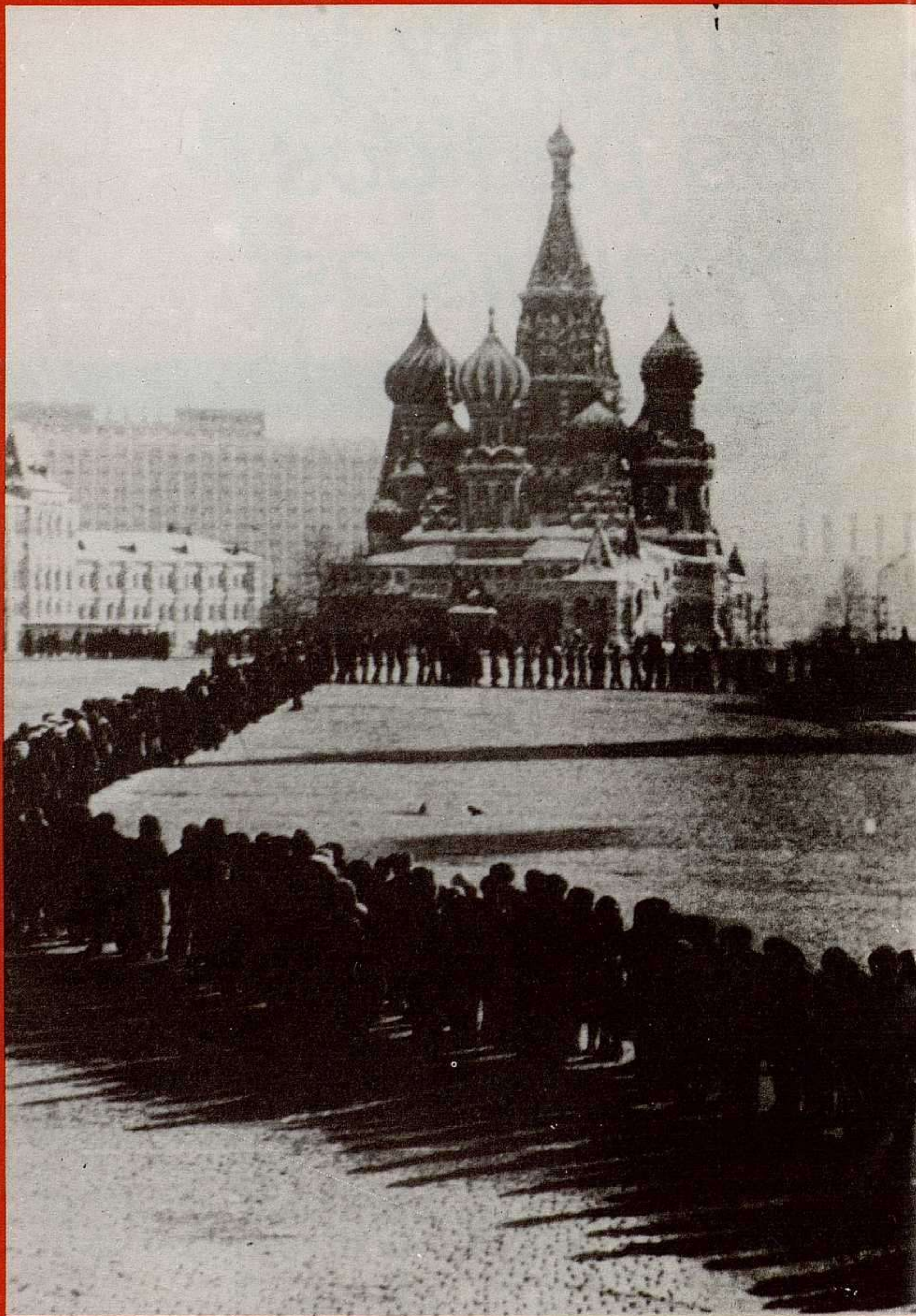
Trad.: Rosa Bello

e

El XX Congreso del Partido está marcado por el intento de Jruschov de superar el estancamiento de la URSS y de cambiar la táctica defensiva de Stalin por una actitud internacional más ofensiva. Además de la condena de los crímenes de Stalin resalta la revisión de los dogmas centrales del dictador, la cual fue proyectada para experimentar una nueva vía en los asuntos internos y externos de la URSS. La tesis de la inevitabilidad de la guerra entre los sistemas fue sustituida por la teoría de la coexistencia pacífica. Esta innovación demostró los deseos de Moscú de prevenir una guerra entre el Este y el Oeste, pero también reveló una nueva dinámica militante hasta ahora bajo la amenaza de una confrontación global con USA; los avances locales y regionales parecían de nuevo posibles. Además, el dogma de Stalin según el cual los países neutrales y especialmente los países liberados de la dominación colonial tenían que ser considerados como parte

del *sistema imperialista*, fue entonces desechada. Jruschov incluyó a estos países entre aquellos que forman la nueva *zona de paz* y por esa razón creó las condiciones teóricas que permitieron a Moscú ejercer mayor influencia sobre el Tercer Mundo. Y finalmente, en el XX Congreso del Partido, la tesis que afirmaba que la URSS estaba rodeada y aislada por el mundo capitalista fue rechazada por una nueva tesis que consideraba que el campo socialista estaba ganando cada vez mayor influencia en la política mundial.

El programa de Partido de 1961 fue incluso más lejos creyendo ver que «*las fuerzas socialistas estaban llegando a dominar cada vez más al imperialismo*». La diferencia esencial entre Jruschov y su predecesor, igual que todos sus sucesores, se basaba en este optimismo revolucionario y en su confianza en el poder de la idea comunista. Lo mismo puede decirse de su valoración de los Partidos Comunistas y el papel que ellos supuestamente jugaban dentro del marco de su estrategia ofensiva hacia Occidente. Stalin esterilizó a los partidos comunistas en nombre de la defensa incondicional de la URSS bajo el requisito necesario de adoptar el modelo soviético de sociedad; ahora Gorbachev parece estar interesado en los partidos comunistas que están fuera del bloque, sólo si aprueban sus iniciativas políticas para el extranjero. En ambos casos los intereses nacionales soviéticos determinan las relaciones del PCUS con los otros partidos comunistas. En cambio, la visión de Jruschov de un extenso mundo socialista asigna una misión auténticamente revolucionaria a los partidos comunistas. Fue idea suya que cada partido por medio de su propia y específica estrategia ayudase a



modificar el equilibrio global de poder a favor de la URSS, mientras al mismo tiempo se adhería a los principios de coexistencia pacífica como una forma especial de la lucha de clases.

En el XX Congreso del Partido, esta línea de pensamiento surgió sólo como una idea general. De hecho se regresó a Lenin hasta en la presuposición de una armonía preestablecida de intereses de todos los partidos comunistas, estén o no en el poder. La diferencia con Lenin consiste en que Jruschov no somete a todos los partidos a una disciplina organizativa en un partido mundial centralista que da instrucciones concretas a cada partido individual. Por el contrario, la integración de los partidos comunistas dentro de la ofensiva de Jruschov exige la autonomía de éstos a fin de que, ajustados a sus condiciones nacionales, logren una mejor posición en el proceso revolucionario mundial.

No fue una casualidad por ello que por primera vez, en el XX Con-

greso del país, se intentase sistematizar las experiencias de los más importantes partidos comunistas. Querían aprender lecciones teóricas para luego aplicar lo que habían aprendido al movimiento comunista. Como resultado, la revolución de Octubre, igual que el modelo soviético de sociedad, redujeron su significado al admitir el PCUS la posibilidad de que el socialismo pudiera ser construido y alcanzado por diferentes vías y maneras. Tal actitud se aplica a los chinos, a los europeos del Este, a los yugoslavos y a los partidos comunistas en el poder. También tenía relación con los partidos comunistas occidentales: una vez que la vía pacífica quede legitimada, el Parlamento no será ya sólo la tribuna de la lucha de clases, sino que podrá ser usado como un instrumento para avanzar hacia el socialismo. Sin embargo, Jruschov en todo su nuevo pensamiento se basa todavía en los principios ideológicos comunes y válidos para todo el movimiento comunista, debido

justamente a sus concepciones políticas y organizacionales, concepciones que proporcionan una guía necesaria si los PC quieren alcanzar su común meta revolucionaria. Esto hizo indispensable aceptar la autoridad dogmática de un partido líder, y para Jruschov, por supuesto, existía un solo partido capaz de jugar este papel, el PCUS, no sólo por su experiencia histórica, sino también por su peso como la fuerza más poderosa dentro del campo anti-imperialista.

Un fallo de la línea de Jruschov

Como en muchas otras áreas, el análisis de Jruschov concerniente a los partidos comunistas y su estrategia confirmó ser demasiado optimista y por tanto poco realista. Esta evidencia saltó en la crisis polaca y húngara de 1958, en el conflicto con los chinos de principios de 1960, y finalmente, en las divergencias con los italianos. Ya en 1948 el conflicto Stalin-Tito había mostrado que la ideología común marxista-leninista era de hecho incapaz de superar las diferencias entre los intereses nacionales y los de partido. Por el contrario, la ideología en sus diferentes interpretaciones podría ser usada como un instrumento para defender y legitimizar posiciones especiales, y en consecuencia, intensificar los conflictos de intereses, tan graves en los choques de la URSS con Pekín. Además, las innovaciones de Jruschov contenían en sí mismas una serie de contradicciones específicas que salieron a la luz después del XX Congreso del Partido. Estas contradicciones, causa y consecuencia de conflictos concretos entre los PC, precipitaron definitivamente el proceso de erosión del movimiento comunista.

Por otra parte, nos encontramos a los soviéticos reivindicando un liderazgo ideológico en el mundo comunista a la vez que insisten en que el socialismo soviético no podía ser un modelo por más tiempo, sino que debería ser un ejemplo. En severo contraste con esta reivindicación de liderazgo la caracterización de los crímenes de Stalin como el resultado de su personalidad no satisfizo en el movimiento comunista: los chinos, los yugoslavos y los italianos exigían una minuciosa investigación de los mecanismos que permitieron a Stalin aprovecharse del poder despótico, para que pudiera servir como una lección para el futuro. Aquel minucioso análisis de las causas no llegó a realizarse y, ya en junio de 1956, Togliatti se sintió obligado a hacer una observación sobre los líderes soviéticos que *habían perdido algo de prestigio* por la clase de análisis crítico que habían realizado. Este comentario redujo sumamente la pretensión de Moscú de actuar como un maestro ideológico.

El XX Congreso del Partido realmente legitima los intentos para seguir una vía propia e individual hacia el socialismo. Esto, sin embargo, fue sólo concedido bajo la condición, como en el caso de Yugoslavia, de que constituyese sólo un experimento aislado, que no debería afectar a las otras partes del sistema de países o partidos comunistas. La Conferencia internacional de partidos comunistas en noviembre de 1957 formuló unas «*leyes básicas y generales de la revolución socialista y de la construcción del socialismo*» que limitaban estrechamente el alcance de acciones independientes. Al mismo tiempo una fórmula adelantó los postulados dialécticos entre lo general y lo particular en los partidos comunistas. Esta fórmula es tan imprecisa que ha producido numerosos debates hasta nuestros días.

La igualdad para todos los partidos comunistas había sido proclamada, mientras al mismo tiempo crecían las tendencias a favor de *partidos dirigentes* en oposición a *partidos no gobernantes*, estando todos los partidos unidos bajo un *sistema mundial socialista*. En 1957 el Departamento de Relaciones Internacionales fue dividido en un Departamento de Relaciones con los partidos gobernantes (bajo Andropov) y un Departamento de Relaciones con partidos no-gobernantes (bajo Ponomariov). En el XX Congreso del partido, las experiencias de la URSS y otros países socialistas fueron discutidas en detalle, mientras las condiciones para desarrollar una vía pacífica en los estados capitalistas no



fueron analizadas; los resultados y conclusiones diseñados por el Frente Popular después de 1945 no fueron ni mencionadas. Por tanto, los partidos comunistas no-gobernantes permanecieron en un segundo plano en comparación con los PC gobernantes.

La disolución del Comintern había sido decidida en el XX Congreso del Partido y fue formalmente llevada a cabo en abril de 1956. Esta medida significó el fortalecimiento de la autonomía e independencia de cada partido comunista. En contradicción con esto, Jruschov pronto reveló su intención de obligar al movimiento comunista a una nueva organización de su estructura. Ejemplos de esto son las conferencias mundiales y sus documentos en los que se consideran principios generales y también el nacimiento en Praga de una revista común de todos los partidos, inspirada por el PCUS en 1958. El alcance de estos progresos estuvo marcado por el intento de Jruschov de realizar conferencias mundiales para imponer unos principios de centralismo democrático.

Reacciones dentro del sistema de partidos comunistas

A pesar de sus diferencias, todos los PC en reacción al XX Congreso del Partido coincidieron en dos puntos —hay que resaltar que incluso en su consenso encontramos críticas a las contradictorias innovaciones de Jruschov: todos los PC se alegraron unánimemente de la estrategia ofensiva de Jruschov y del hecho de que cada uno de ellos pudiese jugar un papel independiente dentro de su contexto nacional; la tesis de que el socialismo no aislado por el mundo capitalista proporcionó a todos los comunistas del mundo la oportunidad de concentrarse más en su propia transformación estratégica, después de haber tenido durante tanto tiempo que defender a la URSS como el *baluarte de la revolución mundial*.

Por otra parte, los PC condenaron unánimemente, por diferentes razones, la forma en que Jruschov en su informe secreto había diseñado el proceso de destalinización. En general se expuso lo siguiente: con todos sus rasgos positivos y negativos, Stalin como líder del PCUS, líder del PC más poderoso del mundo, había dejado sus huellas en el sistema de PC. La valoración de sus actos no era por tanto un asunto interno de la URSS, sino que debería haber sido acometida por todos los PC; el PCUS debería, al menos, haber consultado a sus partidos hermanos antes de embarcarse en una completa reinterpretación de la línea de Stalin, especialmente cuando esta iniciativa iba a tener un fuerte impacto en todos los PC.

Pero no fueron sólo las lecciones aprendidas tras la revelación de los defectuosos progresos soviéticos bajo Stalin lo que llevó a muchos líderes comunistas de aquel tiempo a *pensar con su propia cabeza*, como Carrillo en España; fue, sobre todo, la repentina, casi conspiratoria, decisión de cambiar durante el XX Congreso del Partido lo que causó escepticismo en muchos PC. Después de todo, Jruschov eligió una vía en absoluta contradicción con el concepto soviético de cooperación e igualdad de derechos dentro del movimiento comunista mundial.

En el interior de la URSS *el shock del XX Congreso del Partido* pudo utilizarse con éxito para movilizar a la población soviética; pero en los otros PC resultó ambivalente.

Mirando hacia atrás vemos que el concepto que Jruschov diseñó para crear una nueva base en el movimiento comunista defendiendo la autonomía interna de cada partido mientras al mismo tiempo se aprobaba una estrategia común para los asuntos externos, estaba condenado al fracaso. Este fracaso quedó patente a finales de 1957 cuando la Primera Conferencia Mundial de PC proclamó *leyes básicas generales* obligatorias para todos. Esto no podía ser interpretado sino como un intento de atar otra vez a los partidos individuales y de comprometerles de nuevo con la línea soviética.

Sin embargo, tal estado de cosas no podía durar mucho tiempo. Con la condena a Stalin, Jruschov había cuestionado también el concepto de Stalin sobre cómo resolver las contradicciones dentro del mundo comunista. Stalin había afirmado la primacía de los intereses del Es-

tado soviético como un artículo esencial de sus creencias ideológicas. Después del XX Congreso, este concepto no podía sostenerse por más tiempo. Por esa razón el XX Congreso se convirtió en un estímulo para que cada partido individual volviera a radicar en su pecho sus estrategias. Las diferentes tradiciones, condiciones y circunstancias produjeron diversos resultados y los efectos de esta renacionalización pueden sentirse claramente hasta nuestros días.

En la Europa del Este estallaron conflictos violentos inmediatamente entre stalinistas y grupos que presionaban a favor de reformas radicales dentro de la autonomía nacional. Con la pérdida de autoridad del PCUS fueron los chinos los que ganaron considerablemente en prestigio e importancia. Aprovecharon esta buena oportunidad para ejercer más influencia en el mundo comunista primero o junto a los soviéticos y más tarde en contra. Los partidos comunistas occidentales también se sintieron seriamente afectados. A principios del 56 el PCI propuso una *nueva estrategia* para definir los pasos concretos de su *vía italiana hacia el socialismo*. En abril de 1956 el PCE derroca a su líder stalinista, Uribe, y cambia radicalmente su concepción de las alianzas; ahora se hablaba de *reconciliación nacional* con la meta específica de superar las viejas barreras de la guerra. El PCF, por el contrario, trató de quitarle importancia al cambio radical de Moscú y de preservar su identidad stalinista. (Hasta 1977 el PCF no admitió la existencia del discurso secreto de Jruschov.)

Menos conocida, pero no menos interesante, fue la reacción del PC del Japón, no demasiado fuerte al principio por temor a que Jruschov no atendiese sus demandas: los japoneses habían pedido la condena de Stalin porque en 1950 él personalmente había presionado al PCJ para llevar a cabo un desastroso intento de revolución violenta. El PCJ optó por una confrontación en abril de 1956, debido al debilitamiento de la autoridad soviética por el XX Congreso; apareció la ocasión de sacar a colación la cuestión territorial; el PCJ demandaba las cuatro islas Kuriles del sur, anexionadas por la URSS en 1945. Tales conflictos entre intereses nacionales se expresaron mediante debates ideológicos y más tarde produjeron violentos choques entre Moscú y Pekín.

Innovaciones conceptuales sobre la cooperación entre PC

Muchos PC, especialmente aquellos que no tenían nada que decir en sus países y que estaban fuertemente atados a una reglamentación centralista, se sintieron muy escépticos en cuanto a las nuevas tesis para reorganizar el sistema de PC y más aún desde que esto significó un debilitamiento de la autoridad soviética. Incluso un partido influyente como el PCF permaneció al lado de aquellas fuerzas partidarias de la centralización. Sus polémicas contra el policentrismo propuesto por Togliatti, por ejemplo, fueron indirectamente dirigidas contra Jruschov.

No deberíamos olvidar, sin embargo, que, con el estímulo del XX Congreso del país, un buen número de PC presentaron innovaciones conceptuales, produciéndose algunas veces convergencias de ideas entre los diferentes PC. Voy a dar tres ejemplos:

Desde el punto de vista de los chinos, yugoslavos e italianos, cada partido tenía el derecho de enfrentarse a sus propias contradicciones internas, sin ninguna interferencia exterior. En otras palabras, ellos tenían derecho, por ejemplo, a sustituir sus líderes stalinistas y a acometer reformas radicales. El PC chino promovió en aquel tiempo una amplia discusión sobre *los orígenes de las contradicciones en el seno del pueblo*. En este sentido, el PC chino constituyó el apoyo de los reformistas en Varsovia y durante un largo tiempo también de los de Budapest. Por aquellos días estos tres PC parecían estar deseando aceptar al PCUS como líder de los PC y como el más importante para el proceso de la revolución mundial, pero bajo la condición de que los soviéticos respetasen su autonomía y que ellos mismos se pusieran a la cabeza de cambios y reformas. Los tres, obviamente, pensaban que la URSS era superior a Occidente en el campo de la economía, la ciencia y la tecnología.

Otro ejemplo: al inicio del XX Congreso del país surgió otra tesis bas-

tante revolucionaria, lanzada en principio por los yugoslavos pero ampliamente desarrollada por los italianos: la evolución hacia el socialismo no es monopolio de los PC, podría también ser realizada por fuerzas y movimientos que no proceden de la III Internacional. Esta idea referida sobre todo a la social-democracia internacional, incluiría a los movimientos del Tercer Mundo. Podría resultar extraño en aquel tiempo que los comunistas no discutiesen esta afirmación a pesar de que abría nuevas perspectivas.

El último ejemplo: en una notable intervención, Togliatti propuso reorganizar el sistema de PC en un sentido policéntrico. Lo que parecía tener en la mente era la intención de unir a los PC para formar grupos regionales y para tratar de encontrar métodos de lucha en concordancia con su situación específica. Su concepto fracasó, no sólo a causa del centralismo dogmático francés, sino que incluso autonomistas como los polacos se opusieron sospechando que podía así crearse un nuevo Comintern.

Todas estas diversas reacciones al XX Congreso nos muestran que el movimiento comunista no podía por más tiempo mantenerse unido. Jruschov liberó al movimiento de dogmas anticuados para integrarlo en su plan de ofensiva estratégica hacia Occidente. Pero fracasó en su intento de reunir de nuevo a los PC en una línea común. Como guía de una política activa común perdió su fuerza dando paso a la necesidad de salvaguardar los intereses nacionales de cada país. A este respecto Jruschov debe ser visto como una figura transitoria más que como el creador de proyectos y estructuras.



En torno al XX Congreso

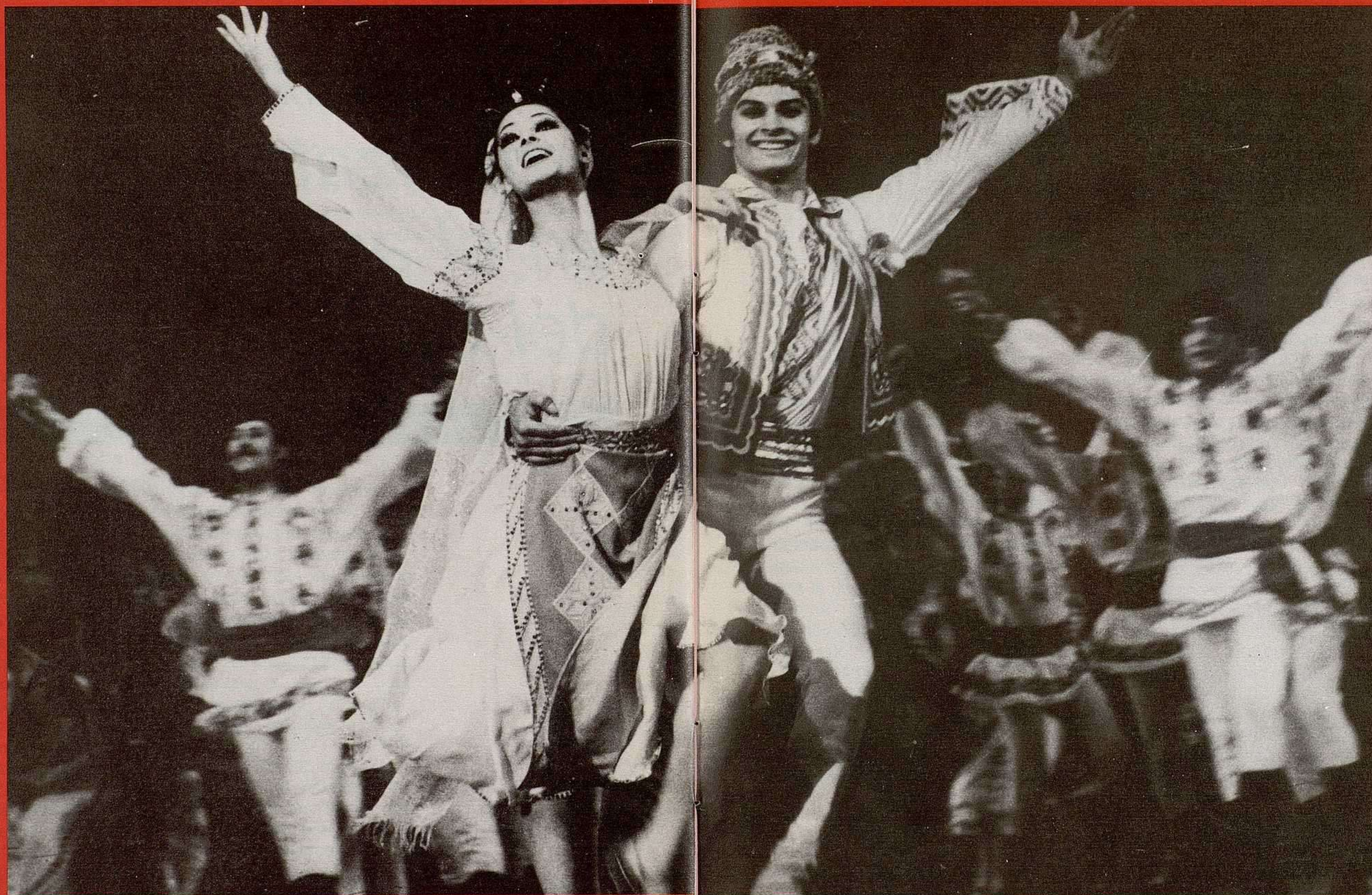
La política organizativa en el aparato del PCUS

Silvio Pons

e

El documento de mayor importancia en el XX Congreso es sin duda el informe oficial presentado por Jruschov. En la parte dedicada al trabajo organizativo de partido explicó que lo verdaderamente importante era efectuar un «cambio» respecto a los problemas de la dirección de la economía. Aludiendo al período estalinista dijo que en el pasado los cuadros habían sido muy poco educados en la responsabilidad hacia los problemas prácticos. E insistió en negar la existencia de un *puro* trabajo de partido, en contraposición al trabajo productivo. Acuñó un eslogan implícitamente destinado a substituir el de la *asimilación de la técnica*: lo que a partir de aquel momento los cuadros debían asimilar era *el arte de la organización práctica de las cosas*. Entre las consecuencias más concretas de este principio, defendidas con toda energía, destaca una decidida versión del criterio de valorar la obra de los dirigentes a través de los resultados de los sectores económicos bajo su mando, en polémica con quienes eran más partidarios de mantener la conciencia política como fuente de responsabilidad. Preciso igualmente que el *perfeccionamiento* del aparato se refería tanto al periférico como al central. En resumen: Jruschov pidió al partido que aumentara su contribución al funcionamiento y desarrollo de la economía soviética.

En cuanto a las formas en que podría llevarse a la práctica el propósito de incrementar la adhesión del aparato al sistema económico, el informe precisó de forma muy concreta que el primero no hubiera debido ceder a la tentación y a la práctica de la *sustitución* (*podmena*) de los órganos estatales. En estos términos se refería a un problema crónico, el de la superposición de los aparatos, oficialmente condenado desde los años treinta, pero que la herencia del sistema estalinista había dejado sin resolver. El significado de su crítica había oscilado frecuentemente, de un modo ambiguo, entre la exhortación a un riguroso distanciamiento del partido con respecto al Estado y la advertencia ritual contra la permanente confusión burocrática. En el matiz que Jruschov quiso darle, la expresión parece una forma de invitar a la burocracia del partido a diferenciarse de las demás, dado que las tareas marcadas desde arriba podían contribuir a poner en peligro esta distinción. Para Jruschov seguían siendo inamovibles los axiomas, que



se remontaban a 1937, de la indivisibilidad entre la política y la economía y de la dependencia entre los éxitos económicos y el trabajo político del partido. Pero su interpretación concebía como una necesidad la exigencia de una intervención directa del partido como mecanismo de unión concreto entre ambas esferas.

Contra la rigidez

Esto no significa que concibiera el aparato y la organización de partido sólo como un canal pasivo de la política económica del Gobierno. Su informe no defendió la imagen de un disciplinado partido *de gobierno*, sometido a la férrea ejecución de las órdenes e ideológicamente dedicado a este único fin, como había hecho el informe de Malenkov en el XIX Congreso. Jruschov pone el énfasis más en la iniciativa y en el nexo con al «vida» que en la disciplina estatal, y más en la idea del partido como promotor ac-

tivo del desarrollo productivo que como copia del Estado. Esta peculiaridad no puede dejar de ser considerada como aspecto y anticipación del dinamismo que en los años siguientes iba a caracterizar la política jruschoviana, incluso en lo que se refiere a la organización de partido.

La línea organizativa dedicada a integrar la línea política de «*restauración de las normas leninistas*» en el partido se fundamentó en una aproximación de todo el aparato a la producción. Inmediatamente después del Congreso las orientaciones oficiales se afirmaron en una posición según la cual, al mismo tiempo que se rechazaba toda «*postura anárquica*» sobre el problema de la dirección (*rukovodstvo*) de partido, surgido de las agitados aguas que siguieron al congreso, era preciso reconocer que la pregonada necesidad de un reforzamiento del aparato entrañaba para éste un cambio moderado. El propósito de llevar a cabo una reducción de los miembros del aparato, manifestado tanto a nivel regional como de república, habría producido ya un cambio de estilo, privilegiando tanto la cualificación de los cuadros como sus contactos con la base. Incluso después de la rí-

gida delimitación de márgenes de la denuncia antiestalinista, llevada a cabo en las deliberaciones de junio de 1956, se siguió insistiendo en estos conceptos y en las diferencias entre el estilo administrativo y la naturaleza misma del partido.

Entre las medidas adoptadas, dos al menos afectaron de modo directo a las estructuras organizativas, que hasta entonces no se diferenciaban demasiado de las existentes en el último estalinismo. En primer lugar se liquidaron las secciones políticas (*politotdely*) de los transportes, último residuo de estructuras encuadradas verticalmente en la organización estatal y paralelas a los aparatos territoriales del partido. Poco después, en todas las empresas estatales y en otras organizaciones fue abolido el cargo de *partorg* del CC, figura de dirigente nombrado desde arriba en detrimento del principio de electividad, utilizado profusamente en el sistema estalinista. Desaparecieron de la escena los procedimientos excepcionales que en muchos casos se habían convertido en una auténtica norma de intervención. Se consiguió así una suavización de la rigidez de la cadena de mando controlada desde el centro, con el consiguiente incremento del papel del aparato local. A juzgar por el deseo puesto de manifiesto en el Congreso esta racionalización organizativa hubiera debido traducirse en una activación de la base del partido. El nuevo curso político se vio confirmado por una apertura del sistema de afiliación, que invirtió el sentido excesivamente restrictivo seguido hasta 1954, de acuerdo con las decisiones del XIX Congreso. Obreros y miembros del koljós fueron llamados a ingresar en el partido para dar cuerpo a un crecimiento, moderado pero fundamental, de las organizaciones de base, crecimiento que se realizó en los años sucesivos. También desde esta perspectiva la relación con la producción constituía, en opinión de la dirección central, una premisa de los nexos sociales del partido.

El cambio de política organizativa que tuvo lugar en 1956 trataba así de conjugar, sin considerarlos elementos contradictorios, la eficacia y el activismo como antídotos de similar poder frente a la burocratización. En este contexto se enmarcaba un proceso de atenuación de la centralización burocrática del aparato, alimentada inicialmente, en los niveles territoriales inferiores, con la reducción de la *nomenklatura* sometida a los comités regionales. Jruschov puso especial énfasis en este proceso con motivo de la reforma del sistema de gestión de la industria, realizada en febrero de 1957. La expectativa oficial era que los organismos locales del partido se beneficiaran de la descentralización sobre una base regional, acrecentando la propia influencia y participación en la ejecución de los planes industriales.

Modernizar las estructuras

En un plazo breve la liquidación del *grupo antipartido* hubiera allanado definitivamente a Jruschov el camino de la instancia de la iniciativa económica y de la restauración de la autoridad formal del partido. No me parece, sin embargo, que la literatura occidental haya subrayado con suficiente fuerza los cambios de método que sustentaron tal evolución. En su momento se insistió en la constante preocupación de Jruschov por restablecer un clima de «*confianza*» entre las masas y el régimen, como rasgo distintivo de su peculiar aproximación al problema de la *participación política*. La liberación de los grupos sociales y de los burocráticos de la pesadilla del terror fue la condición fundamental de este objetivo.

En lo que se refiere al papel y el estilo del partido cabe quizá hacer alguna matización sobre estos elementos básicos. El aspecto sobre el que conviene llamar la atención es que tras 1956 se apuntaba la hipótesis de que el partido, coordinador de la actividad del Gobierno, firme y tenaz agente del desarrollo económico, no tenía por qué ser necesariamente un partido militarizado y drásticamente elitista, como el sistema estalinista había defendido continuamente, a excepción del paréntesis de la guerra, desde que terminó el primer plan quinquenal. El planteamiento de esta perspectiva rompía uno de los círculos viciosos propios de la política interna del estalinismo.

El método para terminar con la esclerotización que se había manifesta-

do en los últimos años de la autocracia y para revitalizar el partido era el de su penetración en los sectores de producción.

Es conveniente en este momento centrarse con mayor atención en la estructura del aparato de partido. El aspecto fundamental es que el principio organizativo en que se basaba todo el aparato organizativo es el mismo que existía en los últimos años de la era estalinista, y que se definía como *productivo-sectorial*. De acuerdo con dicho principio las secciones de trabajo del CC, e igualmente las de los comités inferiores sin variaciones significativas hasta nivel de distrito, eran concebidas de acuerdo con un criterio de dirección de las organizaciones inferiores rigurosamente departamental que reproducía la estructura de la administración estatal. Una gran parte del aparato orientaba su propia actividad hacia abajo, en sentido vertical, dentro de espacios delimitados por las diferentes ramas de la economía y de la cultura: casi todas las secciones eran de este modo *globales*, en el sentido de que reunían en su interior todos los servicios necesarios; solamente eran ajenas a estas características las secciones para la propaganda e instrucción del partido. Este sistema organizativo de tipo «*ministerial*» estaba muy lejos de haber presentado siempre, en el pasado, las mismas características; es sabido que la organización había conocido modelos dependientes menos rígidamente de los sectores económicos y más orientados hacia la función del partido. Sin embargo, éste fue el modelo dominante en la política organizativa del estalinismo y el que había surgido tras las tensiones de la reconversión posbélica; restaurado plenamente en 1948 bajo el sello de Malenkov, victorioso sobre la facción contraria de Zhdanov, el sistema «*ministerial*» no fue ajeno a modificaciones internas, en respuesta a la «*inestabilidad*» organizativa del aparato. Pero no tenemos datos de que fuera puesto en discusión como tal. No puede decirse que representara un legado carente de implicaciones: su origen histórico era el de una adecuación al principio *territorial-productivo*, fijado en 1931 para los organismos locales, y en muchos aspectos resulta el instrumento organizativo que más coherentemente reflejaba la predominante inspiración tecnicista y modernizadora de la tradición estalinista. Es comprensible, por tanto, que la vocación de eficacia manifestada a nivel organizativo a partir de 1954 tratara de mejorar las estructuras departamentales sectoriales, con plena fidelidad al principio que las plasmaba. El sistema «*ministerial*» parecía ofrecer suficientes garantías para una política de cuadros destinada a la especialización y al aprendizaje técnico. En este sentido, tenía que resultar necesariamente la más adecuada forma organizativa elegida por el partido para llevar a cabo su propio control de la economía del Estado.

La supresión de los ministerios industriales que tuvo lugar en 1957 no produjo cambios sustanciales en el aparato de partido: se esperaba sólo un debilitamiento y disminución del número de las secciones industriales del CC. En los comités regionales y de república sucedía un proceso análogo, tuvo lugar una descentralización del sistema de nombramientos a favor de los segundos. Este proceso, sin embargo, se vio contrapesado por una decisión centralizadora, que impedía modificaciones organizativas en las provincias sin la autorización previa de la secretaría del CC.

La burocracia había experimentado una importante reducción y se calculaba que el número de funcionarios era muy inferior al de la primera guerra mundial, a su vez probablemente más bajo que el nivel alcanzado en 1953. Esta reducción organizativa corresponde a cambios muy concretos en la praxis seguida por las secciones de trabajo del aparato central, que no estaban ya destinadas a dar directrices y tenían la obligación de enviar sistemáticamente a sus propios cuadros a las provincias. Tales ajustes tenían como presupuesto el continuar bajo los criterios dictados por el principio *productivo-sectorial*, del que la organización del PCUS bajo Jruschov se consideraba heredero e intérprete.

A partir de 1957 puede detectarse una sensible suavización de la rigidez propia del aparato. Su principal hito lo marcó sin duda el desastre de septiembre de 1958, dirigido a suavizar el centralismo y a ampliar los derechos de los comités territoriales del partido. De un modo especial se con-

cedió a los de la república la posibilidad, antes negada, de introducir cambios en las estructuras ciudadanas y de distrito y a los comités regionales la de utilizar instructores y organizadores de fuera, no incluidos en su propio aparato. En lo que se refiere a los niveles territoriales inferiores, el proceso de reducción de los aparatos había llevado a discutir la propuesta de abolir todas las comisiones de trabajo, acusadas de originar peligrosas divisiones en compartimentos estancos dentro de la dirección de las organizaciones primarias. La abolición de los grupos de instructores de MTS* y la decisión de establecer un número máximo de funcionarios produjo un cambio significativo dentro del *rajkom* rural. Esta reorganización, que precedió en poco a la disolución de las MTS, anulaba de hecho los procedimientos extraordinarios aplicados por las organizaciones del partido en las campañas de 1953.

Pero la medida más original fue la de situar junto a los cuadros a simples activistas con funciones paralelas: demuestra la intención de introducir un evidente elemento de fluidez organizativa. Aunque puedan manifestarse dudas sobre la eficacia real de su aplicación, no puede negarse que el sentido mismo del procedimiento anunciaba un replanteamiento del status de las burocracias locales. Y parece enmarcarse dentro de una línea *antiburocrática*, que no pretendía exclusivamente una ideología de la eficacia o que al menos consideraba el estímulo de la movilización participativa como un ingrediente de la eficacia del Gobierno. La adopción de esta orientación resulta clave para la comprensión de toda la política jruschoviana de años posteriores.

Racionalidad e iniciativa de la base

Entre 1959 y 1961 fueron sobre todo las organizaciones primarias las que ocuparon un lugar central en la política organizativa del partido. También ellas habían experimentado una reducción de los miembros del aparato y una desburocratización. Se había dado el pretexto de que había que respetar la norma estatutaria, ampliamente violada en la posguerra, sobre todo en las regiones occidentales, según la cual los secretarios de las organizaciones con menos de cien miembros, salvo algunas excepciones, no debían ser funcionarios a pleno tiempo y no debían ser retirados de sus tareas productivas. De este modo se impuso un replanteamiento cuantitativo de la capa inferior de la burocracia de partido, la integrada por los secretarios de célula, con la esperanza de que ello sirviera para anclar más sólidamente las organizaciones a los lugares de producción. En la atmósfera del XXI Congreso, convocado con un orden del día exclusivamente económico, las responsabilidades del partido en la producción y en la introducción de la técnica recibieron una nueva afirmación. Fueron reforzadas por el *Plenum* de junio de 1959 con una referencia específica a las funciones de *control* que habían de ejercer sobre el aparato de los órganos económicos. En las organizaciones primarias se formaron comisiones especiales *para la realización del derecho de control* previsto por el Estatuto y característico de la autoridad formal del partido, con la observación de que no se trataba de organismos *paralelos* y con un especial énfasis en la naturaleza *social* de dicha función. El *Plenum* de julio de 1960 significó una ocasión posterior para reforzar las responsabilidades concretas del partido en la industria. Siguieron manteniéndose como puntos clave las perspectivas de cualificación económica de los cuadros, instrumento de control y de prevención de las tensiones con el aparato estatal, y de su aproximación a los lugares de producción, consideradas novedades esenciales del trabajo de partido.

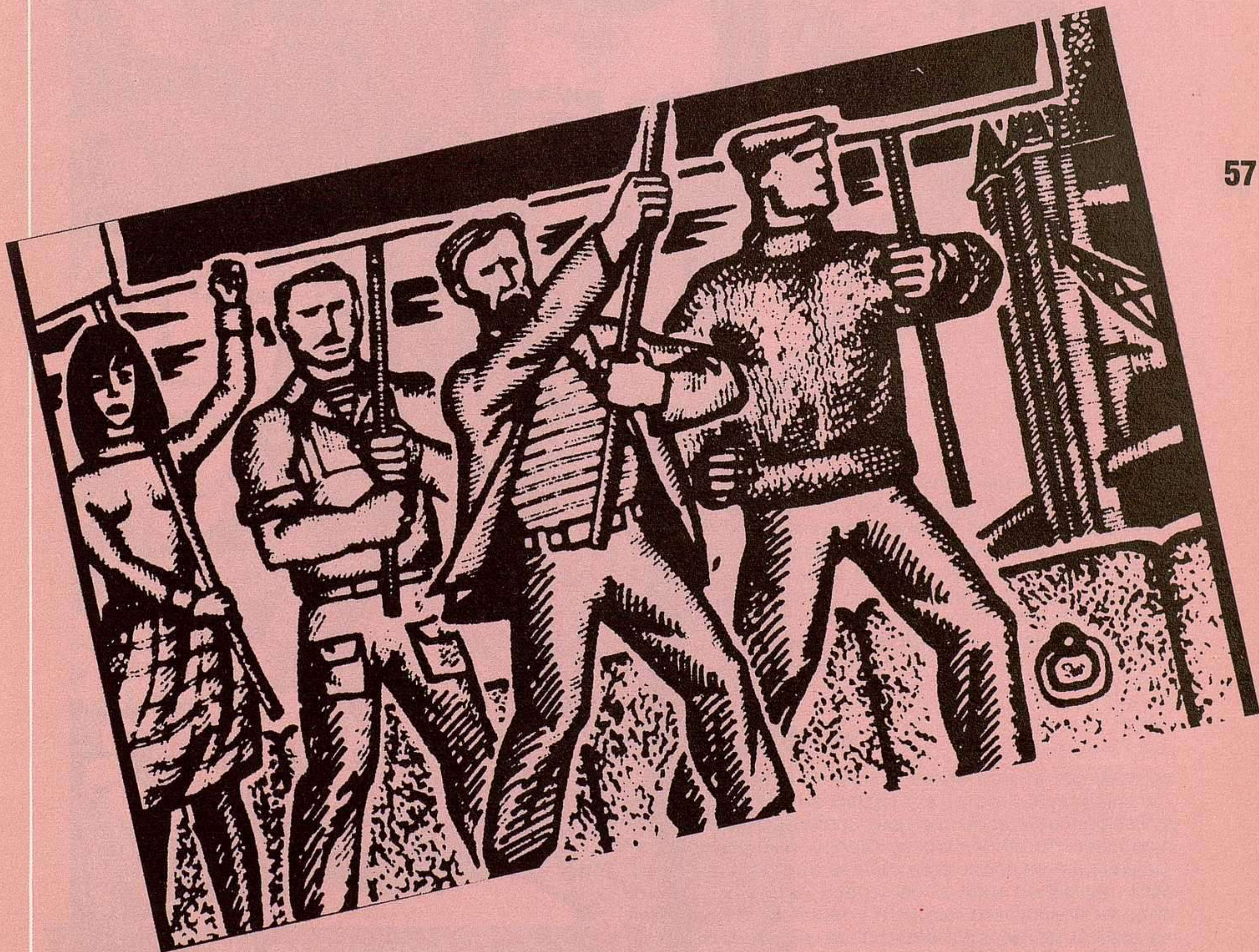
Analizando el XX Congreso y las fases más agitadas de la política organizativa jruschoviana nos encontramos con que su orientación está definida como un intento de mantener unidas simultáneamente la aplicación de una racionalidad eficiente y la exigencia de promover iniciativas de la base. Esto último ha sido considerado como una expresión del carácter populista

de Jruschov; su aplicación hubiera significado una tendencia a la expansión de los límites de la comunidad política y un ataque paralelo a la autonomía de las burocracias. El primero de ambos aspectos y el contexto del segundo diferencian claramente el planteamiento jruschoviano de la política de masas de la era estalinista.

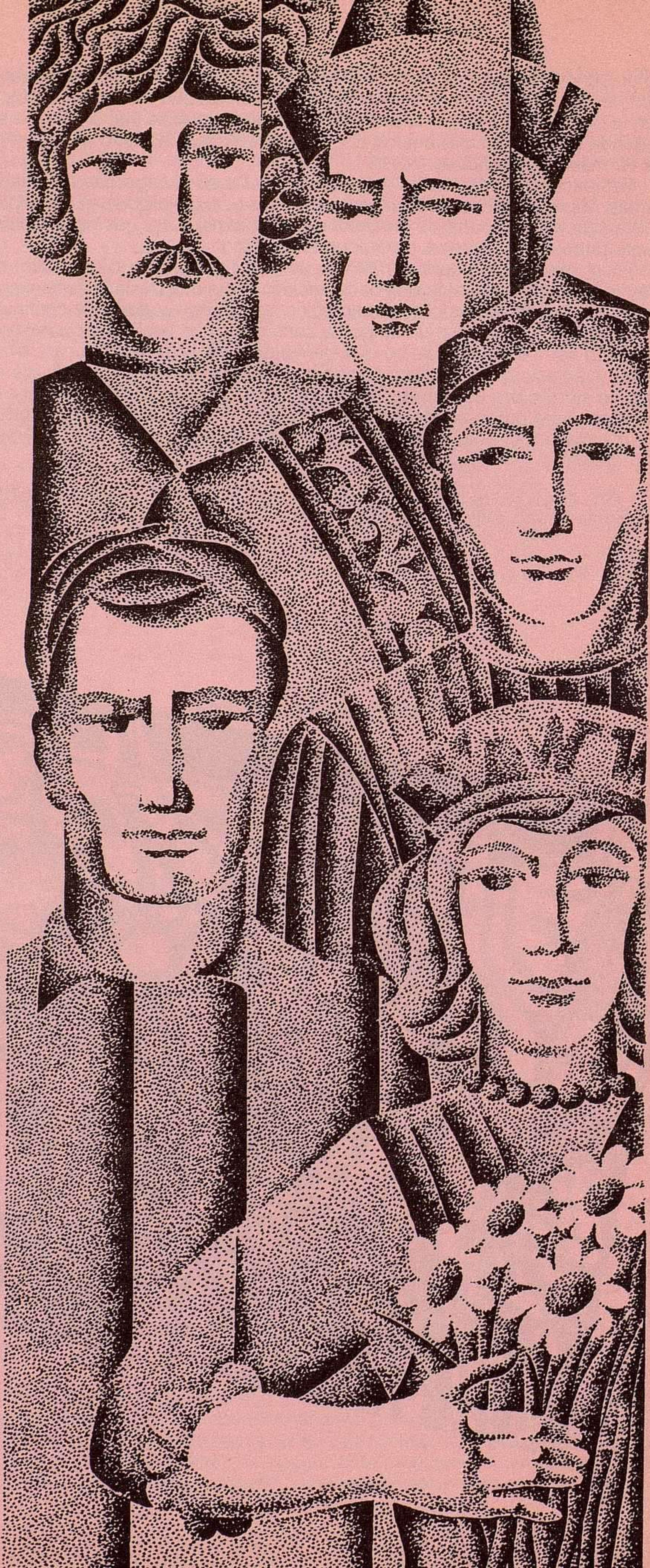
Tan peculiar combinación de factores estaba en el origen de una mentalidad impregnada de posibilismo organizativo, cuya propiedad principal había sido liquidar parte de las rígidas incompatibilidades que hasta ahora había padecido el sistema de gobierno soviético.

En el clima que siguió a 1956, la política organizativa del partido se orientó hacia una mayor flexibilidad e incluso hacia una destacada confianza en las propias estructuras de dirección; así parece sugerirlo la continua insistencia en que el aparato no podía contar sólo con sus fuerzas y en que debieran ser los resultados los que permitieran verificar y discutir las diferentes hipótesis organizativas. Puede incluso, plantearse la cuestión de si esto no significaba un debilitamiento del nexo mecánico creado por el estalinismo entre organización y política y, con ello, la posibilidad de introducir una distinción, antes sumamente confusa, entre el partido y su aparato burocrático.

* MTS: Estaciones de Máquinas y Tractores; organizaciones estatales que facilitaban maquinaria agrícola a los Koljoses mediante pago.



Dossier





Literatura, ideología y realismo

Adolfo Sánchez Vázquez

● Nos proponemos abordar algunas cuestiones relativas a las relaciones entre ideología y literatura. Nuestra atención se concentrará en la forma contradictoria que, a veces, adoptan estas relaciones cuando se trata de ideología y literatura realista. Con este motivo, nos detendremos especialmente en la contradicción que Engels advierte en las novelas de Balzac entre la ideología del autor y lo que ofrecen sus obras realistas.

Obra e ideología

En cuanto que en los juicios de Engels esa relación involucra al autor, a Balzac y a su obra (sus textos novelescos), necesitamos precisar en qué sentido utiliza Engels el término «ideas» (o el conjunto de ellas como ideología) y en qué sentido esas ideas se manifiestan, encarnan o toman cuerpo en la obra de Balzac. Esto nos obliga a deslindar y distribuir previamente el campo de la ideología, así como a caracterizar la obra en la que se da, como un aspecto de ella, cierta ideología.

Por lo que se refiere a la ideología, distinguiremos cuatro sentidos del término, a saber: ideología general, ideología estética o literaria, ideología del autor e ideología de la obra. Veamos, pues, lo que entendemos por ideología en cada uno de estos casos.

1) *Ideología general*. Nos atenemos aquí a la definición que hemos dado en otro lugar:

«La ideología es: a) un conjunto de ideas acerca del mundo y la sociedad que: b) responde a intereses, aspiraciones e ideales de una clase social en un contexto social dado y que: c) guía y justifica un comportamiento práctico de los hombres acorde con esos intereses, aspiraciones e ideales.»

(«La ideología de la "neutralidad ideológica" en las ciencias sociales.»)

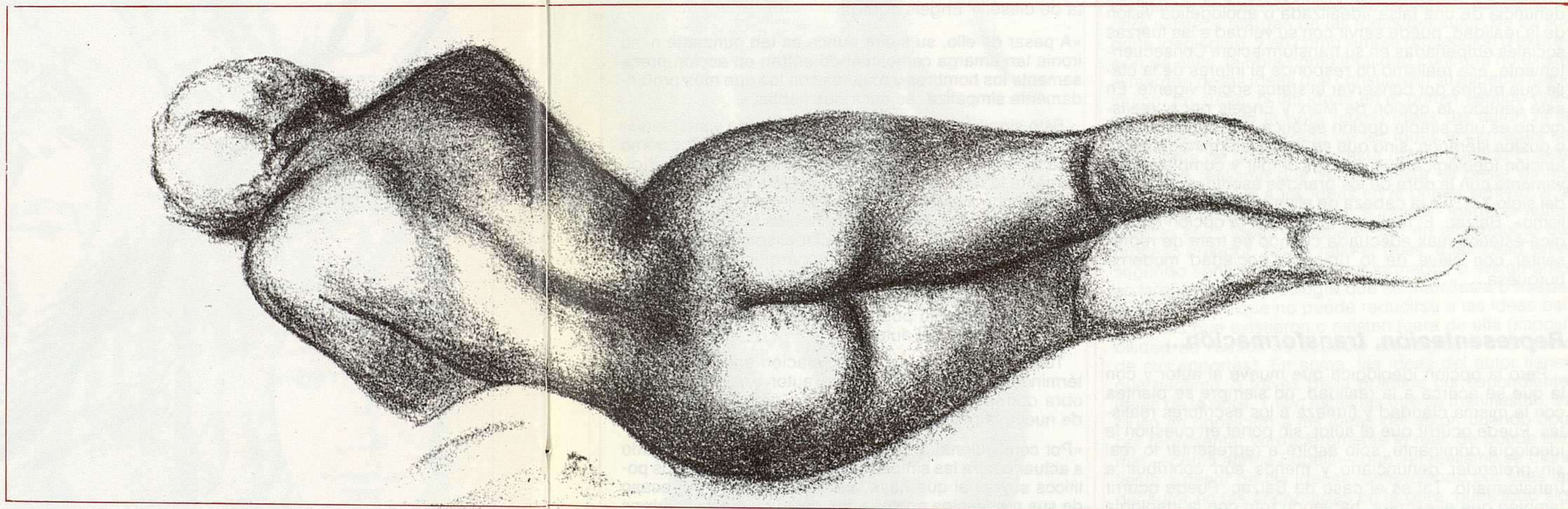
En la sociedad dividida en clases se dan ideologías diversas u opuestas, aunque siempre domina la ideología de la clase que domina materialmente, como dicen Marx y Engels en *La ideología alemana*. Con este significado suele hablarse de ideología feudal, burguesa o proletaria, así como de ideologías aristocrática, conservadora, revolucionaria, pequeño-burguesa o campesina.

2) *Ideología estética*. Región particular dentro de la ideología general; comprende el conjunto de ideas, valores o creencias con respecto al comportamiento estético o artístico de los hombres. De la ideología estética forman parte los principios y valores, normas y convenciones que, en una sociedad dada, guían tanto la producción o creación estética como su recepción o consumo; de la ideología estética forman parte asimismo los argumentos que se aportan, ya sea espontánea o reflexivamente, para defender o justificar esos principios, valores o convenciones. La ideología estética viene a ser el «credo» dominante entre creadores y público por lo que toca a la experiencia estética o al arte en una época dada. Ese «credo» entraña ciertas ideas o creencias acerca de lo que es el arte, la estructura de la obra artística, las relaciones entre el arte y la moral, entre el arte y la política, o entre el arte y la técnica; comprende igualmente las ideas acerca de la función del arte y del artista en la sociedad, sobre la libertad de creación y expresión, etcétera. Los artistas al producir sus obras o el público al recibirlas se guían por determinada ideología estética: romántica, realista o vanguardista; occidental, euro-céntrica o tercermundista. Las ideologías estéticas se suceden históricamente y algunas sobreviven en el público cuando en el terreno de la creación han perdido ya su vitalidad y fecundidad. Gran parte del público actual se guía por ideologías estéticas ya caducas para los creadores (clasicistas, romántica, modernista, etcétera).

3) *Ideología del autor*. Es el modo como el artista asume o vive personalmente la ideología general o cierta ideología estética. Es la ideología tal como la asume el autor, antes o al margen de su actividad creadora, e independientemente de cómo esa ideología se manifieste en sus obras; es decir, independientemente de como sus ideas, emociones o vivencias se plasmen, ya formadas o materializadas, en el producto artístico.

Y, finalmente, 4) *Ideología de la obra*. Es la ideología tal como se presenta objetivada o formada en la obra constituyendo su aspecto significativo o ideológico. Al examinar las relaciones entre ideología y realismo en las novelas de Balzac de acuerdo con los juicios de Engels, necesitamos operar con cierto concepto de

obra artística o literaria. La obra de arte es para nosotros una totalidad concreta o sistema de relaciones internas y externas. Esta totalidad puede ser considerada bajo el prisma de diversos aspectos: formal, material y significativo. Cada aspecto involucra forzosamente a los otros, razón por la cual no puede hablarse de la unidad de aspectos, factores o elementos que existieran antes o al margen de la obra, o que —una vez integrados en ella— pudieran concebirse separadamente. La obra artística no es un compuesto de elementos estéticos y extraestéticos ni tampoco una conjunción de elementos (materia, contenido y forma) que adquieren y mantienen internamente su esteticidad en virtud de su simple combinación. Si cada elemento o aspecto involucra forzosamente a los otros (ciertamente, sólo existe el contenido o aspecto significativo en la materia formada, o sea, en la obra como totalidad), no cabe hablar



de aspectos diversos que se integran en la obra, sino de aspectos que *en la obra, en la totalidad*, siendo lo que son, son a la vez e indisolublemente los otros.

La distinción de aspectos o elementos en la totalidad puede hacerse reflexivamente con fines de análisis. Sólo en esta actitud teórica puede considerarse ese todo concreto bajo un determinado aspecto —sensible, formal o significativo— que pasa al primer plano, pero conscientes de que se trata de un aspecto que —incluso como objeto de análisis— remite necesariamente a los otros.

El todo y las partes

Los diferentes aspectos de la obra sólo se dan en ella como totalidad y, por esto, no pueden ser confundidos con los elementos que están fuera de la misma, aunque se encuentren con estos últimos en cierta relación. A estos elementos extra artísticos que, como tales, no for-

man parte intrínseca de la totalidad concreta que es la obra, los llamaremos *soportes*. Y, en este sentido, hablamos de soportes material o sensible, formal o estructural y significativo o ideológico. En el soporte ideológico incluimos tanto las ideas y valores dominantes en una sociedad dada como las vivencias de los artistas o modo personal de asumir esas ideas y valores (la ideología general o la ideología particular estética).

El soporte —cualquiera que sea— existe fuera de la obra o preexiste a ella. Así, por ejemplo, la ideología patriarcal campesina rusa preexiste a la obra de Tolstoy en la que se encarna. Y lo mismo cabe decir de la ideología socialista, revolucionaria con respecto a la novela de José Revueltas. En ambos casos, la obra se relaciona con una ideología preexistente, es soportada por ella, pero como realidad estética o literaria la ideología sólo existe en cuanto que se forma o materializa en la obra.

Engels se ha ocupado de las relaciones entre ideología y realismo en sendas cartas a Minna Kautsky (del 26 de noviembre de 1885) y a Margaret Harkness (de abril de 1888) con motivo de las novelas que ellas, como autoras, le envían. En esas cartas Engels, aborda el problema de las relaciones entre ideología y literatura. No se trata de un planteamiento abstracto, sino del problema concreto de las relaciones entre la ideología estética que guía cierta práctica literaria (el realismo) y unas obras determinadas —las novelas de las autoras citadas— que pretenden ser realistas. Pero Engels parte de cierta concepción del realismo que él define así:

Realismo e ideología

«El realismo supone, además de la exactitud de los detalles, la representación exacta de los caracteres típicos en circunstancias típicas.»

El error de todo contenidismo es confundir el contenido o aspecto ideológico de la obra con el soporte ideológico preexistente o exterior a ella, aunque el producto artístico como tal para surgir necesite ser soportado. Pero en definitiva este producto sólo se sostiene como obra artística o literaria cuando sus soportes han quedado transformados de tal manera que la obra ya existente, como totalidad, se soporta a sí misma.

Partiendo de la división de la ideología que hemos expuesto y teniendo presente asimismo la distinción que hemos establecido entre soportes externos y aspectos internos de la obra, veamos ahora cómo se relacionan la ideología general, de clase y una ideología estética en particular como el realismo con la ideología del autor y de la obra. Veamos todo esto en el examen que llevan a cabo Marx y Engels, y especialmente Engels, de la novelística de Balzac. Aunque uno y otro no hacen explícitamente las distinciones anteriores, podemos hallarlas implícitamente o supuestas en los textos suyos que hacen referencia a Balzac.

Como vemos, la clave del realismo es aquí la tipicidad. Con base en ella, Engels reprocha a Miss Harkness que si bien en su novela *Mister Grant* los caracteres son suficientemente típicos no lo son las circunstancias. La tipicidad en el doble sentido apuntado es que Engels encuentra en Balzac al que llama por ello «maestro del realismo». Pero, ¿en qué consiste esa clave del realismo? En su carta a Minna Kautsky y también con respecto a un texto concreto, su novela *Los viejos y los nuevos* y refiriéndose especialmente a sus descripciones de la vida de los mineros y campesinos, así como de la sociedad vienesa de su tiempo, Engels define la tipicidad como unidad orgánica de lo universal y lo singular.

«En estos dos campos —dice— yo encuentro la acostumbrada individualización de los caracteres; cada uno de ellos es un tipo, pero al mismo es también un individuo perfectamente determinado, un "hombre concreto..."»

No puede alcanzarse lo típico, por tanto, cuando el individuo se disuelve en lo universal, en la idea, cosa que Engels también reprocha a la novelista con respecto a

algunos de sus personajes. Tenemos, pues, que para Engels el realismo significa cierto modo de ver la realidad; justamente aquel que la reproduce con clave de lo típico. Ahora bien, esta reproducción es posible porque esa unidad de lo individual y lo universal se da efectivamente en los personajes y situaciones reales. Una obra será tanto más realista cuanto más logre esa unidad, o sea, la tipicidad.

El realismo (ciertamente el que tiene presente Engels es el gran realismo del siglo XIX) aparece, pues, como la ideología estético-literaria que permite al novelista representar verídicamente la realidad, es decir, lo que ésta ofrece de típico. Pero el realismo no sólo cumple esta función estética, ya que se halla determinado por la ideología general. Cumple también una función ideológica, de clase en virtud de su actitud hacia lo real, de su empeño en representarlo verídicamente en contraposición a su idealización o falsa representación. En verdad, por su valor cognoscitivo, por lo que tiene de denuncia de una falsa, idealizada o apologética visión de la realidad, puede servir con su verdad a las fuerzas sociales empeñadas en su transformación. Consecuentemente, ese realismo no responde al interés de la clase que pugna por conservar el *status* social vigente. En este sentido, la opción de Marx y Engels por el realismo no es una simple opción estética, o de preferencias o gustos literarios, sino que se halla determinada por la función ideológica que puede cumplir y cumple efectivamente con la obra de los grandes escritores realistas del siglo XIX, y a la cabeza de ellos el «maestro del realismo», Balzac. El realismo resulta así la opción ideológica-estética más adecuada cuando se trata de representar con clave de lo típico la sociedad moderna burguesa.

Representación, transformación...

Pero la opción ideológica que mueve al autor y con la que se acerca a la realidad, no siempre se plantea con la misma claridad y firmeza a los escritores realistas. Puede ocurrir que el autor, sin poner en cuestión la ideología dominante, sólo aspire a representar lo real sin pretender denunciarlo y menos aún contribuir a transformarlo. Tal es el caso de Balzac. Puede ocurrir también que el escritor, habiendo roto con la ideología dominante, aspire a representar la realidad de tal modo que, con ello, sirva a su transformación radical. Y, desde este punto de vista revolucionario, se acerca a lo real. Es el caso de un Gorky o de un Revueltas que ponen la literatura al servicio de la revolución. Pero puede suceder también que, instalado en esta ideología opuesta a la dominante, el escritor a la vez militante, o viceversa, la viva tan intensamente que sólo quede satisfecho si su punto de vista se vuelve omnipresente y omnivisible en su obra. Ahora bien, esta impaciencia ideológica que, en cierto modo, es la que Engels reprocha a Minna Kautsky, acaba por afectar negativamente a la representación misma de lo real. Es lo que ha sucedido con frecuencia en gran parte de los intentos contemporáneos de aliar literatura y revolución. En este caso, el realismo se ve frustrado no por su opción ideológica o por el carácter de las ideas, sino por la forma como éstas se han materializado en la obra. Pero volvamos a la cuestión anterior: ¿qué ideas, qué ideología encuentra Engels en los textos realistas de Balzac?

Recordemos tres sentidos del término «ideología» que ya señalamos: ideología general, ideología estético-

co-literaria e ideología del autor. Se trata de las ideologías que se dan fuera de la obra o preexisten a ella. Funcionan —de acuerdo con nuestra terminología— como soportes. Ahora bien ¿qué queda de estas ideologías y particularmente de la ideología general, de clase, en las obras respectivas?. O sea: ¿cuál es la relación entre este soporte y el aspecto significativo e ideológico de la obra? Pero, antes de responder, volvamos de nuevo a Engels:

«Balzac fue políticamente legitimista; su gran obra es una continua elegía a la inevitable ruina de la buena sociedad; todas sus simpatías están con la clase condenada al ocaso...» (Carta citada a Miss Harkness.)

Es decir, por su ideología política, Balzac es monárquico-legitimista y sus simpatías están del lado de la clase aristocrática «condenada al ocaso». Y, sin embargo, lo que encontramos en su representación de la realidad no corresponde a sus «simpatías» o puntos de vista de clase. Y Engels agrega:

«A pesar de ello, su sátira nunca es tan punzante ni su ironía tan amarga como cuando entran en acción precisamente los hombres y mujeres con los que más profundamente simpatiza, es decir, los nobles.»

Esto significa, por tanto, que el punto de vista ideológico de Balzac —la ideología general, de clase tal como él la asume y vive— es superado al representar verídicamente la realidad. Lo que equivale a decir: la ideología estético-literaria (el realismo) no lleva a Balzac a idealizar sino a representar los nobles no con simpatía, sino con mordacidad e ironía. El realismo no concuerda en este caso con la ideología monárquica del autor. De ahí la expresión enguelsiana: *a pesar de ello* que se reafirma con mayor precisión en la misma carta: «El realismo de que hablo puede manifestarse también a pesar de las ideas del autor».

Todo se juega, pues, en la relación entre estos dos términos: ideas (ideología) del autor y realismo de la obra con las ideas encarnadas en ella. Pero dejemos de nuevo la palabra a Engels.

«Por consiguiente, el que Balzac se haya visto obligado a actuar contra las simpatías de clase y los prejuicios políticos suyos; el que haya visto la necesidad del ocaso de sus predilectos nobles y los describa como hombres que no merecían una suerte mejor, y el que haya visto a los verdaderos hombres del futuro en el único sitio donde en aquella época se los podía encontrar: todo esto yo lo considero como uno de los mayores triunfos del realismo y como uno de los rasgos más grandiosos del viejo Balzac.»

El «triunfo del realismo» sobre sus «simpatías de clase» y «prejuicios políticos» podría interpretarse —y así se ha interpretado en más de una ocasión— de un modo simplista, en el sentido de que las ideas no tendrían nada que hacer aquí: una cosa serían las ideas del autor y otra, la obra realizada. El triunfo del realismo sobre las ideas significaría entonces el triunfo de lo irracional o inconsciente. Pero la contradicción señalada, aunque existe en los términos apuntados, no obliga a ignorar el papel que las ideas tienen aquí. Pero hay ideas e ideas. Hay las ideas del autor en el sentido que les da Engels como «simpatías de clase» y «prejuicios políticos». Semejantes ideas existen al margen o antes del proceso creador y de su obra: son las ideas monárquico-legitimistas de Balzac cuya existencia se conoce a través de diversas fuentes —entre ellas las confesiones



del autor— y hay las *ideas de la obra*, o sea, las ideas que forman un solo cuerpo con ella y de ella inseparables.

En el primer sentido son las ideas o la ideología tal como las vive y expresa el autor antes o fuera de la obra y con las cuales y desde las cuales se acerca a la realidad para idealizarla en unos casos o representarla en otros. Son las ideas que, por vividas y asumidas personalmente, están presentes en el proyecto creador inicial, lo que no quiere decir —como ocurre en el caso de Balzac— que se conserven forzosamente en su realización y en su producto.

El triunfo del realismo

En el segundo sentido no existen antes o al margen de la obra, pues, como subrayamos al comienzo, la obra constituye un todo concreto, insoluble. Y así como la obra existe al margen de las ideas del autor, de su soporte ideológico, y no como simple proyección o expresión de ellas, la obra como totalidad concreta no existe al margen de las ideas que constituyen su aspecto ideológico. En suma, ni las ideas en el primer sentido pueden extraerse de la obra (como ideas del autor) ni la obra puede ser separada de las ideas encarnadas en ella (ideas de la obra). Por esta razón, cuando Engels habla del realismo que se manifiesta «a pesar de las ideas», se refiere a las ideas en el primer sentido, a la ideología de la que —como soporte— parte el autor, aunque esas ideas desaparezcan en el producto del proceso creador. No se refiere, pues, a las ideas en el segundo sentido: como ideas formadas o encarnadas en la obra; como ideología que se manifiesta o trasparencia en ella y que no puede reducirse a las ideas balzarianas que existieron o existen fuera de ella (imposibilidad de reducir su aspecto ideológico o cualquiera de sus soportes). En suma, las ideas del autor tienen que hacerse, a través de la práctica correspondiente, ideas de la obra. Y son éstas las que se manifiestan, incluso en oposición a las ideas del autor, cuando opta por representar verdaderamente lo real. Se puede afirmar —como afirma Engels— que «el realismo se manifiesta a pesar de las ideas», entendiendo por ellas las del autor no las encarnadas en la obra, pues todo significaría el absurdo de que la obra es realista a pesar de sí misma.

Es, pues, la obra ante todo y no el autor —fuera de ella— quien debe hablar. Pero no siempre el autor acepta esta exigencia y quiere, por el contrario, asegurar a todo trance la manifestación de *sus* ideas, sacrificando incluso la obra. Es lo que sucede —como ya señalamos— cuando dominado por la impaciencia ideológica o por la preocupación de asegurar la presencia ostensible de las ideas en la obra, o mostrándose incapaz de integrarlas en el cuerpo de ella, es decir, de darles en él materia verbal la forma apropiada, el realismo deseado se sacrifica a la ideología del autor y la representación verdadera de lo real se trueca en esquematismo, alegoría o simple propaganda.

La verdad de la obra convertida en simple ilustración de una idea se disuelve entonces en la imperiosa subjetividad del autor. La ideología de la obra se reduce en este caso a la ideología del autor con el consiguiente perjuicio para su valor estético y cognoscitivo (o sea, realista).

Esto lleva al problema de la función ideológica de la literatura, de su tendencia, problema inseparable del que acabamos de examinar, el del modo de darse las ideas —la ideología— en la obra. La tesis enguelsiana concordante con todo lo anterior y que Marx comparte (en su carta a Freiligrath del 29 de febrero de 1860), afirma que la tendencia es inherente al arte y que, por tanto, todo arte es tendencioso. Esto vale no sólo para un arte realista o para el arte inspirado por una ideología revolucionaria, sino para el arte de todos los tiempos, pues la tendencia no es sino la presencia de la ideología, la toma de posición —encarnada en la obra— ante la realidad. Por ello dice Engels en la carta citada a Minna Kautsky:

«Yo no soy en absoluto contrario a la poesía de tendencia en cuanto tal. Esquilo, el padre de la tragedia, y Aristófanes, el padre de la comedia, fueron ambos poetas decididamente tendenciosos; no menos lo fueron Dante y Cervantes y lo mejor en *Cábala y amor* de Schiller es que constituye el primer drama político alemán de tendencia. Los rusos y los noruegos modernos, que nos dan novelas excelentes, son todos poetas tendenciosos.»

Literatura e ideas

Hay tendencia en cuanto que hay —y no puede dejar de haber— ideas así como actitudes, creencias, valores, sentimientos o deseos relacionados con esas ideas; en suma, en cuanto que hay ideología. Ahora bien, al caracterizar la tendencia a la que se refiere Engels habrá que tener presente nuestra distinción anterior entre ideas (generales o del autor) existentes antes o fuera de la obra e ideas encarnadas en ella.

La tendencia que Engels considera no sólo inherente al arte, sino propia de sus realizaciones más altas, es la que surge de la obra y está en ella misma, y no la tendencia que le es impuesta desde fuera, ya sea directamente por el autor o, a través de él, por las instituciones del aparato ideológico-estatal correspondientes. No es tampoco la tendencia que, por incapacidad creadora del autor para convertirla en aspecto indisoluble de la obra, se ha vuelto exterior a ella. Lo que Engels reprocha respectivamente a las dos novelistas de referencia no es que sus obras sean tendenciosas, sino el modo de serlo, en su caso de un modo exterior y, en el otro, demasiado ostentoso y visible. Ciertamente, dice Engels a Minna Kautsky:

«... La tendencia debe surgir de la situación y de la acción misma, sin que se haga explícitamente referencia a ella.»

Y a Miss Harkness le escribe a su vez:

«Cuanto más escondidas se mantienen las ideas del autor, tanto mejor para la obra de arte.»

El problema de la ideología, de la tendencia se aborda como vemos en ambos casos pasando por la distinción entre ideas del autor e ideas de la obra. Interesan las ideas de la obra; las del autor, cuanto más ocultas «tanto mejor». Así, pues, la tendencia debe surgir de la obra misma, no ser exterior a ella y, por consiguiente, no debe ser demasiado ostentosa y visible. ¿Por qué? Justamente porque su exterioridad y ostentación prueban que las ideas no son parte indisoluble de la obra; que no logran constituir su aspecto ideológico ya que, al no recibir la forma adecuada, se quedan en simples ideas del autor. Todo ello afecta al estatuto y al valor estético de la obra y, si se trata de una obra realista, a su valor cognoscitivo.

En suma, para Engels la ideología de la obra no se reduce a la del autor. Lo que le interesa es la ideología integrada en ella. La contradicción que advierte entre ideología y realismo en la nivelística de Balzac queda así situada en sus verdaderos términos: como contradicción de la obra con las ideas del autor y no con las ideas encarnadas, como aspecto inseparable, en ella. A pesar de las ideas del autor, la obra muestra sus propias ideas: las exigidas por la representación verídica de lo real. Sólo así puede hablarse, como habla Engels, del «triunfo del realismo» del viejo Balzac, un triunfo que lejos de excluir la ideología la convierte en aspecto intrínseco de esa totalidad concreta que es la obra.

El enfoque enguelsiano de las relaciones entre ideología y literatura realista que tiene por base una clara distinción entre ideología del autor e ideología de la obra, lo encontramos revalidado en el tratamiento a que somete Lenin la ideología tolstoyana en sus artículos sobre el gran novelista ruso. El examen de Lenin parte de las ideas encarnadas en la obra con su carácter contradictorio. No ve la obra de Tolstoy como una simple proyección de la ideología del autor, sino que concentra su atención en el aspecto ideológico que forma parte indisoluble de ella. Y como dirigente político revolucionario se detiene justamente en la naturaleza y función social de la ideología de la obra. Por ello hemos dicho en otro lugar:

«Las ideas de Tolstoy son contradictorias, pero por ser las ideas de un artista en su obra, se trata de ideas encarnadas, que han recibido una forma. Lenin, por tanto, no puede ignorar que cuando se habla de ideología tolstoyana no se refiere a una ideología en estado puro, al margen de la obra. Se trata de una ideología *formada* que, por consiguiente, sólo se manifiesta en la obra ya producida o creada.» («Literatura e ideología: Lenin ante Tolstoy»).

Por haber recibido esta forma artístico-literaria el status ideológico que pudieran haber tenido antes o al margen de ella, queda rebasado. Y subrayamos también en el texto citado: «Para él (Lenin) se trata siempre de una ideología en la obra, tal como existe en, y forma cuerpo con, la obra».

El autor y su obra

En rigor, a estas alturas, con base en los planteamientos de Engels, debiéramos eliminar el *en* y sustituirlo por el *de* (la obra), ya que la primera expresión (con «en») deja cierto resabio de exterioridad. Ciertamente, desde el momento que hablamos de la ideología de la obra, se trata de la que sólo existe con la obra y no al margen de ella. De acuerdo con esto, se muestran con toda claridad las palabras de Lenin: «Antes de este conde Tolstoy no había habido un auténtico *mujik* en la literatura». Por supuesto, había existido el *mujik* real con su ideología campesina, pero no el *mujik* y la ideología que sólo existen por el trabajo creador de Tolstoy. Y esto es lo que subraya Lenin en sus artículos. Existía la ideología tolstoyana —campesina patriarcal—, pero sólo con el trabajo literario de Tolstoy existe como ideología formada. Así, pues, Lenin no examina la ideología del autor, sino la ideología de la obra, o sea, la que surge en ella como resultado de un trabajo específico.

Finalmente, la contradicción que hemos examinado anteriormente se observa también —como hemos tratado de poner de manifiesto en otra ocasión— entre la ideología que proclama José Revueltas y la que se plas-

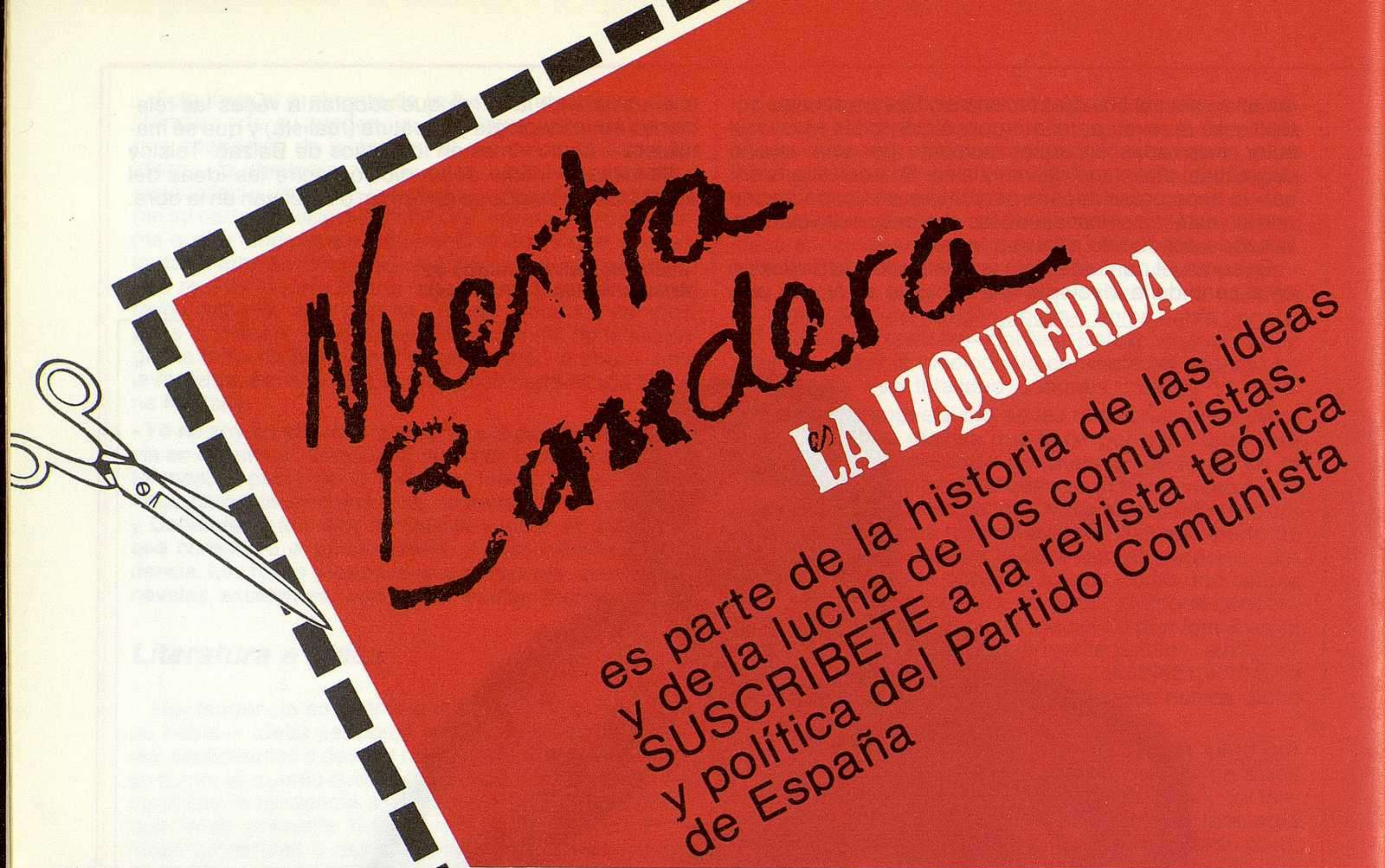
ma en su novela *Los días terrenales*. Sus personajes actúan y se mueven en ella en oposición a las ideas del autor, inspiradas en aquel momento por una versión dogmática, staliniana del marxismo. Su «estética terrenal» lo hace presentar sus personajes en contradicción con la «estética celestial» de los «héroes positivos» que le habría conducido a falsear lo real.

En suma, el punto de vista enguelsiano y la distinción en el seno de la ideología que subyace en él, nos per-

mite esclarecer la forma que adoptan a veces las relaciones entre ideología y literatura (realista) y que se manifiesta —como vimos en los casos de Balzac, Tolstoy y Revueltas— como contradicción entre las ideas del autor y las ideas que se encarnan u objetivan en la obra.

Ilustraciones: *Desnudos de Arístide Maillol (1861-1944).*





es parte de la historia de las ideas
y de la lucha de los comunistas.
SUSCRIBETE a la revista teórica
y política del Partido Comunista
de España

Nombre

Dirección: Calle

..... n.º D.P.

Población Provincia

Deseo suscribirme por un período de ocho números, renovable automáticamente a partir del número...

**SUSCRIPCION POR
OCHO NUMEROS**

España	2.250 ptas.
Europa y Norte de Africa ..	2.950 ptas.
América y Africa	3.950 ptas.
Asia y Oceanía	4.150 ptas.

**MODO DE PAGO (señalar
con una cruz):**

- Reembolso (sólo para España).
- Talón bancario nominativo a favor de NUESTRA BANDERA.
- Giro postal núm.
(adjunto resguardo).
- Recibo domiciliado en cuenta corriente. (En este caso rellenar el boletín adjunto.)

..... de de

Firma

Enviar en sobre cerrado.

BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Dr. Director del Banco (o Caja de Ahorros)

Agencia, con domicilio en

Población D.P.

Provincia

Titular de la cuenta

Número de la cuenta

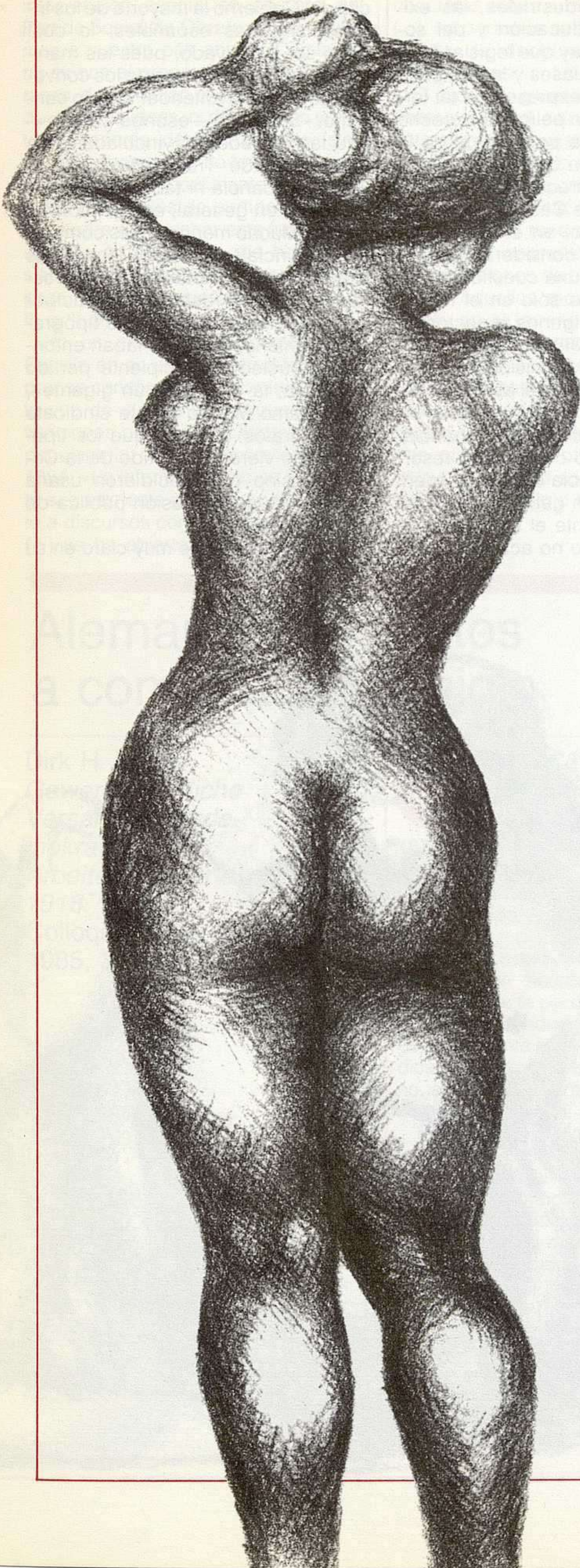
Les agradeceríamos tomen nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por NUESTRA BANDERA.

..... de de

Firma

Envíe también este boletín
a NUESTRA BANDERA:

Santisima Trinidad, 5. Teléf. 446 11 00,
nosotros nos encargaremos de hacerlo
llegar a su Banco.



Los movimientos sociales a finales de siglo

Reformas sociales. Información oral y escrita publicada de 1889 a 1893, 5 vols. Estudio introductorio de Santiago Castillo, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.

● A la hora de historiar los movimientos sociales en la España del siglo XIX, el historiador cuenta, sobre todo, con la prensa y los archivos de todo tipo. Pero hay períodos que cuentan, además, con materiales realmente preciosos para conocer y analizar los problemas sociales de los más diversos oficios. Tal es el caso de los años 1884-85. Durante estos dos años se recogió en España una ingente información referente a varias cuestiones, 32 en total, a las que se responde a través de un cuestionario que alcanza 223 preguntas.

Todo empezó con un real decreto aparecido en la *Gaceta*, lo que hoy llamamos Boletín Oficial del Estado, en 1883, por iniciativa del entonces ministro de Gobernación, Segismundo Moret. El título era «Real decreto de creación de una Comisión de estudio de cuestiones obreras». En la exposición que se hacía de tal decreto se decía que, a diferencia de lo que ocurría en otros países, en España «apenas ofrece nuestra legislación señales ciertas de aquella solicitud que los poderes públicos deben a la condición del trabajador y a las relaciones entre el capital y el trabajo». Así nació la llamada Comisión de Reformas Sociales.

Parte de la cantidad enorme de información que esta Comisión generó fue publicada entre 1889 y 1893, en cinco volúmenes. Estos cinco volúmenes son los que acaba de editar ahora el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, añadiendo algún documento no aparecido en la edición original, como ocurre con el tomo segundo, en el que aparece en apéndice el famoso *Informe* de Jaime Vera. Aparte de lo cuidada que resulta esta reedición en facsímil de los cinco vo-

lúmenes, hay que considerar un acierto la decisión de Santiago Castillo, responsable de su contenido, de dar cabida en el segundo volumen al *Informe* de Vera, aunque no fuese más que por no dejar fuera el documento más conocido del socialismo español en sus orígenes, y para muchos el único que, al ir siempre asociado a la Comisión de Reformas Sociales, recuerda la existencia de ésta.

En su tan extensa como documentada y esclarecedora introducción, Santiago Castillo nos sitúa en el contexto histórico-político de la Comisión. Tal contexto nos lo muestra, según Castillo, el Congreso Nacional Sociológico de Valencia (julio de 1883), no sólo porque algunos de sus destacados participantes fueron miembros de la Comisión de Reformas Sociales, sino porque el espíritu que anima a la Comisión en su conjunto puede percibirse fácilmente en los debates de dicho congreso sociológico. Tal espíritu no era precisamente el de resolver el problema obrero atendiendo a los planteamientos hechos por los propios obreros, sino el de neutralizar tales planteamientos. Esto se manifiesta en numerosos párrafos del preámbulo del decreto Moret, como, por ejemplo el siguiente: «Hay que tener en cuenta, además, que otra parte de este movimiento parece huir de las vías legales, y da muestras de lo que reclama y señal de lo que apetece, disponiéndose, quizá por ignorancia de las verdaderas causas del malestar, quizá por no conocer cuánto más valen los medios que la legalidad ofrece, a formar esas asociaciones misteriosas, encaminadas a fines criminales, para las que ha sido y será de nuevo necesario que la sociedad reserve sus más terribles rigores».

Se trataba, pues, de encauzar el movimiento reivindicativo obrero, de mantenerlo dentro de la legalidad desde el supuesto, tan krausista, de la armonía entre capital y trabajo. Se trataba, en definitiva, de dejar a la economía a su «libre juego», sin intervención del estado, salvo para legislar cuanto fuese necesario para asegurar la iniciativa privada y la igualdad de todos los individuos ante la ley. Era manifiesta la contradicción de este planteamiento: por un lado, los individuos son todos iguales ante la ley; por otro, hay que legislar para atender a fenómenos como «las huel-

gas, las crisis industriales, las exigencias de la educación y del socorro», esto es, hay que legislar para que la lucha de clases y la desigualdad social no se expresen de tal forma que pongan en peligro el derecho fundamental de la persona, el de la propiedad privada burguesa.

Por ello, me parece muy acertada la observación de Castillo, en su estudio introductorio, en el sentido de que «el tema era considerado prioritariamente como una cuestión de orden público. Y no sólo en el fondo, sino también en algunos aspectos de su forma» (p. LXXIII). Castillo alude a la ubicación de la Comisión de Reformas Sociales dentro del Ministerio de Gobernación, el encargado del orden público, así como a su financiación, que se hizo con fondos reservados a la vigilancia de dicho orden.

Los obreros, en general, percibieron inmediatamente el sentido de la Comisión. Por eso no acudieron a la

cita del Gobierno la mayoría de los internacionalistas españoles, lo cual debe ser subrayado, pues las manifestaciones triunfalistas de los convocantes daban a entender todo lo contrario. «Sabemos —escribe Castillo— que las sociedades vinculadas a la Federación de Trabajadores de la Región Española ni tan siquiera participaron, en general, en las informaciones. Mucho menos en las comisiones provinciales.» (P. CX). Una de las excepciones importantes a esta postura obrera de rechazo a participar en la Comisión fue la de los tipógrafos madrileños, que formaban entonces el núcleo del incipiente partido socialista, la «cuna de un gigante», como llamó Morato a este sindicato de tipógrafos. Y no es que los tipógrafos no vieran el sentido de la Comisión, sino que decidieron usarla como tribuna de difusión pública de sus aspiraciones.

Jaime Vera lo dice muy claro en su

intervención escrita en nombre del Partido Socialista Obrero: «... si acudimos a vuestra cita ante la Comisión, no es con el propósito ni con la esperanza de cambiar el invariable curso de vuestras ideas, ni de influir en vuestras posteriores determinaciones, sino para mostraros que no todos los hombres se pliegan dócilmente a vuestras miras personales de partido o de clase, y para aprovechar esta fugaz ocasión de propaganda; que hoy como siempre, nos es favorable vuestra torpeza, ya que no vuestra intención» (t. II, p. II del apéndice).

No es extraño que, como indica Castillo en su estudio introductorio, la prensa conservadora levantara pronto la voz de alarma ante algunas intervenciones obreras. *El Diario Español*, por ejemplo, escribía en noviembre de 1884: «La información no se ha abierto seguramente para servir de pretexto a discursos como los pronunciados (...) se ha abierto para oír opiniones

concretas sobre puntos determinados (...), no para que se fomente la propaganda de doctrinas demoleadoras» (Cit. por Castillo, t. I, p. CXII).

El que el grueso del movimiento obrero español estuviese ausente de esta magna encuesta le resta bastante valor, sobre todo en lo que se refiere al proletariado catalán. Pero, incluso con estas limitaciones, las informaciones ahora reeditadas constituyen un material inapreciable para conocer las condiciones de trabajo en la España de aquellos momentos, especialmente en el terreno de la legislación social, nivel de salarios, diferencias según regiones, etcétera. Las más de 2.500 páginas que comprenden los cinco volúmenes constituirán un documento indispensable en las bibliotecas que quieran ofrecer información sobre la realidad social de la España de finales del siglo XIX.

Pedro Ribas

Alemania: sindicatos a comienzos de siglo

Dirk H. Müller, *Gewerkschaftliche Versammlungsdemokratie und Arbeiterdelegierte vor 1918*. Berlín, Colloquium Verlag, 1985, 367 pp..

Estamos ante una monografía especializada acerca de las formas de organización sindical en Alemania entre 1870 y 1918. El estudio se basa fundamentalmente en lo ocurrido en el ámbito berlinés. No en vano el autor es un nacido y residente en esa ciudad.

Para los estudiosos del tema de la organización sindical, el libro ofrece una interesante perspectiva acerca de la relación sindicato-partido o, más genéricamente, entre movimiento sindical y parlamentarismo, aunque éste no sea el objeto básico de la monografía.

Por otro lado, la discusión acerca de la actividad política en el seno del movimiento sindical localista (esto es, el movimiento sindical que reivindicaba autonomía de huelga frente a la organización central o nacional) tiene rasgos específicamente alemanes, como, por ejemplo, la intención de eludir la prohibición de reuniones de carácter político durante la época de la ley antisocialista (1878-1890). Por esta razón, la negativa a entrar en debates políticos dentro del movimiento sindical no puede verse sin más como un desinterés por la política en favor de

la lucha económica.

En todo caso, el autor pone de manifiesto que la dirección política de la socialdemocracia tendía a olvidar el papel de los sindicatos como creadores de hábitos y aptitudes de autoadministración y control con vistas al futuro sistema socialista de producción.

El movimiento localista no puede tampoco ser considerado como la actitud de grupos artesanales, cuya forma de organización sindical se halla ligada a formas de producción menos modernas. El minucioso estudio que Dirk H. Müller dedica a los albañiles y carpinteros de Berlín demuestra que el trabajo de estos grupos, poco influidos por las técnicas y la industria modernas, favorecía efectivamente un movimiento sindical localista, capaz de conseguir mejoras salariales en una lucha realizada dentro de una cuenca obrera o incluso dentro de una obra aislada. Pero el análisis de la organización sindical de la industria del metal, donde las innovaciones en las formas de trabajo son primordiales, pone de manifiesto que las reivindicaciones de autonomía perduraron muchos años (hasta 1907).

Quizá una de las conclusiones más interesantes del libro es el papel del movimiento autonomista, asambleario, de democracia directa, en el surgimiento de consejos de obreros y soldados en la Alemania de 1918. En este sentido, Dirk H. Müller se opone a la extendida tesis de la espontaneidad para explicar el surgimiento del movimiento consejista y afirma que «la prehistoria inmediata del movimiento consejista en Alemania no puede describirse limitándose a mirar los sucesos de noviembre» (p. 341). Para el autor, esta prehistoria se halla en el movimiento asambleario por el que se regían los localistas. El papel del «hombre de confianza» (*Vertrauensmann*) en este contexto aparece como fundamental, ya que, por un lado, actuaba como representante elegido democráticamente dentro de la empresa, mientras que, por otro, se comunicaba con los demás hombres de confianza de otras empresas, con lo cual se evitaban problemas acerca de ámbitos de competencia.

El libro termina con un apéndice estadístico para mostrar las cifras de afiliación a las distintas corrientes sindicales y con una exhaustiva bibliografía.

Pedro Ribas



Mr. Reagan, ¡fuera de mi cama!

70

Texto pronunciado en Madrid en las Jornadas de liberación Homosexual.



Nicola Vendola

Un poeta italiano que ha cantado la alegría y la tristeza del amor homosexual, ha escrito estos versos:

*Feliz quien es diferente, si es diferente,
pero maldición a quien es distinto queriendo ser común...*

Esto quiere decir que la diversidad no puede ser un juego de apariencia, un poco de travestismo, un poco de rímel, algún gesto extravagante, y nada más. Esto podría convertirse en una nueva normalidad y en un nuevo conformismo de ser individual y colectivo.

La diversidad es un valor más profundo que va más allá de los vestidos y de los comportamientos externos. Es un valor que impacta profundamente en el corazón y en el cerebro de las personas.

El valor general revolucionario de la diferencia, por ejemplo de la diferencia homosexual, existe en el hecho de revelar la violencia intrínseca, de un mundo borracho de normas y de normalidad. De núcleos y de jerarquías obligatorias de anulamiento de desaparición de la diferencia.

Vivimos bajo el cielo de las estrellas de ideas fijadas, de la hegemonía católica burguesa, con su pesada luz de hipocresía, vivimos entre el moralismo de quien reduce al individuo humano a un apéndice de un Dios justiciero, y la inmoralidad de quien reduce a la persona a pura mercancía o materia de comer.

A mí, comunista y homosexual, no me interesa conquistar el pequeño espacio tolerante donde pueda ser un animal tolerado, no me interesan los guetos, ni siquiera aquellos que son dorados y enmascarados, que están dispersos en la geografía de la ciudad. No me interesa una patente de legitimidad para vivir o sobrevivir dentro de la compatibilidad de ser compatible con el sistema capitalista.

La homosexualidad puede ser perfectamente compatible con las leyes de la oferta y la demanda y con la sociedad del consumo y de la alineación, por ejemplo pensemos en el fenómeno de la homosexualización de la moda, por ejemplo pensemos en aquello que dice algún espontáneo americano de la izquierda homosexual de los Estados Unidos definiéndonos la americanización de la homosexualidad.



PROBLEMAS DE HOY

Según
los
datos
de
la
última
encuesta
de
opinión
de
la
Asociación
de
Psicólogos
de
España
sobre
el
problema
de
la
violencia
de
género
en
España
se
ha
detectado
un
aumento
de
la
violencia
de
género
en
España
en
los
últimos
años.
Este
hecho
ha
motivado
que
el
Ministerio
de
Educación,
Cultura
y
Deporte
organice
esta
exposición
con
el
fin
de
sensibilizar
a
la
opinión
pública
sobre
este
problema
y
promover
acciones
de
prevención
y
atención
a
las
víctimas.
La
exposición
está
organizada
por
el
Ministerio
de
Educación,
Cultura
y
Deporte
y
se
desarrolla
en
diferentes
ciudades
de
España.
El
objetivo
de
esta
exposición
es
informar
sobre
los
problemas
de
la
violencia
de
género
y
promover
acciones
de
prevención
y
atención
a
las
víctimas.
La
exposición
está
organizada
por
el
Ministerio
de
Educación,
Cultura
y
Deporte
y
se
desarrolla
en
diferentes
ciudades
de
España.

Según algunos, la comunidad gay tiene sólo dos alternativas o intenta integrarse reclamando más tolerancia y construyendo grupos de presión para influir en el poder o quizá debe rechazar el sistema, provocar la rebelión antiinstitucional y difundir una cultura de la negación a perderse en la microhistoria de la locura urbana gritando la propia impotencia y la propia soledad.

Así pues, las alternativas serían o integrarse o desintegrarse. Yo no estoy de acuerdo con este esquema simple y un poco terrorista. Para mí existe la tercera vía, que están intentando llevar a cabo algunas organizaciones gays de Europa.

En el movimiento gay italiano se está haciendo fuerte o está creciendo la convicción de que en el terreno de las instituciones en el pasado había estado muy denunciado y rechazado. Este terreno del debate dialéctico con las leyes del Estado no es una renuncia, no es ceder, no es un fracaso sino un objetivo más alto, un gran reto para la transformación completa de la sociedad.

Entrar en las instituciones para cambiarlas, hacer política pero para cambiar el lenguaje de la política, estar dentro del sistema para cambiar las reglas del juego, porque tantas veces hemos sido obligados a jugar el juego de ser masacrados.

Este objetivo ha llegado finalmente al corazón del Partido Comunista Italiano, que en su último Congreso Nacional ha aprobado una enmienda de las tesis en la cual se afirma el valor de la diferencia sexual y por la cual por vez primera se reconoce en el movimiento gay un interlocutor y un aliado para construir la alternativa del partido.

Valor de la «diferencia»

Intentaré añadir dos cosas: la primera es la dificultad de encontrar los términos, palabras o conceptos para construir un discurso ideológico homosexual.

En definitiva, la historia de la homosexualidad, como la historia de las mujeres o de los niños, o de los inválidos y no sé cuántas cosas más..., ha sido una historia no dicha, no escrita, una historia de negaciones.

No hay que tener miedo de sacar fuera, de expresar nuestras palabras, aunque sean trocitos o pequeñas palabras o fragmentos de palabras.

Cuando desde la izquierda tradicional se intenta comprender o discutir sobre la cuestión homosexual, se quiere hacer empleando los métodos tradicionales o racionalmente tradicionales de palabras y de razonamientos.

Entonces nosotros queremos reafirmar el valor de estas palabras que son palabras a media voz o medio dichas porque son fragmentos de palabras, es decir, que tenemos que reafirmar el valor de los sentimientos y de las emociones.

En definitiva, con esto quiero decir o reafirmar lo que decía al principio que no nos interesa construir grupos de presión ni «lobis», ni participar del poder, y que por tanto siendo así no debemos temer las palabras medio dichas o fragmentos de palabras de nuestro discurso que, en principio, no tiene gramática porque lo que queremos poner en debate es el discurso, es la gramática del poder. Esto era lo primero que quería decir, que si realmente la izquierda quiere entrar y asumir estas cuestiones, tiene mucho más que aprender que enseñar. Tiene que aprender a desarrollar una virtud de la que la izquierda carece, que es la de la humildad y la de saber escuchar y, también, comprender que es muy difícil aprender a escuchar el silencio y que en todo caso ese es el reto.

La segunda cosa que quiero decir puede parecer fuerte, violenta o forzada, pero no voy a renunciar por eso.

Son dos hechos que han ocurrido últimamente y que yo pongo juntos, el primero es Chernobyl, y el segundo es la sentencia del Tribunal Supremo de los Estados Unidos que osa introducirse en las camas.

De ellos se deduce que hoy la política pasa tanto por los canales de la lucha de clases, como contradicción fundamental, como por las contradicciones en el campo del sexo y la supervivencia.

Sea por tanto la amenaza de la degradación ambiental de la radiactividad, de la destrucción del medio ambiente por la energía nuclear, y sea la contradicción del poder que desea entrar, controlar y afirmarse en el ámbito de lo íntimo y de lo privado, en la cama.

Esa contradicción que pretende reducir a la mujer a la mera tarea de reproducción, y en una comparsa de la identidad masculina, en una justificación de la identidad masculina.

Que de alguna manera la negación de la historia de la mujer, de la identidad de la mujer, viene a ser tanto la negación de todas las otras diversidades o todas las otras identidades.

En síntesis, deseo concluir con una palabra, esclareciendo el sentido de una palabra: la palabra comunismo. Mi opinión es ésta: si la palabra comunismo no aprende a tener en cuenta no sólo la alienación en el campo del trabajo y la alienación en sí en el campo laboral; si no es capaz de ir más allá y ser punto de referencia sobre nuevas contradicciones; que la alienación no se da hoy solamente en el campo de la fábrica sino también en la habitación, en la cama; si el comunismo no es capaz de hacer esto, tiene el riesgo de convertirse en un fósil arqueológico.

Si el comunismo es la expresión de la juventud de nuestra sociedad, debe de asimilar no sólo al proletario en el sentido tradicional del término, sino a todas aquellas personas que serían proletarios en el sentido de sufrir, de ser infelices, de ver su salud deteriorada, etc.



Y si he dicho cosas demasiado serias, voy a terminar con algo más divertido, una pequeña poesía cubana que dice:

La revolución es como hacer el amor con la historia, hay quien prefiere estar en la habitación, en la cama y hay quien prefiere mirar desde un agujero, y por tanto al partido comunista le corresponde elegir entre hacer el amor en la cama o mirar desde el agujero de la pared.

La elección entre gasto civil y gasto militar

Jesús Guzmán

El crecimiento de la capacidad productiva excedente en la economía capitalista monopolista se manifiesta entre otras cosas por la aparición del desempleo. Para combatir la primera utiliza los gastos militares. Para combatir el desempleo utiliza los gastos del Estado en forma de subsidios, transferencias, etcétera, que podemos denominar gastos sociales o asistenciales.

Los gastos militares y los gastos sociales forman parte, pues, del mismo proceso: la tendencia al aumento de la capacidad productiva o sobreproducción del sistema capitalista. Y el crecimiento de ambos ha estado estrechamente ligado a lo largo de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

El aumento de los gastos asistenciales ha dado lugar a lo que se ha denominado Welfare State (Estado de bienestar), muy conectado con el crecimiento del Warfare State (Estado militarista), hasta el punto de que el Estado moderno puede ser descrito como el Estado militarista-benefactor (Welfare-Warfare State), como lo ha denominado el economista James O'Connor.

EE. UU.: gendarme internacional

A corto plazo la expansión económica puede absorber temporalmente el capital excedente, todo o parte. Es decir, la capacidad excedente y la mano de obra excedente crecen y decrecen conjuntamente en épocas de recesión y de expansión económica, respectivamente. Para combatir su aumento, el capitalismo monopolista utiliza gastos militares y gastos sociales. Pero, ¿qué es lo que determina que un tipo de gasto prevalezca sobre el otro?, ¿por qué gastos militares cuando existen muchas necesidades de la población que se podrían satisfacer con los gastos sociales?

En Estados Unidos, entre los años 1945-70, se han incrementado de una forma más o menos paralela los gastos militares y los sociales. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, la relación era favorable a los gastos militares. Esta relación se invirtió en los años 50 y sobre todo en los 60.

Por un lado, el crecimiento del desempleo y la pobreza exige el crecimiento de los gastos sociales. Por otro, el aumento de la capacidad excedente exige el aumento de los gastos militares. Así, ¿qué es lo que determina que Estados Unidos plantee grandes gastos militares para quemar su excedente, mientras que en otros países —como paradigma se

puede poner Suecia— lo hagan preferentemente atendiendo las necesidades sociales con los gastos asistenciales?

e del desarrollo histórico concreto de cada país, así como de la situación de las relaciones de fuerza entre las clases sociales en conflicto y de otros factores.

En primer lugar, los gastos militares se destinan a crear y mantener un aparato militar con el fin de afirmar el dominio de clase y conservar y ampliar las relaciones de producción capitalistas y, en general, las relaciones de poder. La naturaleza de clase del aparato del Estado y en concreto de su brazo armado, el ejército, hace que éste exista para la defensa de los intereses de las clases dominantes. Su función en la etapa de capitalismo monopolista consiste en asegurar el dominio del capital monopolista.

El papel de Estados Unidos en la lucha de clases a escala mundial (*) exige, además, tratar de mantener y asegurar que estos cambios en las relaciones de producción capitalistas no se lleven a cabo en ningún país. E incluso juega el papel de imponer, a veces por la fuerza, estas relaciones de producción en aquellas formaciones sociales en las que no existían y que cayeron bajo el dominio colonial de los países imperialistas europeos antes de la Segunda Guerra Mundial, y a los que se les han ido introduciendo los productos de los países capitalistas, las relaciones de salario, se les esquilman sus riquezas en materias primas y sirven como destino de inversiones de las empresas transnacionales, que encuentran grandes ventajas en ellos, como proximidad de materias primas, mano de obra abundante y barata, ventajas fiscales, etcétera.

Los volúmenes de estos gastos pueden ser incrementados con relativa facilidad bajo pretextos político-militares, técnico-militares, etcétera. Siempre que Estados Unidos necesita justificar un aumento en los gastos militares, siempre surgirá oportunamente un conflicto internacional que exija aumentar la capacidad defensiva o se explotará el argumento de un aumento repentino de la agresividad soviética y sus ansias expansionistas sobre occidente.



Privatizar beneficios, socializar costes

Las peculiaridades de los gastos militares en Estados Unidos, que se incluyen entre los gastos federales y no en los de cada Estado, hacen que la población y la opinión pública no tengan capacidad de control directo y ni siquiera pueda formarse una opinión general sobre la ampliación de estos gastos. Esto se debe a que las decisiones se toman desde Washington y el ciudadano normal siente muy de lejos los efectos que puedan tener sobre él estos gastos; le afecta más el mejoramiento de las condiciones de vida en su propia ciudad, más vinculados a los gobiernos locales, sobre los que tiene mayor posibilidad de control y a los que son más sensibles electoralmente por tratar asuntos que llegan más de cerca al ciudadano.

Para el economista norteamericano Michael Reich hay cuatro razones que vuelven atractivos y fácilmente ampliables los gastos militares.

- Los armamentos son rápidamente consumidos y su obsolescencia es considerable. Se consumen rápidamente en las incesantes guerras del Tercer Mundo. Las tecnologías de los sistemas de armas son obsoletas en cuanto los expertos en defensa conciben nuevos refinamientos en los sistemas existentes (o lo hacen los expertos soviéticos). Además, el tipo de maquinaria requerida para su producción es muy específica para armas particulares. Así, para producciones de nuevos tipos de armas es necesario crear nuevos procesos; una gran parte de la maquinaria existente se vuelve inservible y ha de ser eliminada. La renovación extensiva necesita de enormes gastos en inversión.

- No hay un acuerdo general sobre el criterio de medida de cuánta defensa existe. ¿Cómo conocemos cuándo se obtiene un nivel de defensa adecuado? La solución al respecto está en manos de expertos en defensa, que son quienes tienen acceso a los documentos secretos. Sus decisiones basadas en razones de Estado y en el conocimiento experto son fácilmente aceptadas por el público.

• Los contratos militares son muy ventajosos para las empresas que los reciben. El mercado de armas no funciona como el resto del mercado. El gobierno, como único comprador, debería adquirir de las empresas más eficientes y de más bajo coste. El Pentágono raramente se ha mostrado interesado en la limitación de los costes o en averiguar las empresas más eficientes a las que hacer sus encargos. Lo que se hace, por tanto, es privatizar los beneficios, pero socializar los riesgos.

Los gastos militares constituyen la fuente de enriquecimiento y la base material de lo que se denomina complejo militar-industrial; proporcionan grandes beneficios a un gran número de empresas productoras de material de guerra, lo que crea un entramado de intereses en torno a la existencia y aumento de este tipo de gastos.

Los gastos en servicios sociales cuentan con una fuerte oposición por parte de los capitalistas por varias razones.

La inversión en servicios sociales en general no se vuelve obsoleta rápidamente ni es consumida tan pronto. Por supuesto, existen muchas necesidades sociales insatisfechas. Pero supongamos que se elevan los impuestos y todas las personas cuentan con una casa decente, se hacen escuelas suficientes y hay los hospitales necesarios. ¿Entonces qué? No pueden ser destruidos ni contruidos de nuevo. La tecnología necesaria para este tipo de inversiones es muy convencional, no cuenta con el exotismo de la tecnología para las armas. En definitiva, los gastos sociales no ofrecen la misma posibilidad de desperdicio que los gastos militares.

El gasto social masivo interfiere inevitablemente la existencia y reproducción de las relaciones sociales de producción capitalistas. Los gastos en el sector militar no se contraponen a los intereses del capital monopolista, ya que no compite con el capital privado que se destina a otros tipos de producción civil. Los

gastos estatales en el sector civil podrían competir con el capital privado y ello genera la oposición de los capitalistas que verían reducidas sus posibilidades de obtener ganancias.

La inversión del Estado en empresas públicas cierran el paso al capital privado cuando se encuentran en ramas industriales que pueden producir ganancias y, por tanto, obstruyen la creación de posibilidades adicionales de inversión. También disminuyen las posibilidades de venta y reducen las ganancias de las empresas privadas. La oposición a este tipo de empresas disminuye cuando se trata de empresas en sectores en los que el capital privado es incapaz de obtener ganancias, sobre todo si se trata de productos semielaborados que las empresas privadas adquieren a bajo precio.

En cuanto a la construcción pública de viviendas también genera oposición en el sector privado de la construcción, pues la oferta del Estado reduce las posibilidades de los constructores privados de obtener beneficios. Este es el caso también de los gastos del Estado en beneficencia y salud que compite por la obtención de beneficios con las compañías aseguradoras y de los hospitales privados.

Los intereses privados se ven afectados por los programas sociales y la ideología dominante, ideología de las clases dominantes, que dice que la mayoría de los gastos del Estado son dañinos para la economía y que la interferencia y la intervención del Estado no es buena. La esencia del sistema capitalista es que los bienes y servicios sean producidos por la empresa privada de acuerdo con los principios de la libertad de mercado. Sin embargo, hay necesidades sociales, cuya satisfacción no puede realizarse bajo esos principios, pues difícilmente se les puede poner precio como son el aire y el agua limpios, planificación estética de la ciudad, etcétera.

Los gastos sociales distorsionan el mercado de trabajo cuando éstos consisten en ofrecer alguna forma de salario indirecto, subsidios, garantía de salario mínimo, etcétera. Ello impide que los trabajadores estén dispuestos a aceptar trabajos en malas condiciones ni a salarios inferiores al mínimo impuesto por el Estado.

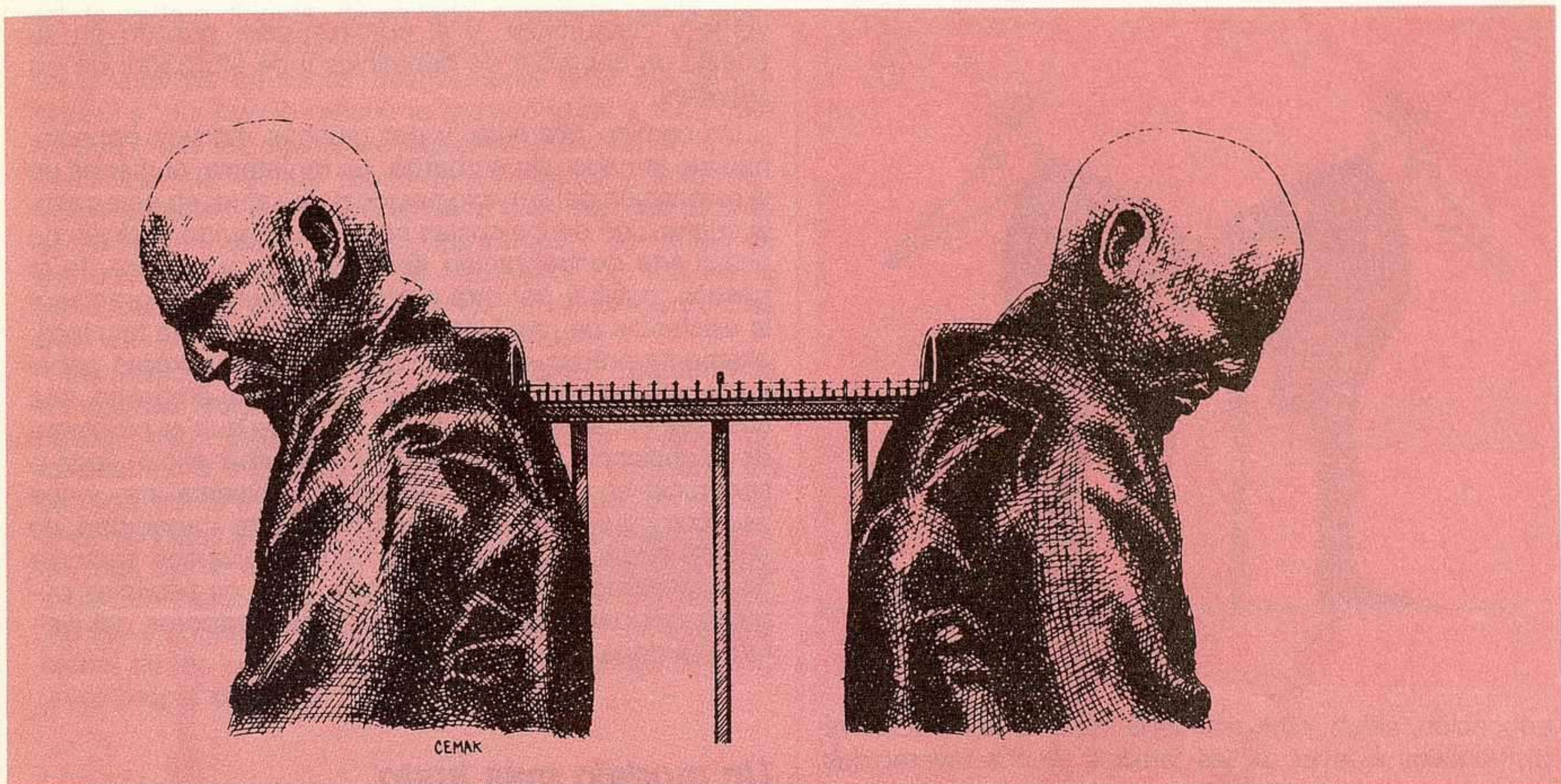
La ideología dominante también se opone a los gastos en servicios sociales porque ponen en peligro la estabilidad de la estructura jerárquica de clases. Es el caso, por ejemplo, de la educación y otros servicios sociales que pudieran ser consumidos en igualdad por todos los ciudadanos.

El capitalismo necesita, por tanto, de los gastos militares para mantener tanto la estructura jerárquica internacional bajo el dominio de Estados Unidos como las relaciones de producción capitalistas dentro y fuera del país y para asegurar los beneficios de las empresas, cuya producción se basa fundamentalmente en la fabricación de máquinas de guerra.

(*) Se habla aquí de lucha de clases a escala mundial como las contradicciones que provoca la acumulación capitalista y que son consecuencia de la relación de dominación del capitalismo central sobre el capitalismo periférico.



CEMAK



Estado social y redistribución de la renta

77

Massimo Paci

Traduc.: Carmen Benavides

Si el objetivo de la intervención pública en el campo social fuese exclusiva y principalmente la redistribución de la renta, no cabe duda de que un sistema de tipo puramente *asistencial*, de ayuda a los indigentes y necesitados, sería preferible a un sistema de protección social amplio y articulado, capaz de englobar a la gran mayoría de los ciudadanos. Así es el de los EE. UU.: un modelo de *welfare*, que algunos estudiosos han definido como de tipo *residual*, en el cual la intervención pública actúa sólo en el caso en que la familia no sea capaz de hacer frente a los riesgos fundamentales de la vida; en este caso, son, pues, sólo los «pobres» los que necesitan ser asistidos con un adecuado flujo de recursos, financiado por el resto de la colectividad. El efecto redistributivo de este tipo de política social es importante. También es muy visible.

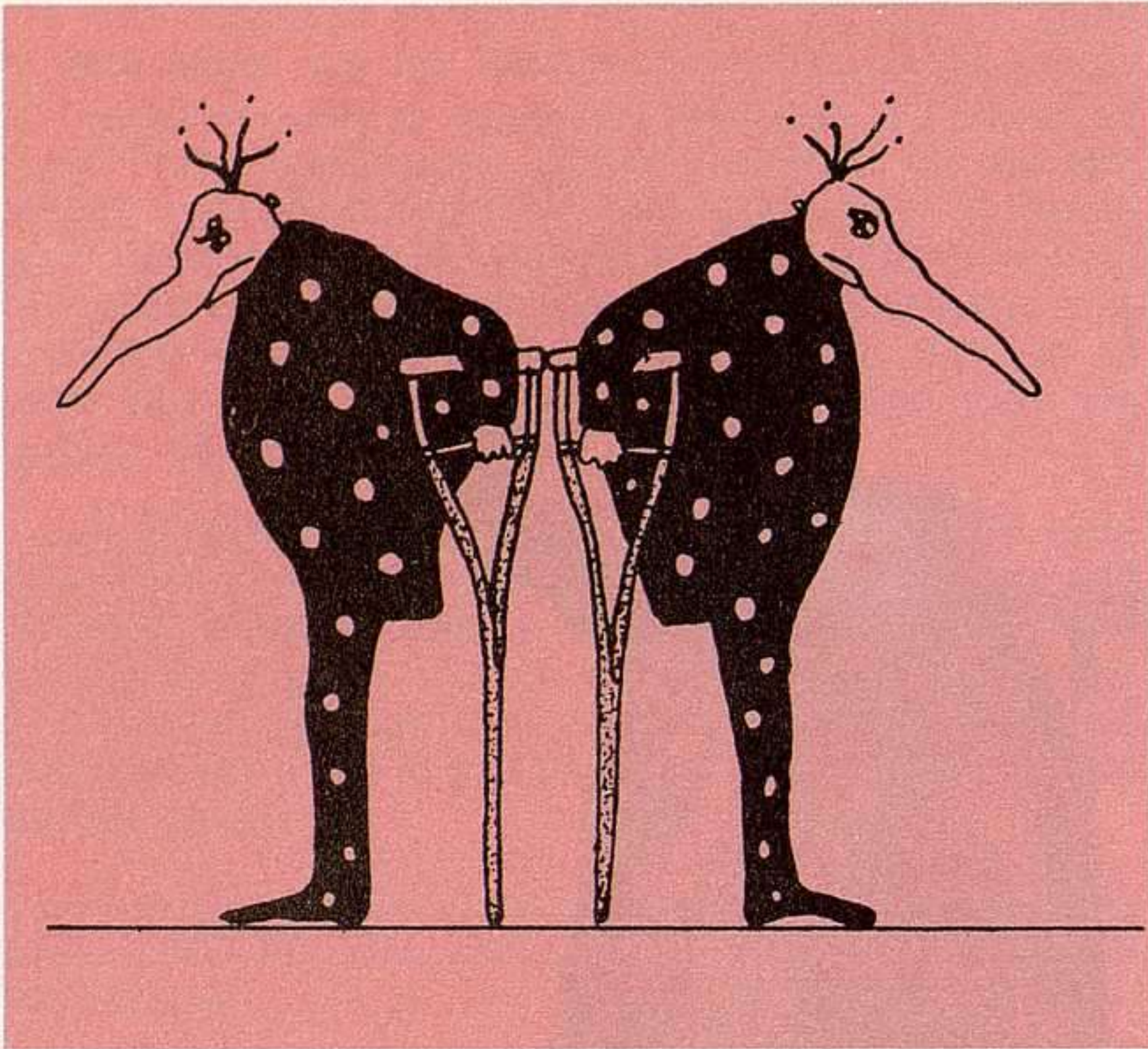
El estrato de indigentes se identifica claramente y una cuota de la renta se dirige de modo oficial —a través del *welfare* público— a ellos. La visibilidad de tal redistribución, sin embargo, implica a menudo efectos negativos en el plano de la conexión y de la solidaridad social, por un lado, la pobreza aparece estigmatizada; por otro, la asistencia es percibida a menudo como un peso excesivo por parte de los contribuyentes.

El «*welfare backlash*» o la revuelta fiscal crecen en los países en los que prevalece este modelo «residual» de

welfare; la revuelta fiscal surge además, no tanto entre las clases sociales medio-altas, sino entre las medio-bajas y entre los mismos obreros, sobre cuyas rentas el peso fiscal a favor del *welfare* incide más. Se genera de este modo una ruptura entre los estratos sociales más necesitados, por un lado, y la propia clase obrera, por el otro. La redistribución de la renta en este caso va en menoscabo de la solidaridad.

O redistribución o solidaridad

Un sistema opuesto de Seguridad Social, de tipo «universalista», como el realizado, por ejemplo, en los países escandinavos, favorece más la solidaridad entre las distintas clases sociales, y en particular entre las capas medias y la clase obrera. El *Welfare State* sueco es, al mismo tiempo, resultado y base de la alianza «rojo-verde» entre la pequeña burguesía rural y los trabajadores dependientes de la industria; se desarrolló, como es sabido, a partir de los años 30. Sin embargo, éste, por su misma extensión a gran parte del cuerpo social, es escasamente redistributivo, al menos en términos de efectos contabilizables a corto plazo. Además, en tal sistema, más que recurrir a transferencias de tipo asistencial, se potencia una amplia cobertura pública de servicios. Ciertamente, en un largo período, una oferta pública amplia y eficiente de servicios sociales que permita gozar, en principio, a todos los ciudadanos de las mismas condiciones en el inicio de sus oídos en lo que se refiere a



educación, salud, etcétera, tiene importantes efectos redistributivos a favor de las familias menos favorecidas.

Sin embargo, es evidente que el sistema del welfare afecta casi por igual a todos los ciudadanos: se potencian más los servicios que las transferencias; por ello no puede aspirar a corto plazo a realizar una función redistributiva. Lo que se gana aquí, en términos de solidaridad, de *cultura de la ciudadanía social*, se pierde en términos de efectos notoriamente redistributivos.

La educación entre redistribución y solidaridad, por otra parte, no es de fácil solución, sobre todo porque no está completa si no se considera un tercer factor, el de los costes. El sistema de welfare sueco, por ejemplo, está entre los más costosos del mundo. Una familia obrera sueca paga, como media, al fisco más de un tercio de su propia renta, frente a menos de un quinto pagado por la familia obrera americana.

Desde este punto de vista, merece atención el hecho de que fenómenos de *revuelta fiscal* anti welfare se hayan dado en EE. UU. y no en Suecia. Es evidente, en este contexto, lo importante que ha sido que el movimiento obrero haya desarrollado una *cultura de la ciudadanía social* dentro de una determinada comunidad, con el fin de sostener, sin crisis de repulsa, los elevados costes de un sistema universalista de protección social.

Es cierto, sin embargo, que una sociedad como la sueca tampoco podría sostener mucho tiempo sin reacciones una presión fiscal tan elevada en nombre del welfare, si este último no alcanzara standards elevados o —cuando menos— satisfactorios respecto a las expectativas de las clases medias.

No hay, de hecho, «cultura de la solidaridad» que sostenga prestaciones públicas insatisfactorias o inadecuadas: el welfare «universalista» público debe evitar poner a las clases medias, sobre las cuales grava una gran parte de la presión fiscal, en condiciones de lamentar unos sustitutos privados.

Uno de los caminos que el welfare escandinavo ha seguido con este fin ha sido, como se sabe, de una amplia descentralización, ya sea de la potestad impositiva, ya sea de la gestión de los servicios, para poner cara a cara —a nivel local— al ciudadano en su hábito de contribu-

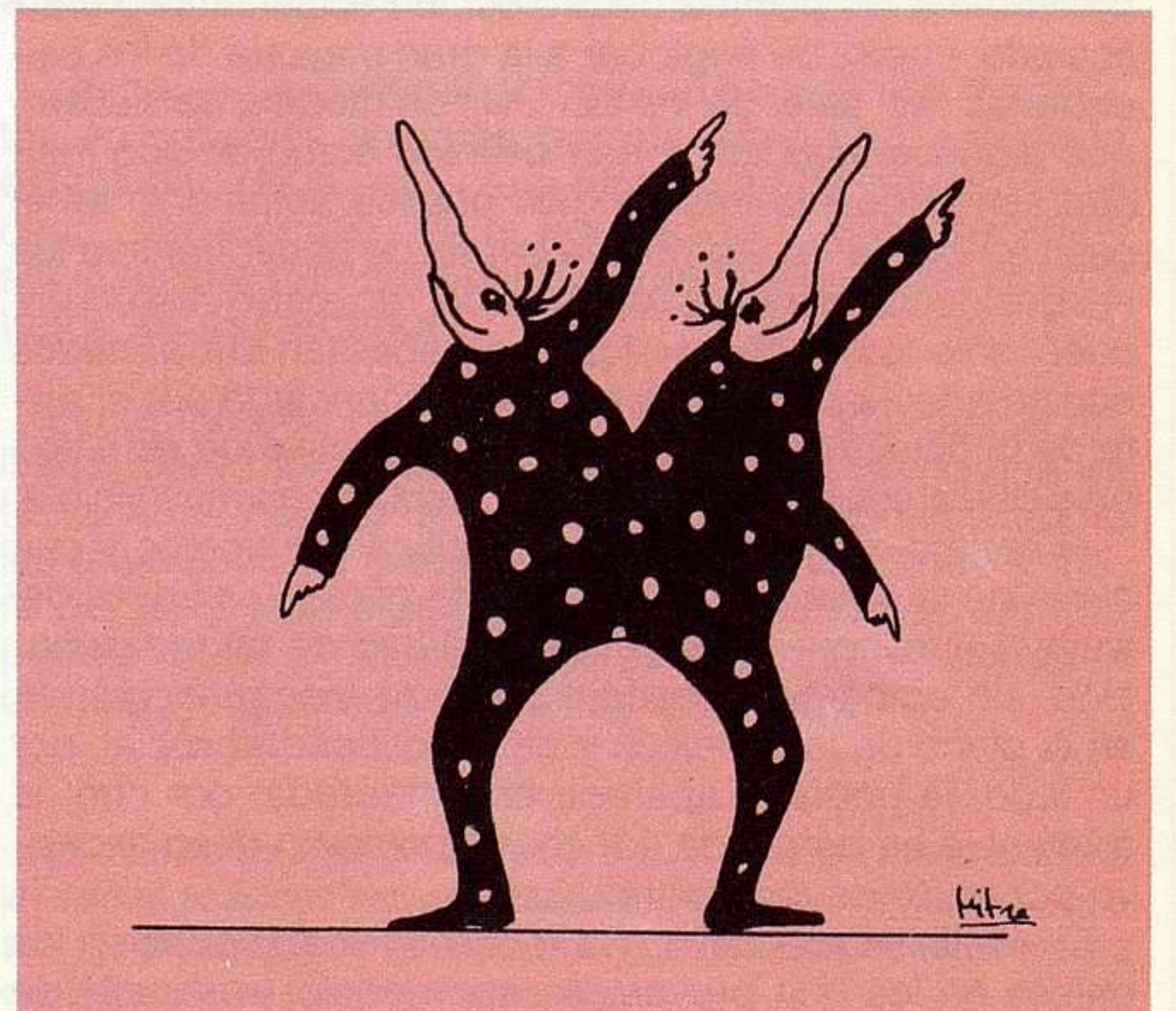
yente y consumidor, y al administrador público en su puesto de cobrador de beneficios y de otorgador de los servicios.

Un camino diferente, y por muchos motivos opuesto, ha sido tomado, sin embargo, en Inglaterra, al menos en la realización del servicio nacional de salud; en este caso, la contención de los costes se ha perseguido a través de una fuerte centralización administrativa y técnica de la gestión, posible por otra parte, en aquel país, gracias a la existencia de una clase de funcionarios y de técnicos, altamente preparados y conscientes de su propio papel autónomo respecto a la clase política. Sin embargo, sea cual sea el camino tomado, es evidente que el problema de la eficiencia (o de la relación costo/beneficio) llega a ser crucial en un sistema de welfare «universalista» y que eso comporta, por tanto, una constante capacidad de puesta al día y racionalización en los diversos sectores de la prevención, de la asistencia y de los servicios públicos por parte, ya sea de los administradores del welfare, ya de la clase política.

Un modelo más justo

Por lo dicho hasta este momento, debería quedar bastante claro que la construcción de un sistema de protección social de tipo «universalista» no es en absoluto fácil, comporta un equilibrio delicado entre objetivos de redistribución, solidaridad, gestión eficiente y costo. La dificultad se incrementa enormemente donde, del mismo modo —fragmentario, clientelar y particularista— con que se ha desarrollado históricamente el sistema de welfare, éste ha asumido todas las posibles características negativas que podía asumir, a saber: relativamente costoso, escasamente solidario y, de hecho, nada redistributivo (si no es, además, ventajoso para las clases medias altas). Todo ello, sin embargo, no es motivo para abandonar toda tentativa de realizar un sistema avanzado de protección social y abrazar una política de tipo asistencial o residual a rajatabla.

En efecto, la tesis que intentaré desarrollar a continuación es la de llevar a cabo una estrategia gubernamen-



tal de welfare dirigida, de un lado, a caracterizar la intervención pública como intervención asistencial —selectiva a favor de un sector relativamente reducido de pobres— y, por otro, a reducir la presión fiscal y contributiva que grava las clases medias altas, redirigiendo la renta así liberada hacia el sector de los seguros y de los servicios privados, objetivo éste tanto más real cuanto más se aumentan; mientras tanto, los ticktes y las tarifas de los servicios públicos y no se hace nada por mejorar la productividad y la eficiencia de los servicios mismos. Se trata de una estrategia relativamente nueva.

La estrategia anti welfare, sin embargo, aparece hoy en vías de progresiva afirmación en muchos gobiernos, debido, entre otras cosas, a un sentido de malestar difundido entre la población hacia el welfare originario; de un lado, por la efectiva ineficacia o inadecuación de muchos servicios y de muchas prestaciones preventivas, y, de otro, por el efecto de una conocida campaña —que se lleva a cabo desde hace algunos años a nivel de mas media— dirigida a dramatizar más allá de lo lícito el problema de los costes del welfare, que se presenta como único responsable del déficit del Estado.



Qué teoría, qué política (y 3)

Aldo Schiavone

Terminaba mi última entrega en *Nuestra Bandera* preguntándome si una moderna acción reformadora no podría fundamentarse en la percepción teórica de base srafiiana —«más allá» de Marx— de que es posible un reequilibrio histórico progresivo del sistema hacia instituciones más «justas» para los perceptores de salario. La clave en este sentido se encontraría en la relación entre el *carácter* de las contradicciones del sistema y la posibilidad de reequilibrio en sistemas complejos *pluricéntricos*.

Es inútil buscar en Marx un capítulo teórico con ese contenido aunque sólo sea, como ya se ha dicho, porque en los cien años de historia del capitalismo transcurridos desde que murió, el sistema ha incorporado, gracias a las luchas del movimiento obrero, muchos nuevos elementos, alguno de los cuales incluso podríamos calificar de «socialista»; el esquema actual resulta por ello completamente distinto del que Marx imaginó para su modelo de transición; en ese sentido podría decirse que lo «inactual» de Marx es directamente proporcional al peso que ha ejercido durante el último siglo de la historia del mundo.

Un principio de indeterminación

Del antagonismo entre capital y trabajo, tal y como nos aparece después de la revisión teórica esbozada en las entregas anteriores de este artículo, no se deduce ya obligadamente la necesidad histórica de superación del capitalismo según esquemas previsibles. Dicho de otro modo: los límites del capitalismo parece que están protegidos por una especie de *principio de indeterminación* que Marx no podía entrever por motivos históricos y analíticos: es imposible hoy determinar la calidad, lugar, forma, tiempo, velocidad de cambio, dirección y elasticidad de los límites del capitalismo. Mucho más difícil aún es concebir como objetivo *político* su superación.

En cambio, se abre un enorme trabajo científico y político —y por ello capaz de reanudar la anterior relación entre intelectuales marxistas y políticos comunistas (1)— para aproximar esas posibilidades de reequilibrio favorable a los perceptores de sala-

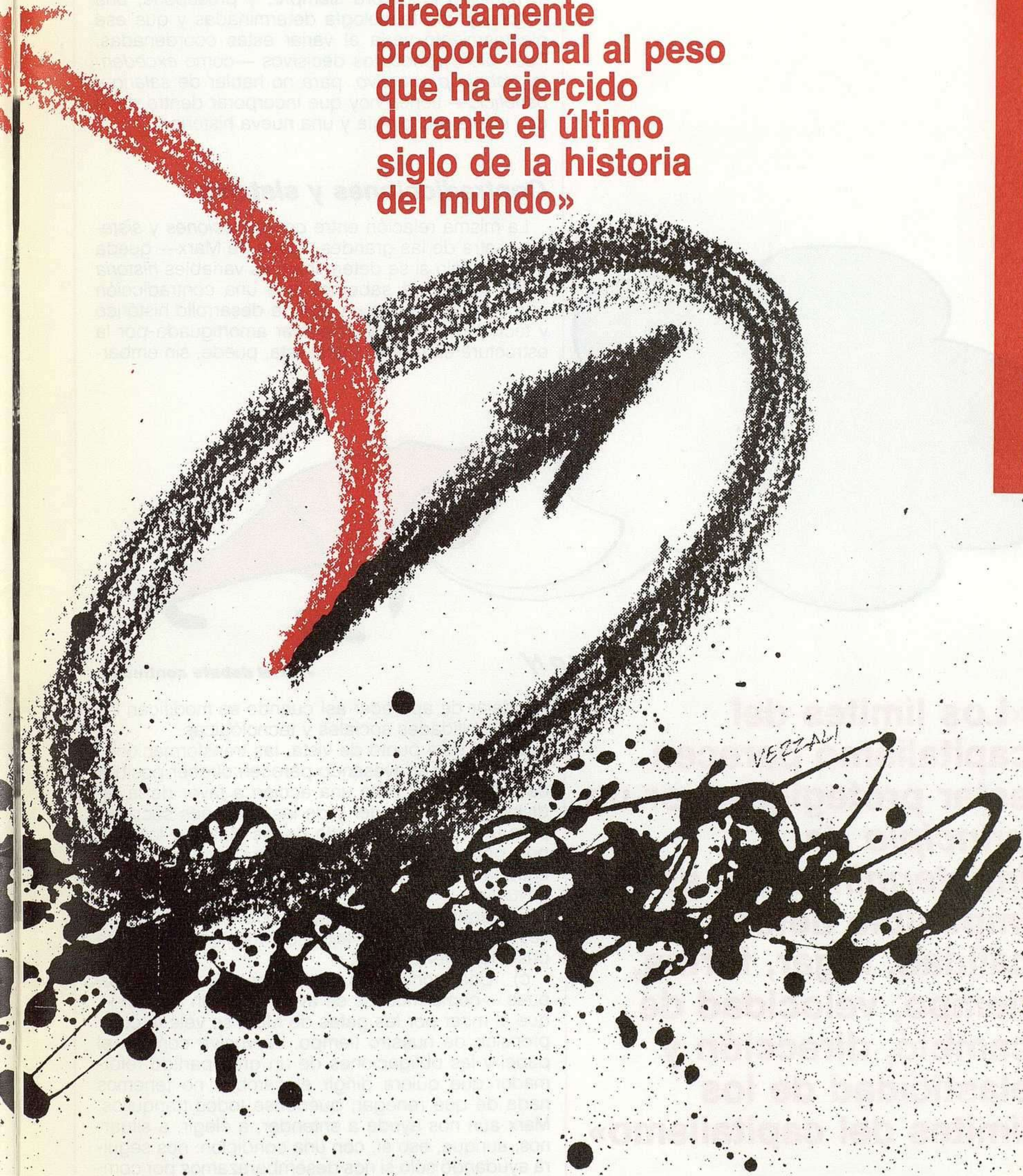
rios, reequilibrio en el límite de un modo de producción «en fuga» hacia nuevos espacios: un trabajo exploratorio que recogerá el sentido de nuestro tiempo.

b) El estado de los hechos. Los dubitativos tanteos teóricos que acabo de esbozar se refieren al modelo industrial clásico: un capitalismo basado esencialmente en la gran industria y en masas obreras. De esos tanteos me parece que ya hemos deducido indicaciones precisas. Pero, ¿qué ocurriría si tuviéramos en cuenta no sólo ese modelo científico sino también las perturbadoras novedades que en los últimos diez años están brotando sobre la escena del mundo?

La superación del modelo industrial clásico es hoy un dato innegable en todo Occidente. Con el declive del gran *sistema de fábrica* se desvanece una imagen del obrero y del trabajo —y de la intervención de la mecánica en el proceso de formación del «excedente social» o del «excedente productivo»— con la que hemos convivido —y pensado y actuado— durante más de un siglo. Después de esta gigantesca transformación, ¿qué ocurrirá con el fundamento conceptual de una teoría que en gran medida se ha basado en el supuesto de que existe un mundo social y tecnológico que es precisamente el que ahora está desapareciendo?

«Gira la flecha a la izquierda.»

**«Lo inactual en
Marx es
directamente
proporcional al peso
que ha ejercido
durante el último
siglo de la historia
del mundo»**



VEZZALI

Es imposible, naturalmente, responder ya a esa pregunta; pero resulta difícil pensar que la respuesta será favorable a la conservación tal cual de aquella teoría. No hace falta comulgar con el determinismo tecnológico para saber que cada planteamiento analítico incorpora siempre, y presupone, una historia y una tecnología determinadas y que ese planteamiento varía al variar estas coordenadas. Pues bien, conceptos decisivos —como *excedente*, *trabajo productivo*, para no hablar de *salario* y *beneficio*— tienen hoy que incorporar dentro de sí una nueva tecnología y una nueva historia.

Contradicciones y sistema

La misma relación entre *contradicciones* y *sistema* —otra de las grandes claves de Marx— queda definida sólo si se determinan las variables *historia* y *tecnología*: ya sabemos que una contradicción que en el marco de un tipo de desarrollo histórico y tecnológico puede aparecer amortiguada por la estructura en que se manifiesta, puede, sin embar-



JAN

«...Y el debate continúa.»

«Los límites del capitalismo parecen estar protegidos por un principio de indeterminación: es imposible determinar la calidad, lugar, forma, tiempo, velocidad de cambio, dirección y elasticidad de los límites del capitalismo»

go, dejar de aparecer así cuando se modifican las compatibilidades sociales y tecnológicas.

Desde este punto de vista, las transformaciones que estamos atravesando parecen ofrecer posibilidades enormes para una acción a favor de la redistribución del poder y de las funciones sociales, para una nueva geografía de las clases y los grupos, para una nueva relación entre razón e historia, entre la vida de los hombres y el ambiente que los envuelve.

Es necesario saber estar dentro de estos procesos, lograr mirar a lo lejos, sin mantener la mente prisionera del pasado.

c) Una conclusión provisional. No es cierto, pues —como muchos se aventuran aún a decir—, que al mirar por las gafas de Marx se vele la comprensión de nuestro tiempo, se vuelva confuso el papel y las obligaciones de un gran partido reformador que quiera dirigir el cambio: no tenemos nada de qué renegar; quédense todos tranquilos. Marx aún nos ayuda a entender, a elegir, a situarnos, aunque, eso sí, con una condición: nos seguirá ayudando sólo si nos desembarazamos por com-

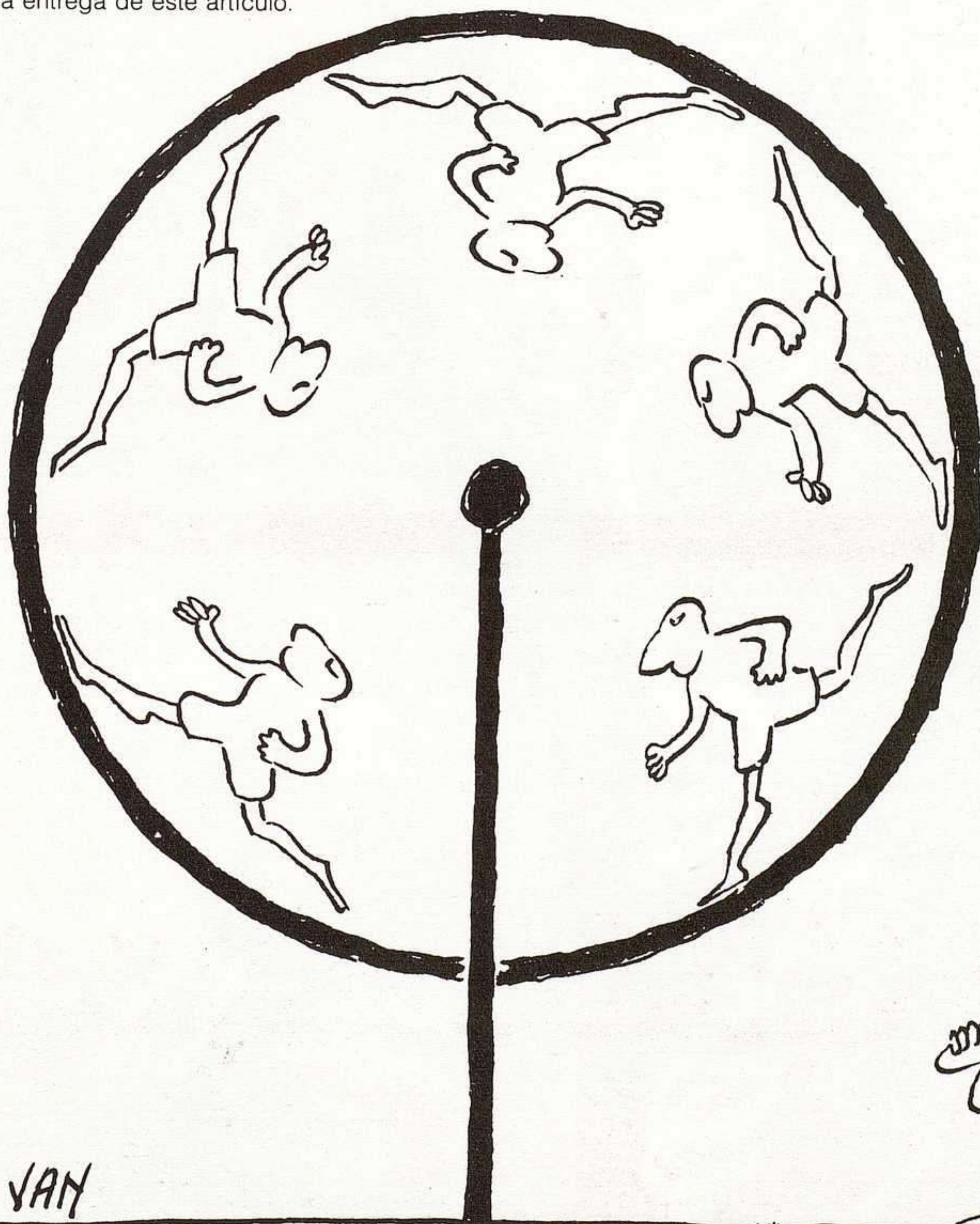
pleto de un peso ya insostenible: el de determinar nuestros objetivos políticos y «garantizarlos» con su ciencia.

Por lo demás, los contenidos originados directamente derivados de Marx, incluso de lo que nosotros continuamos llamando *socialismo*, se ha ido ya, desde hace tiempo, diluyendo y decolorando progresivamente bajo el peso de una larga historia; hoy, para nosotros, el *socialismo* no es muy distinto de una sociedad «reequilibrada». Es posible alcanzar este objetivo —una sociedad *justa*, construida en torno a una valoración de las mujeres y de los hombres que la componen— usando otros instrumentos, haciendo palanca sobre otras clases, otras dinámicas, explotando otras potencialidades y recorriendo caminos distintos de los que a Marx le parecieron el único camino. Que hoy sea posible pensar en ello, no se lo debemos menos a su genio que a un siglo de luchas. Hoy es más necesario que nunca, para avanzar, coraje, imaginación, nueva ciencia, inteligencia, programas.

Y el debate continúa...

«Conceptos decisivos como *excedente*, *trabajo productivo*, *salario y beneficio* tienen que incorporar las modificaciones introducidas a consecuencia de la aplicación de las nuevas tecnologías»

(1) Ver primera entrega de este artículo.



JAN

«No sigas dando vueltas a lo mismo.»

Nuestra Bandera

